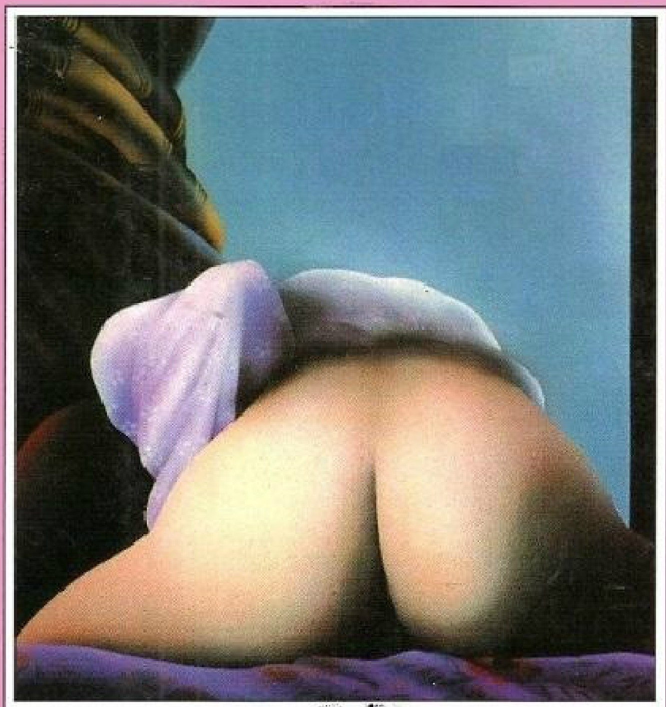
Marcelo Birmajer

Eso no



La sonrisa vertical



En los seis relatos que componen este libro, el autor aborda en tono erótico algunos géneros narrativos clásicos: el relato detectivesco, el viaje en el tiempo propio de la ciencia ficción, la novela de terror, el diario íntimo, la novela de espías y el cuento tradicional. El volumen ofrece la particularidad de que todo él gira en torno a un tema sexual, estrechamente relacionado con… ese lugar donde la espalda pierde su nombre.



Marcelo Birmajer

Eso no

La sonrisa vertical 123

ePub r1.0
ugesan64 27.02.14

Título original: *Eso no*
Marcelo Birmajer, 2003

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0



Para Pandora, secretamente

SÓLO CIERTOS ENIGMAS

1

Cuando el señor Tures me dijo que su esposa no se dejaba dar por el culo, lo primero que le pedí fue que se bajara los pantalones. No le extrañó la exigencia, pues quien ingresa a mi despacho tiene claro que, sin ver las evidencias, no puedo resolver caso alguno. El motivo por el que le pedía que se desvistiera de cintura para abajo era comprobar el tamaño de su miembro, puesto que su esposa, aunque no aducía las causas, podía estar temiendo, en silencio, que un tamaño desproporcionado le rompiera el ano o le provocara más perjuicio que goce. El pedazo del señor Tures, al menos en descanso, no ameritaba un temor de tal naturaleza.

Si bien es cierto que yo necesitaba atisbar los genitales del señor Tures, no era menos cierto que, por mi espejo secreto, al que ningún cliente tiene acceso, podía apreciar también las nalgas de mi nuevo y furtivo empleador. Tenía un culo redondo y lampiño. Siempre me había negado a las muchas ofertas para penetrar anos masculinos, pero debido al incremento de las mismas en los últimos meses, decidí que, de aceptar alguna vez semejante proposición —dado el cambio ontológico que significará para mi vida—, elegiría el mejor culo que hombre alguno pueda proporcionarme. Pensaba hacerlo una sola vez, y esa debía ser, por única, la mejor comparada con todas las ofertas que me hiciesen. Reconozco que miré durante mucho más tiempo de lo que hubiera querido el culo casi femenino de mi pobre cliente, al punto que este me llamó la atención, creyendo que me había distraído.

—¿Entiende lo que le digo? —preguntó—. Estoy desesperado. El otro día, mientras dormíamos pegados (mi pene entre sus nalgas), su ano, en un acto reflejo, se abrió y cerró en un segundo, llamando desesperadamente. Le abrí las nalgas, acerqué la verga lo más que pude a ese ano ansioso, humedecí mi dedo en la saliva que me colmaba la boca y traté de entrar.

El señor Tures calló, con el rostro crispado por la frustración.

—¿Y entonces?

—Y entonces despertó —siguió Tures angustiado—. El culo se le cerró como la cueva de Alí Baba cuando uno no conoce el «Ábrete, sésamo», ella se dio vuelta y me dijo que no la molestara.

—¿Y usted?

—Esperé a que volviera a dormirse. Ocupé la misma posición. El ano, como una luz intermitente que se expresara en clave Morse, volvió a abrirse y a cerrarse cual la boca ínfima del animal más sensual de la Tierra. Esta vez fui más osado, pero menos comprometido: me embadurné el dedo con un aceite de bayas que tenemos en casa y lo introduje lentamente, pasé de la uña y llegué casi hasta los segundos nudillos de los dedos. Escuché un gemido y el ano se cerró como una compuerta eléctrica. Noté tal apretón que, asustado, retiré el dedo, con tal brusquedad que la desperté. Ella se volvió hacia mí, desconcertada, y, sin mencionar siquiera lo que yo le había hecho, como si una pesadilla la hubiera despertado, salió de la cama.

»“¿Adónde vas?”, le pregunté.

»“Al baño”, respondió sin aparentar molestia.

»Esperé a que entrara al baño y la observé por la cerradura. Espié su placer. Supuse que tal vez la excitación la había enardecido sin que ella misma lo supiera, y acuné la loca fantasía de que quizás se dirigiera al baño para lubricarse con el aceite corporal que siempre tiene en la bañera. Pero no hizo más que sentarse en el retrete, demostrando un placer desconocido en su rostro celestial. Apenas tuve tiempo de correr a la cama y, para que no descubriera mi repudiable fisgoneo, de tapar con la sábana mi erección.

—¿Es bella su mujer?

—¿Bella? Es la misma Afrodita —contestó el señor Tures sacando una foto del bolsillo interior de su saco y mostrándome a

una señora de unos cuarenta años con un rostro que era una mezcla del de Isabella Rossellini y el de Nastassja Kinski. Llevaba una camisola violeta, detrás de la que se veían unos pechos moderados que anunciaban, como en muchas mujeres carentes de grandes volúmenes delanteros, un culo antológico.

—Voy a necesitar ver su culo —dije.

El señor Tures, muy a regañadientes y completamente de improviso, se volvió, dándome la espalda, aún con los pantalones bajados.

—No el de usted —le mentí, en cierta forma—, sino el de su esposa. Tome algunas fotos del culo de su mujer: nalgas y ano. Cada nalga por separado, y una foto del ano con las dos nalgas abiertas.

—¿Cómo hago? —preguntó Tures.

—Es su problema. Fotografíela mientras duerma, o dígale que, si no le da el culo, al menos se lo deje fotografiar para poder masturbarse. Invente algo; pero si no me consigue la foto del culo de su esposa, estaré a ciegas.

—Cuente con eso —aseguró Tures subiéndose los pantalones.

Debo confesar que le hubiera mirado el culo un poco más. Pero el trabajo es el trabajo.

2

Tenía la dirección de la casa y los lugares de trabajo y esparcimiento de la señora Tures; y, mucho antes de que su esposo trajera las fotos de sus nalgas, ya estaba siguiéndola.

En el *shopping* de la calle Corrientes vi por primera vez su culo en movimiento. Pensé en abandonar el caso. Aquel culo, en su pollera de satén, era un afrodisíaco superior a mis fuerzas.

Envidiaba al señor Tures únicamente por el hecho de poder verlo desnudo, por sentir las contracciones de su ano, aunque sólo fuera cerca de la verga; por haber podido tocarlo, chuparlo. Yo hubiera pasado el resto de mi vida masturbándome con esa visión e, incluso, resignándome a no penetrarlo, con tal de no separarme nunca de aquellas nalgas carniceras.

Pero la seguí como otro de los tantos transeúntes impotentes que la miraban pasar con furia contenida, sofocando el deseo de sugerirle que se sentara en cuclillas sobre sus rostros, dejando el mínimo espacio para poder apreciar sus cavernas de fuego pero no tan lejos como para perder la suave brisa quieta de sus nalgas, de ofrecerle sus vergas como consuelo —porque la belleza siempre lo precisa—, sus dedos como aliciente.

«Señora Tures», quería decirle, «comprendo que usted no quiera darle el culo a un infeliz como su marido, pero le prometo que mi verga se tornará bella y buena para usted; le abriré el orto como si se tratara de una puerta recién fabricada: dócil, engrasada, sin más ruido que el de un artefacto que funciona a la perfección. Señora Tures, déjeme hacerle el culo o me muero».

Sin embargo, si no hubiera respetado mi ética detectivesca, hoy por hoy no sólo no podría hacerle el culo a la señora Tures, sino que estaría muerto de hambre y sería despreciado incluso por las mujeres —no tan bellas como la señora Tures— que aceptaban mamármela, sobármela y en muchas ocasiones, aunque muchas menos de las que quisiera, me ofrecían sus culos frescos, recién lavados, como pequeños diablos que no tuvieran otro sitio donde recibirme.

Era el culo de la esposa de un cliente: dos mullidos almohadones sagrados y un agujero viscoso y voraz, que no tragaría un pedazo de mí en esta vida. Maldije mi trabajo y me perdí en la boca del subte que sale directamente de aquel centro de compras.

3

Al día siguiente de haber atisbado el culo de la señora Tures en los pasillos del *shopping*, llegué a mi estudio no más temprano de lo habitual y encontré al señor Tures aguardándome con un sobre de papel marrón claro en las manos. Lo hice pasar, dejó el sobre encima de mi escritorio y dijo:

—El culo de mi señora.

Asentí en silencio y miré el sobre sin abrirlo.

—¿Necesita que me baje otra vez los pantalones? —añadió con voz serena el señor Tures.

—No, gracias.

—Es que hoy la tengo parada —me dijo—. Quizás le sirva verla en ese estado.

—Tengo la suficiente experiencia como para poder predecir los resultados. Pero ¿a qué se debe que esté empinado?

—Acabo de revelar las fotos, y entre lo queme imaginaba que podía pensar el dueño de la casa de fotografías y la sola mirada al culo de mi mujer, se me puso como un hierro caliente.

—Pues vaya a desfogarse a su casa —le dije—. O páguese una puta que se deje dar por culo. Lo llamaré cuando tenga noticias.

—Estoy cansado de cogerme a una dominicana que tiene el culo de una leona —se quejó cuando ya se iba, con la puerta ya medio cerrada—. Lo que quiero es que usted me ayude a rompérselo a mi esposa.

—No sé si podremos llegar a tanto, señor Tures. Además, yo no hablaría en esos términos. Pero no cobraré el resto de mi paga hasta que no le diga por qué su esposa se niega a la sodomización conyugal. Y le aseguro que cobraré el resto de mi paga.

Finalmente, el señor Tures, en parte resignado y en parte aliviado, se retiró.

Observé durante un rato el sobre, sin abrirlo, relamiéndome, imaginando los diversos efectos que tendría sobre mi libido; y cuando estaba a punto de hacerlo, golpearon a la puerta. Se presentó un tipo canijo, con barbita de psicólogo, anteojos al estilo de John Lennon y chueco. Caminaba como un pato.

—Señor Mizzen —me dijo—, estoy desesperado.

—No hace falta que me lo aclare —respondí abriendo mi botella de whisky, ya que me había impedido hacer lo propio con el sobre —. No hay otro motivo por el que alguien traspase mi puerta.

Tomó asiento sin que yo se lo ofreciera y habló antes de que se lo pidiera.

—Creo que mi esposa se la chupa a otro.

—No atiendo casos de infidelidad —dije—. Sólo enigmas sexuales.

—Lo sé, lo sé —respondió pisando mis palabras—. Ocurre que

no me preocuparía si ella me fuera infiel. Pero mucho me temo que se trata de un caso de adicción a la mamada. No creo que mi esposa quiera engañarme: creo que hay una circunstancia que le impide dejar de mamarle la verga a un vecino. Como una adicción.

Lo miré en silencio durante un rato. No tanto por observarlo —pertenecía a esa clase de hombres cuya personalidad se adivina al primer vistazo— como para pensar si aceptaría o no el caso.

—Póngase de pie —le pedí, y obedeció de inmediato—. Y bájese los pantalones —agregué, y lo hizo aún más rápido y sin pedir explicaciones.

Le expliqué, mientras le miraba el culo, que debía cerciorarme de que ninguna malformación genética en su pene obligaba a su mujer a mamar en casa ajena por falta de incentivo en la propia. Conocía a más de una mujer que, por no encontrar solaz en su propia cama, acudía a mamar a otros, y no por la a menudo maligna necesidad de engañar al marido, sino como un subterfugio para gozar algo de la vida sin que eso implicara traicionarlo del todo.

Presté una detenida atención al culo en mi espejo secreto. Eso me ayudaba a persuadirme de que ensancharle el culo a un hombre con mi verga nunca sería un buen negocio.

—¿Por qué sospecha usted que su esposa enreda la lengua en el glande de otro? —pregunté.

—Es un sabor que siento en su boca, los jueves por la tarde, al besarnos durante nuestro acto sexual semanal. Cuando llega al clímax, suele darme besos especialmente apasionados, nuestras respiraciones se funden. Entonces siento ese olor, un olor como a genitales masculinos.

—¿Se la ha chupado su esposa a usted alguna vez?

—Pocas veces, pero con fruición.

—¿Le palpa los huevos cuando se la chupa?

—Primero me los soba, los envuelve en sus manos, y luego los aprieta con vigor. Me encanta eso.

«A mí también», quise decirle. Pero estaba ante un cliente.

—Necesitaré una foto de boca y parte superior del cuerpo desnudo de su esposa. Ponga especial cuidado en que se vean bien los pezones. Las mamadoras suelen usar los pezones para rozar el

tronco del beneficiado, y hay que ver con qué cuenta su esposa.

—Lo entiendo —dijo el señor Atilio Rasputín, como se leía en la tarjeta que me extendió en ese momento.

—Ya puede subirse los pantalones —agregué.

Obedeció y salió de inmediato, temeroso de robarme más tiempo, mientras aseguraba que al día siguiente traería la foto de los labios carnosos y las tetas llenas de su señora esposa. Aunque resulte difícil de creer en un hombre experimentado, se me volvió a parar la verga. No había tenido tiempo de abrir el sobre con el culo de la señora Tures cuando entraron sin llamar. Era Nicolás, el cafetero. De un tiempo a esta parte, le ha dado por entrar sin llamar.

Es un querubín de unos veinte años, de pelo negro y un rostro siempre blanco, sin rastro de barba, que resultaría un verdadero retrato de la inocencia de no ser por ese brillo malsano que, cada vez que me mira, le nubla los ojos.

Como de costumbre, dejó caer al piso uno de los vasitos de plástico, que rodó hasta debajo de mi escritorio, y se agachó a recogerlo. Sólo así pudo percatarse de mi erección, pues yo había permanecido sentado.

—La tienes hinchada —me dijo—. Por lo menos, está hinchado el pantalón.

En cinco ocasiones anteriores, había sido mucho menos elíptico: mirándome fijamente, me había dicho que sus nalgas estaban frescas como las de una niña y que el agujero de su culo quería darle un mordiscón a mi verga.

Yo lo había rechazado, unas veces de manera destemplada, otras con una despreciativa sonrisa, y en general aguardando en silencio a que se fuera, con expresión de fatiga. Pero nunca me había tocado sufrirlo con la verga dura y unas fotos de lo que, se suponía, era el mejor culo que había tenido en años sobre mi escritorio.

Mis esperanzas fueron defraudadas: aquel culo que se escondía en el sobre de papel marrón no sólo era el mejor que había visto en años: era el más portentoso que había conocido en mi vida. Nicolás salió de debajo del escritorio y dejó el vaso de plástico encima; tuve que impedirle, con el dorso de mi mano, que me llenara el vaso de café humeante, pues antes debía ponerle mi doble medida de

whisky. Entonces sí, sobre el líquido amarillo, vertió el brebaje negro.

—Ese whisky que te pones en el vaso —me dijo— no debe de ser más sabroso que tu meo: quiero probarlo. ¿No me puedes mear primero en la boca, aguantar el chorro y mearme el resto en el culo?

—No —respondí, con la verga todavía restallando, casi contradiciéndome—, déjame en paz.

—Pero en el agujero del culo, te digo, ¿eh? ¿Sabes qué lindo debe de ser ver perderse el líquido amarillo en mi agujerito marrón?

Ante mis ojos se desplegaban las nalgas y el ano de la señora Tures. Eran nalgas de caderas: de esas como dos continentes, poderosas, sólidas y, siempre paradójicamente, tan rebeldes como sumisas; esas nalgas macizas que en su consistencia llaman al intento de derrotarlas. Dos culos en uno, dos cachetes de piel de gacela, pidiendo al cazador que las obligue a hacer lo suyo: a gozar por el ano, a apretar la presa y ser presa a su vez.

Nicolás vio las fotos y volvió a agacharse. Esta vez, sin preguntar, me la tocó.

Le di un papirotazo en la cabeza; pero no en la mano, con la que Nicolás me había bajado la bragueta. Me bajó los calzoncillos con habilidad y me agarró la verga con una pericia que parecía corroborar el mito de que los mejores putos saben cómo masturbar a un hombre. El culo de la señora Tures parecía querer decirme algo. Tuve la muy poco profesional intuición de que, sólo con entender el lenguaje del culo de la foto, el caso estaría resuelto. Las nalgas querían conversar con el ano, y ambos dirigirse a mí. Siempre decían lo mismo: «Fóllame, sé el animal que entra a la caverna, regresa al Comienzo de los hombres, cuando nos tomaban sobre terrenos áridos, hazme el culo sin aceites, frota tu garrote entre los pliegues de mi vivienda, destrúyela y constrúyela: te daré un regalo desconocido». Nicolás encapulló mi verga en su boca y me masajeó los huevos como un adivino. No podía apartar los ojos de la foto; de otro modo, me lo hubiera sacado de encima.

Repentinamente, el cafetero abandonó su tarea, se paró delante de mí, se quitó la camisa, se bajó los pantalones y dejó caer unas

gotas de café hirviendo por su espalda. Se bajó un poco los calzoncillos y pude ver una nalgas femeninas, quizás no tan redondas como las del señor Tures, pero infinitamente más dispuestas a recibir el latigazo masculino. Las gotas de café se perdieron, disminuidas, en la raya que nace donde termina la espalda y conduce al ano.

—Me está ardiendo el culo —dijo.

—Hazte un enema con un sifón de soda —sugerí.

Unas intrépidas gotas de mi propio semen, contenidas, casi contrabandeadas, me humedecieron el glande. Nicolás comprendió que tampoco en esa ocasión le rompería el culo, y como un centinela se lanzó cuerpo a tierra bajo el escritorio por tercera vez en la mañana. Le pegué un puñetazo en la cabeza, pero su boca se mantuvo firme en mi verga; parecía una boa. Me apretujó los huevos con la fuerza exacta y le tiré del pelo, pero yo ya no sabía si era para sacarlo de allí o para terminar de vaciarme. Sin despegar la vista de las fotos, sentí mi leche entrando en su garganta, liberándome, permitiéndome una vez más despreciarlo, deseoso de que Nicolás se retirara inmediatamente. Pero ¿cuándo había sido la última vez que alguien tragaba mi leche con semejante voracidad? Adriana la escupía e Isadora ni siquiera llegaba a eso: la recibía entre los pechos porque no la quería en la boca. El puto Nicolás, en cambio, se puso de pie ante mí sin una gota entre los labios, y tampoco había dejado ninguna en el suelo.

—Cuando quieras —dijo levantándose por fin los pantalones—, me sentaré en tu pija como en un sillón reclinable. No creo que haya un ano más sucio y dispuesto que el mío. ¡Y poco usado! Serás el segundo que me lo despliega: el primero fue mi tío. Pero a él no tuve que tratar de convencerlo.

—Tu historia familiar —dije mientras le indicaba con una mano que se retirara— me resulta aún más aburrida que el bochornoso episodio que acabas de protagonizar.

—El que acabó fuiste tú —respondió yéndose, y agregó detrás de la puerta cerrada: ¡Y cómo!

Ahora podría pensar con más calma. El culo de la señora Tures se me aparecía solamente bello, ya no era el de una de esas sirenas que impedían el viaje de Ulises. Me había vaciado y mi cerebro lo

agradecía. Aquello había sido mucho mejor que una paja. No sentía mayor conflicto por habérmela dejado chupar por un hombre. ¿No es acaso la masturbación nuestra primera y más constante relación homoerótica? Con el joven Nicolás, habían comenzado y terminado todos mis pensamientos acerca de si debía aceptar o no, alguna vez, un ano masculino ofrecido. Se había acabado la justa: no los necesitaba, no volverían a resultarme conflictivos. Ahora debía ir, castamente, tras el culo de la señora Tures.

4

Nunca hubiera imaginado que un culo me llevaría tan lejos. Quizás porque estaba acostumbrado precisamente a lo contrario: follarlas por el culo era clavarlas contra la tierra, detenerlas en el tiempo, someterlas por completo y tenerlas siempre dispuestas. Pero este culo al que no podía coger me llevó hasta el campo. Aquel día en que Nicolás me la chupó como un petrolero, transcurrió sin novedades. Preferí permanecer inactivo hasta que me llegara la revelación: ¿por dónde empezar? Así trabajo.

Antes de cerrar, se presentó Atilio Rasputín con las fotos de cuerpo superior y labios de su esposa. Ni tan llenos los pechos ni tan carnosos los labios: pero, conociendo la historia, no pude reprimir las ganas de probarlos. Yo estaba envejeciendo: dejaría de ser un detective para convertirme en un anciano lascivo. No necesitaba esos impulsos, no me convenían.

Miré durante largo rato las fotos —ya había guardado las de la señora Tures en la gaveta del escritorio—, y Rasputín permaneció silente, con cara de perro asustado, esperando que lo invitara a sentarse, a tomar un café, que le concediera el privilegio de hablarme. Se lo veía solo y desconsolado.

—Haré todo lo que esté a mi alcance —prometí—. Pero las mamadas no son mi especialidad. No le cobraré por adelantado.

—Ya sé —dijo el señor Rasputín—. Lamentablemente, el problema de mi esposa no es el culo. ¿Tomará el caso de todos modos?

Asentí. Y con el mismo gesto lo invité a retirarse.

Miré una vez más los pechos y la boca de la señora Rasputín. De súbito me calentó mucho que su propio marido los hubiera traído para ponerlos a mi disposición. Antes eso no me excitaba. Guardé las fotos, aunque no lo merecían, junto a las fotos del culo de mi amada, la señora Tures. Apagué las luces, espié a un lado y a otro del pasillo para asegurarme de que no me importunaría Nicolás, y salí.

En casa, tirado en mi único sofá, que es a un tiempo cama, mesa de cocina y folladero, no podía dejar de pensar en la señora Tures. Me la imaginaba hablando por el culo. ¿Qué me diría? Sin bajar del sofá, estiré la mano y tomé el teléfono inalámbrico rogando que funcionara: siempre me lo olvidaba descolgado, y cuando intentaba usarlo no tenía batería. Pero oí el tono de inmediato y con la otra mano saqué la botella de whisky de debajo del sofá; restaba menos de un cuarto. La abrí y marqué el número de Normanda. Bebí mientras sonaba el timbre del teléfono en su casa, y para cuando atendió ya no quedaba whisky. Tendría que bajar a comprar. Todo parecía indicar que volvería a beber. ¿A cuántos años de vida útil podía aspirar?

—Normanda, mi amor —le dije—, ¿cómo está tu culo hoy?

—Acabo de prepararlo —respondió—. Podrás decir que es telepatía, pero no quería irme a dormir sin dejarlo listo por si acaso. La verga… ¿parada?

—No en este momento —dije—. Pero esas cosas cambian. ¿Cuánto tardas en llegar?

—Un poco más de lo que tardes en empinarte.

—¿Me la puedes chupar primero?

—Voy para allá.

Yo todavía no me la había lavado desde lo de Nicolás. Y tampoco tenía ganas de lavármela. Normanda no era la mejor chupadora de todas, pero ella sí tragaba con ansias; y le gustaba limpiarla. No la había incluido en la comparación con Nicolás, simplemente por respeto. Normanda se hacía valer. Su culo sabía cómo provocarme: ella jugaba a no dármelo hasta que yo lo conseguía, con una supuesta síntesis de fuerza y seducción. Yo sabía que era mío desde el inicio, y también jugaba a conquistarlo. Pues

no hay mayor placer para una verga que someter un culo que la rehuye, y escuchar convertido en placer el gemido que antes fue de miedo. Y aunque todos saben esto, no deja de ser prudente repetirlo, para solaz de las futuras generaciones, que aún no han conocido el goce de la sodomía y fornican reproductivamente, con lo que ponen en peligro demográfico a nuestro atestado planeta. Normanda llamó por el portero eléctrico hacia el final de mis poco novedosas reflexiones. Subió con un traje de serfer, como si fuera a la playa a hacer surf, el traje que prefiero para romperle la parte de atrás y traspasar a un tiempo la goma de la ropa y el cuero de su ano. No sé qué pensaría algún vecino, en caso de compartir el ascensor con ella, al ver que no llevaba la consabida tabla de surf. Pero tampoco me importaba demasiado. Normanda entró sin golpear, yo había dejado la puerta abierta a propósito, y apareció erguida delante de mí, que la miraba tirado en el sofá.

Echó hacia atrás su largo cabello color trigo, se juntó las tetas con ambas manos y comenzó a contonearse como una pitonisa. Cuando lo creyó oportuno, cayó con su boca sobre mi verga, que ya estaba afuera, y la succionó hasta que alcanzó un mediano grosor. La cerró entre dos de sus dedos y me dijo:

—Y todavía no me la das toda. ¡Pero qué gruesa es! Eso es lo que me gusta.

Se puso nuevamente de pie y me dio la espalda. Ceñido por la goma del traje, su culo parecía un delfín con la parte inferior de cuerpo humano. Siempre he acariciado el bizarro pero intenso deseo de follarme una mujer delfín.

—Hoy no te quiero romper el traje —le dije—. Por favor, quítatelo y muéstrame el culo directamente.

Normanda se desvistió con cierta dificultad y frente a mis ojos aparecieron sus dos suntuosas nalgas. Las había lubricado con una melaza casi líquida, y parecían dos pasteles almibarados. Me las acercó hasta la boca y las chupé. Pero, pese a todo, aún circulaban por mi memoria las imágenes de la señora Tures. Normanda se puso en cuclillas sobre mi cara, y comenzó a subir y a bajar, mostrándome el ano en todo su esplendor, abriéndolo y cerrándolo. Luego se llevó un dedo a la boca, lo chupó y se lo metió. Lo sacó, me lo pasó por la frente, y volvió a enterrarlo.

—Hoy me la chupó un tipo —le dije.

Gimió de placer.

—Me limpiaste la saliva del sujeto.

Gimió desaforadamente.

—Se llama Nicolás.

Estalló en un grito y apoyó el ano sobre mi verga, un instante. Apenas lo traspasé con el glande.

Se apartó de un salto, y dándome el culo, mientras se aferraba los tobillos, me dijo:

—Nicolás, Nicolás, no digas más, y métemela por atrás.

—Antes me pedías que te rompiera el culo.

—Rómpeme el culo —suplicó—. Métemelo todo para adentro.

Me paré, la tomé por las caderas. Me detuve.

—Hoy no, Normanda —dije.

—¡Pero tengo el culo como perdido en el desierto! ¡Tiene sed de tu pija! ¡Se muere de sed!

—Hoy, no —repetí. Mi verga yacía flácida, pegada a uno de mis muslos.

No supe qué decirle.

Bebimos té y bajamos a comprar whisky. Nos emborrachamos pero, en lugar de lascivia, nos atacó una irresistible somnolencia. Dormimos juntos y, en la madrugada, mientras ella respiraba mansamente, hundida en un sueño profundo, le chupé el ano con detenimiento y le metí el pulgar. Luego fui al baño a masturbarme pensando en la señora Tures. Al día siguiente nos despedimos como siempre: como dos amigos que se aman, como un matrimonio que se desea, como dos amantes que no han podido hacer el amor. Nos dimos un beso en la mejilla.

5

La casa de los señores Tures quedaba en el barrio de Belgrano, en la zona más campestre y residencial. Advertido por el señor Tures, llevé mi escalera y me situé junto a una ventana desde la que podía ver sin ser visto por el matrimonio ni por los vecinos. La

señora Tures se bañaba en su principesca tina, masajeándose vigorosamente los pezones con una esponja; y el señor Tures, tal como habíamos acordado, entró al baño llevando sólo una toalla a la cintura. La dejó caer y lo vi erecto. Era un buen pedazo, aunque seguía sin justificar el terror anal. Por el auricular que me había puesto en la oreja, conectado al micrófono que el señor Tures ubicó junto a la crema de manos, en el botiquín, escuché a la señora Tures decir:

—¿Un polvo mañanero?

—Los que quieras —respondió él.

—Te la puedo frotar con la esponja.

—Prefiero otra esponja —dijo el señor Tures mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Le pidió que se tomara del caño de la banadera y apoyó la verga entre las nalgas. Me quise suicidar por el dolor de no ser yo: no era difícil, bastaba con dejar caer la escalera hacia atrás. Para que este mundo resultara soportable, aquel espectáculo debía ser lo que cada niño viera al comenzar la vida. ¡Qué culo! ¡Qué nalgas! ¡Qué majestuosa la verga entre las nalgas de la señora Tures!

—No pases de ahí —le advirtió la señora Tures mientras enjabonaba la verga y las bolas de su esposo—. Sabes que no me gusta por el culo.

—Lo sé. Pero pensé que quizás con el relax del agua…

—Menos aún —dijo ella—. Con el jabón, arde.

La verga del señor Tures, pese a las palabras de su mujer, pugnaba con desespero contra el ano prohibido. Sin embargo, el agua es mala conductora de vergas, y el jabón no había llegado a la punta.

—Si quieres —dijo la señora Tures—, puedo ofrecerte un pedo en la pija: el calor resultará agradable.

—Adelante —suplicó él.

Debió de entrar algo de jabón en el ano de la señora Tures, pues una brevísima brisa de burbujas sacudió imperceptiblemente la verga del señor Tures, que eyaculó como un caballo y cayó rendido sobre la espalda de su señora; esta sonreía malignamente, no de maldad, sino por esa extraña satisfacción competitiva con que algunas hembras reciben al macho rendido, un segundo antes brioso

corcel, ahora pobre bicho. Pero el señor Tures no se amedrentó y, aún con la sombra del placer sobre su verga apagada, dio vuelta a la señora Tures y puso entera la verga flácida en su boca. Temí tener que derivar el caso a homicidios, pues entre la verga en la boca y el agua que a ratos le entraba en la nariz, no sabía cómo sobreviviría la ardiente señora Tures. Pero demostró una sabiduría ancestral: mamó con pasión el miembro de su esposo y le pasó la esponja por los huevos, incluso hundiéndola un poco en el ano. Si la señora Tures mostraba cierta reticencia a dejar que entraran por allí, el señor Tures reaccionó de un modo absolutamente opuesto. Maravillado, persuadió a su esposa de que le hundiera aún más la esponja.

Luego ambos se pusieron de pie y ella le metió en el culo un cuarto del mango del cepillo de restregarse la espalda. Mi propia verga parecía querer ocupar un lugar en aquel cuadro.

Finalmente, ella le dio la espalda, tomó la verga del señor Tures y, pasándola previamente por las nalgas, en un ir y venir húmedo y aplicado, se sumergió la verga de su señor esposo en el coño, pegando unos alaridos a la vez ridículos y celestiales, para acabar de un modo que nunca hubiera sospechado en ella: su rostro de Rossellini y Kinski se transformó en el de la simple Sofía Loren, en cuyas tetas yo hubiera dormido cada uno de los días de mi vida, y a quien amaba en secreto desde niño. Me alivió la señora Tures, pues era humana.

Satisfecha, abiertas las sensuales fosas de su nariz, dijo a su marido:

—Y ahora necesito unos minutos el baño… ¿Quieres mirarme el rostro?

—No, gracias —respondió el señor Tures.

—Pero ¿has acabado esta vez?

A lo que el señor Tures respondió mirando de reojo por la ventana en la que sabía que yo estaba y bajando su prepucio; segundos después, dejó asomar la cabeza roja del glande, del que salió disparado un chorro de leche que enchastró la barbilla de la señora Tures.

—¡Ahhhh! —exclamó gozosa—… Ahora: o sales, o me cago delante de ti.

El señor Tures abandonó el baño y se perdió en su pieza con la toalla nuevamente a la cintura.

«Son un matrimonio normal y enamorado», me dije, «¿a qué tanto escándalo porque ella no se deja dar por culo? Con lo que le da, yo me sentiría totalmente satisfecho. Es la mujer más bella del mundo. Que el resto lo haga con la dominicana».

Pero a mí no me pagan para ser consejero sentimental, en cuyo caso recomendaría a todos resignación, sino para resolver enigmas sexuales: con fecha y precisiones.

6

La señora Tures salió de su casa y caminó despreocupadamente hasta la esquina; el día era claro y armonioso. Árboles ignorantes de los problemas humanos parecían inclinarse levemente, con reverencia pero sin servilismo, a su paso. Por el sendero, en semipenumbra, se gozaba de una brisa fresca y del canto de los pájaros. Era la hora más nueva de la mañana, y en aquel concierto de esperanzas su culo se bamboleaba proclamando una belleza sin igual.

Paró un taxi y me zambullí en mi pequeño automóvil. ¿Cuánto hacía que no manejaba? Tenía la verga más dura que la palanca de cambios. Me costaba maniobrar con el volante. La seguí.

Atravesó la autopista y la General Paz, que separa la capital de la provincia. Se desvió por una salida y enfiló un camino de tierra. El «caminito de tierra», así se le llama a entrar en un ano seco; por ejemplo, se dice: «Entré por primera vez en el caminito de tierra». En verdad, cuando el acto es sublime, todas las expresiones que lo describen son acertadas.

Seguí a la señora Tures hasta una quinta en la que había una pileta y una casa, a todas luces de ricos. La vi bajar del auto, pagarle al taxista y trasponer una tranquera de madera y hierro sin tocar el timbre. Oteé durante unos instantes la residencia y la seguí por el perímetro de rejas, sin entrar. Para mi sorpresa, no se dirigió hacia la mansión, sino hacia una Suerte de rancho abandonado, con

paredes de adobe y tres ventanas, una rota y dos muy sucias.

Corrí a mi auto, retiré el largavistas y regresé al puesto de observación. Cuando pude enfocar, la señora Tures ya se había bajado los pantalones. Estaba hermosa, con toda la ropa puesta salvo la bombacha; los pantalones a la altura de los muslos y el culo bien hacia afuera.

Durante un instante se ennegrecieron los focos de mi largavistas, y lo siguiente que vi fue a un negro gigantesco. Parecía la viva imagen del amante de color que buscan las mujeres blancas: corpulento, con el cráneo rapado en una cabeza perfecta, las espaldas anchas como un brazo extendido y una verga de toro. Sus fuertes piernas se instalaron detrás de las frágiles piernas de la señora Tures y, sin miramientos, el hombre aceptó el sacrificio vestal.

Con toda la precisión que permitía mi largavistas, presencié sin sombra de dudas cómo le rompían el culo a mi amada.

El hombre la tomó por las caderas y, sin lubricar, le insertó la verga hasta el fondo. Comenzó un vaivén en el que entraba y salía hasta el glande, el tronco y los huevos. La señora Tures no hablaba, pero eso debía de doler.

En efecto, tenía el rostro crispado en una mueca de dolor, y, en el afán de someterse, se mordía los labios. Sus manos fueron hacia atrás y palparon lo poco de tronco que restaba afuera y los huevos con verdadera pasión. Precisamente, lo que más me enardeció de esa escena fue la fina motricidad de los dedos palpando, tanteando los huevos; como desligados del espectáculo brutal en el que aquel ano se rendía. Los dedos masajeaban, reconocían, amaban, interiorizaban los huevos del hombre, mientras en el rostro de la señora Tures asomaba el dolor, y en el ano, seguro, se padecía.

El negro sacó la poronga de aquel culo derrotado, y vi a un tiempo la verga apenas sucia y el ano abierto casi al doble de su circunferencia inicial. No había ni rastro de leche: el señor aún no había acabado. Perdí a este de vista y luego regresó con un frasco blanco en una mano. Metió un dedo en el frasco y lo sacó embadurnado en una sustancia del mismo color.

Esperaba yo que la crema lubricante fuera también anestesiante para el ano de la señora Tures. El hombre metió el dedo con mucha

más delicadeza de lo que había metido la verga, fue rodeando el ano de la señora Tures, y hasta pareció reducirlo a su diámetro normal. Entonces apoyó de nuevo el glande en el agujero marrón de cuero de la pobre señora —mi diosa, mi Afrodita, mi reina, de pronto convertida en una pobre mujer culeada—, y recomenzó la tarea de drenaje y de fricción. Los labios perfectos, en la cara interesante de la señora Tures, formaron una palabra muda e inconfundible, que yo no escuchaba debido a la distancia pero que aquel hombre oscuro debía de estar oyendo a los gritos.

El hombre, como sucede habitualmente en estos casos, no la sacó.

Vi su cara, la del hombre, contraerse y relajarse en una expresión inequívoca de desesperación y goce, e imaginé que los músculos de su rostro repetían fielmente los estertores de su verga en el momento de temblar dentro del apretado ano de la señora Tures. Retirada la verga, la mujer se subió a toda prisa los pantalones y salió corriendo del rancho. Al poco se detuvo junto a un árbol y se puso en cuclillas; fijé el largavistas en su rostro, y dejé de mirar.

Durante unos instantes, una conclusión me acompañó como un buen trago de whisky: la señora Tures no había gozado de la culeada.

Mientras se aliviaba junto al árbol, pude descubrir las líneas de su rostro cuando algo le agradaba, pero tampoco eso era placer sexual. Y mientras la empalaban, si bien llegaba a soportar el dolor, ese dolor no se transmutaba en placer. «Por algún motivo distinto del placer», me dije, «se está dejando dar por culo».

Dirigí el largavistas hacia el rostro relajado del negro, y me asaltó un recuerdo que me había acosado, como un *déjà vu*, desde el primer momento en que le vi, hacía unos minutos, al encontrarse ambos en el rancho: yo conocía a ese hombre. Era Benito Menegazo, el único negro argentino que era campeón de boxeo. Incluso había hablado alguna vez con él, en los comienzos de mi carrera. Y, con respecto a la carrera de Menegazo, debo decir que había sido aún más accidentada que la mía, si cabe.

Había venido a consultarme, unos veinte años atrás, por el caso de una mujer blanca que no podía evitar chupársela cuando lo tenía

a su alcance. La mujer era secretaria de un hotel en el que Menegazo solía dormir cuando terminaba sus entrenamientos y era muy tarde para regresar a la provincia, o cuando el entrenador le recomendaba descansar en vez de viajar. La joven, una secretaria del área administrativa, se las arreglaba para conseguir las llaves de la habitación de Menegazo y, dos de cada tres noches en las que el boxeador dormía allí, entraba de puntillas a su habitación, se aferraba de sus huevos y no paraba hasta despertarlo con la boca llena de leche.

Menegazo, casado y con hijos, en cada ocasión había rechazado a aquella joven y le insistía para que lo dejara en paz. Finalmente, una madrugada, al despertarse cuando ella le pasaba la lengua alrededor del agujero del glande y le metía un dedo en el culo, Menegazo se hartó y le propinó un cachetazo. Con tan mala suerte que la joven fue a dar con la cabeza contra la pared, y el brazo derecho, atorado al culo de Menegazo por el dedo allí metido, se le quebró. Menegazo no tuvo más remedio que llamar al médico de guardia del hotel. Por mucho que explicó, las conclusiones parecían incontrovertibles: Menegazo le había pegado a aquella niña, le había puesto la verga en la boca y la había obligado a clavarle un dedo en el culo. ¿Quién creería lo contrario? La niña, la muchacha de veinte años, permaneció inconsciente durante un día. Cuando despertó, dijo que no se acordaba de nada.

Supe del caso antes de que saliera en los diarios, por aquella visita previa de Menegazo a mi despacho de principiante; pero ya en aquel entonces conocía mis límites: «Si me dijeras que quieres que te la chupe, tal vez me animaría a tomar el caso. Pero si es ella quien te la quiere chupar, no puedo hacer nada. No hay nada que detenga a una mujer cuando quiere darle un mordisco a un buen pedazo». Después, al enterarme de la triste resolución, quise presentarme a testificar. Pero el sargento Citros, que llevaba la investigación, me amenazó con quitarme la licencia si abría la boca: habían obligado a esa pobre niña a abrirla, me dijo, «y con eso tenemos bocas abiertas por veinte años más». Ya habían pasado veinte años.

Siempre supe, y el tiempo no hizo más que confirmarlo, que aquello había sido una trampa contra Benito Menegazo por motivos

racistas. La policía tenía sus intereses en el comercio de apuestas del boxeo, y Menegazo se había negado una y otra vez a participar en fraudes; no se acomodaba al siniestro poder de la corrupción policial. Ni una vez había besado la lona por arreglo, pero ahora lo habían arreglado, y noqueado, besándole los huevos.

Los policías, además, lo odiaban por ser negro. Querían un campeón blanco al que adorar cuando ganaba y con el que beneficiarse cuando perdía adrede. Para acabar de redondearlo todo, el comisario Galindo era conocido por hacerse dar por culo por un púgil situado inmediatamente después que Menegazo en el *ranking*. A mi vez, deduje que aquella chica no tenía segundas intenciones: le gustaba chuparle la verga a Menegazo, y no podía evitarlo. Galindo y Citros simplemente habían aprovechado una oportunidad única.

La esposa de Menegazo, a la que él adoraba, lo abandonó y se fue a vivir a Chile con los hijos. Perder a su familia fue para Menegazo infinitamente peor que perder el título, que también perdió. Sus pocos amigos blancos dejaron de hablarle, y negros en la Argentina casi no hay. Algunos se le acercaron con intenciones reivindicativas, pero Menegazo lo dio todo por perdido. Sin familia, sin amigos, lo último que supe de él fue que trabajaba como jardinero para un filántropo, y que no hablaba con nadie. No lo busqué ni pretendí acercarle algún tipo de consuelo. Cuando no puedo hacer nada por alguien, procuro al menos no molestar.

Pero ahora el destino volvía a reunimos en un punto único en el universo: el ano de la señora Tures. La seguí, ya sin necesidad de usar el largavistas, cuando salía de la quinta, y me resultó algo penoso ver a esa gran señora, caminando sola, desvalida, por el camino de tierra, hasta alcanzar el acceso a la General Paz. Tiré el largavistas dentro del auto, corrí y me acerqué solícito.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunté—. ¿Necesita un remisse?

—En realidad, siempre tomo el mismo —me dijo—. Está del otro lado de la autopista.

Por el modo de hablar, se notaba que tenía él culo abierto y una gran necesidad de sentarse.

—Pues yo tengo el auto acá mismo… La vi pasar y me dije:

«¿Qué hace por aquí esta señora? Tal vez se ha perdido. Seguro que necesita un auto».

—¿Usted es remissero? —preguntó, con un deje de sospecha.

—Claro —dije, intentando resultar lo más inofensivo posible.

Pero debió de ver mi erección, o sencillamente no aceptaba invitaciones para viajar con desconocidos. Así pues, me agradeció y cruzó la calle cuando los autos se lo permitían. Del otro lado, un auto verde estacionó junto a ella. Subió y rumbearon para la capital. Regresé a mi propio auto, me masturbé sin importarme que me viera algún transeúnte y cuando una señora que pasaba con la bolsa de la compra me señaló, riendo, a su compañera, eyaculé profusamente. Sin limpiarme, apenas tapándome con la camisa, retomé yo también el camino hacia mi estudio.

Entré con el botón del pantalón desabrochado y la bragueta abierta —tapado por la camisa—, me senté en mi silla y suspiré.

Nicolás había estado esperándome. Entró inmediatamente después.

Me molestó mucho que no trajera su termo de café: por más que lo utilizara de pretexto, lo prefería a la expresión clara que se leía en su cara.

—Está bien —me dijo sin preámbulos—. Me resigno a que no me redondees el culo. Mi tío me lo viene pidiendo hace años, después de la única vez que lo tuvo, y se lo niego: lo quiero tener fresco y sucio para ti. Y tú no lo quieres. Lo acepto. Pero, al menos, déjame chupártela.

—En eso estaba pensando —le dije.

Se tiró nuevamente bajo el escritorio y me levantó la camisa con un discreto alarido de asombro, goce y decepción.

—¡La tienes afuera! —gritó—. ¡Qué hermoso grosor! —Y luego, la decepción: ¡Pero ya te sacaste la leche!

—Estoy esperando que me la limpies —respondí.

No aguardó ni un instante; se la encajó en la boca, que, lo admito, reputé como maravillosa. Chupó con avidez y habilidad. Pero mi miembro permanecía flácido. Masturbó, sobó los huevos, e incluso intentó meterme un dedo en el culo, lo que le impedí sin atenuantes. Siguió chupando. Gozaba tratando de excitarme. Yo pensaba en la señora Tures.

—Gracias —me decía Nicolás—, gracias por dejarme chupar este pito… Qué lindo animal. No me lo vas a meter en el culo, pero déjame que te lo diga: lo quiero tener en el culo.

—Basta —sentencié. Y lo saqué de los pelos.

Reapareció su rostro frente a mí y, con una sonrisa muy femenina, comentó:

—No se te para.

—Es que no me gustas —le dije—. Esta fue la última vez que me la chupaste.

Una tristeza inaudita se pintó en su rostro de ángel.

—No… —murmuró.

—Lo siento —dije—. Pero es la verdad. Envalentonado por su quiebre, arremetí verbalmente: No quiero volver a verte entrar a esta oficina sin el termo de café.

—¿Quieres ver cómo me entran las gotitas en la raya del culo? —preguntó esperanzado—. ¿Eso te calienta?

—¡No! —grité—. No quiero que me la chupes ni que me ofrezcas el culo nunca más.

—¡Malo! —exclamó, y se echó a llorar—. Te guardé el culo durante años. Me duermo con un dedo en el culo pensando en ti. Te lo suplico: déjame soplarte la pija aunque sea una vez por mes; pero dame esa esperanza…

—Nicolás, Nicolás… —le dije con la voz consolatoria de un sacerdote—. ¿Cómo puede ser? Bájate los pantalones…

—Obedeció.

—Tócate el ano.

Se lo tocó con el rostro iluminado.

Me paré y le dije:

—Tócame la verga.

Me la agarró como si fuera el último tablón antes de hundirse en mar abierto.

—¿A ti te parece que esta pija puede entrar en tu culito?

Meditó unos instantes.

—Sé que la desproporción es grande —respondió—. Quizás me lo rompas… —Oí como juntaba saliva en su boca—…, pero es lo que quiero. Es como el escorpión y la rana: está en mi naturaleza. Si fueras un elefante y yo una hormiga, igual no podría dejar de

entregarte mi ano: no duermo, no como…

—Fue suficiente —le dije—. Si vuelves a ofrendarme otra vez tu ano, o haces algún intento por chupármela, no entras más a esta oficina. Voy a avisar a seguridad.

Nicolás se chupó, llorando, el dedo que se había metido en el culo, y mientras abría la puerta para irse me dijo:

—Déjame al menos la ilusión de que voy a poder pensar en todas estas cosas mientras te sirvo café.

—Ni pensarlo —dije convencido.

Salió cerrando la puerta y moviendo el culo, ese culo que me buscaba aun contra la voluntad de su dueño. Pero mi verga pertenecía, desde hacía siglos, al ano roto de la señora Tures.

7

Tuvieron que pasar dos días para que pudiera seguir a la señora Tures a la quinta de la localidad de Castelar, donde la aguardaba impertérrito el boxeador negro Benito Menegazo. Todavía no había conseguido noticias para Atilio Rasputín, quien me había llamado dos veces. Aún no había recibido la revelación. Dije al señor Tures, no obstante, sin darle el menor dato, que preparara el dinero, pues se acercaba el final del caso.

La señora Tures se llamaba Betina. Me enteré cuando vi la boca de Menegazo pronunciar su nombre, mientras le clavaba la verga con mucha más consideración que la vez anterior. El señor Tures no me había revelado hasta entonces el nombre de su esposa, quizás porque, al igual que el señor Rasputín, consideraba que debía ocultarme algo: un detalle que tuviera la fuerza de recordarme que los dos me mostraban a sus esposas desnudas por obligación, por trabajo; pero que las seguían amando y pretendiéndolas para ellos solos. El nombre de la señora Tures tenía una T, que se acentuaba al repetirse en su apellido.

Quizás este dato, el nombre oculto, fue lo que finalmente disparó mi intuición. La T se me apareció como una figura pornográfica y, al mismo tiempo, como un recuerdo: la figura

pornográfica era el cuerpo de la señora Tures en su actual posición mientras la verga de Benito Menegazo entraba una vez más en su culo, convertida en el trazo vertical, perpendicular, de la misma letra; y el recuerdo era que la joven que le había arruinado involuntariamente la vida a Benito se llamaba Betina Mildared.

La escena, para el fisgón, fue idéntica a la del anterior encuentro.

Pero en el rostro del amante se leía el renovado entusiasmo que el encule siempre brinda. No hay segunda vez en la sodomía: siempre es una novedad. Sin embargo, tampoco en esta ocasión rezumó placer el rostro de la señora Tures, a la que yo había visto gozar sobradamente con su marido.

Terminaron el acople en una sola enculada, y la leche, rebalsando, se derramó desde el ano hasta los tobillos de la señora Tures, ya de pie, cuando aquella verga salió como un corcho de champaña —aunque definitivamente más grande y gruesa—, con un ruido que pude imaginar, y casi oír, por el solo acto de ver cómo se desabotonaba a presión.

Una vez más, la señora Tures se apresuró hacia el árbol, pero tampoco en esta ocasión la vi disfrutar. Luego, corriendo hacia la tranquera, se subió los pantalones y siguió por el acostumbrado camino de tierra.

Enfoqué a Benito Menegazo. Permanecía sentado en una silla de paja. Melancólico y desconcertado, miraba al techo y la verga alternativamente. No se la tocaba ni hacía ademán alguno de levantarse.

De la nada, apareció una mujer que echó por tierra todas mis presunciones.

Era la señora Rasputín.

Muy monda y lironda, la señora Rasputín hundió la verga de Benito Menegazo en su boca, sin que este atinara siquiera a rozarle el cabello. Mamó, mamó y mamó. De pronto, la verga de Benito relumbraba. Parecía aún mayor.

—Espero que no se le ocurra metérsela en el culo —murmuré tras mi largavistas—, porque entonces voy a tener que llevarla al hospital.

Pero no la enculó. La señora Rasputín —yo desconocía su

nombre y Benito no lo dijo— le chupó y masajeó los huevos con deleite. Lo tomaba por el prepucio y lo masturbaba dentro de la boca. Yo ya no puedo soportar, por ejemplo, que me la chupen sin pajeármela. Y esta mujer lo sabía: ¿por qué habría de dejar de masturbar mientras chupa? Es como el sabor de helado de sambayón con almendras: ¿por qué alguien habría de pedirlo sin almendras? Tomé una decisión: la próxima vez que Normanda me la chupara, me tomaría un helado de sambayón con almendras.

Benito eyaculó menos semen que con la enculada, pero de todos modos era un volumen considerable. La señora Rasputín agradeció pasándose la leche por el pelo y los pezones. Le mostró el culo, pero el hombre hizo que no con la cabeza.

Sin dar razones, me pareció comprender. Pero ella desapareció tan inexplicablemente como había llegado, y, con ella, mi sensación de inteligibilidad. No obstante, ejecuté los pasos que me había propuesto: caminé hacia la casa de adobe y golpeé la puerta.

Benito me abrió sin preguntar y me invitó a pasar sin sorprenderse.

El sorprendido fui yo cuando me dijo:

—Hace veinte años que te estoy esperando.

8

—Supongo que vas a contármelo todo —repliqué. Benito preparó un mate.

—No —respondió—. ¿Por qué habría de hacerlo?

No contesté.

—¿Ya estamos libres de la señora Rasputín?

—Sí —respondió—. Amanda ya se ha ido.

Señaló una puerta abierta, en la que yo no había reparado: a lo lejos, a campo traviesa, se veía a la señora Rasputín corriendo hacia un auto verde vacío. Subió al auto, cerró la puerta y arrancó.

—Vas a contármelo todo —le dije a Benito— porque no tienes con quién hablar. Los boxeadores son muy parecidos a los toreros: se enfrentan a la muerte en cada combate. ¿Sabes qué hizo el torero

que se garchó a Ava Gardner, inmediatamente después?

—Salió corriendo —dijo Benito con una sonrisa, extendiéndome el mate.

—Ella le preguntó: «¿Adónde vas?». Y él respondió: «A contarle a mis amigos que me he follado a Ava Gardner».

Benito estalló en una carcajada y reclamó el mate.

—No tienes con quién hablar, Benito —continué—. Debe hacer por lo menos un mes que estás desesperado por contarle a alguien cómo te coges por el culo a la esposa del señor Tures, y cómo te la chupa la señora Rasputín.

—Betina y Amanda —precisó Benito—. ¿A ti te parece que, después de lo que sufrí, me quedan ganas de contarle algo a alguien?

—¿A ti te parece que, después de lo que estás gozando, puedes reprimir las ganas de contárselo a alguien? —lo remedé.

Otra vez se carcajeó. Me alegraba verlo reírse.

—No supondrás que esto es una coincidencia —me dijo.

—Agradezco a Dios que me confirmes que no lo es —repliqué aliviado—. Porque de lo contrario, voy a volverme loco.

—No metas a Dios en esto —me amonestó, enojado.

—Dios está en todas partes…

—Betina vino a verme hace un año —prosiguió—. No podía vivir con la culpa. No me dijo que se había casado. Yo no sé nada del mundo, y esperaba que el mundo no quisiera saber nada de mí. Pero me encontró, y se encontró a sí misma: hacía veinte años que no dormía en paz. Me suplicó que le permitiera desagraviarme por la tragedia que me había ocasionado. No preguntó qué quería yo a cambio, qué consuelo pensaba que merecía: me ofreció su cuerpo. Es más, me mostró su cuerpo y me preguntó qué era lo que yo más quería. Le dije que nada, que me dejara en paz. Pero ella, como si aquella chica que a los veinte años me chupaba la pija hubiese madurado sin perder el ardor, me dijo que, si no la dejaba entregarse a mí, no podría seguir viviendo. La culpa la mataba. Le dije que entonces le haría el culo, y ella respondió que le parecía justo. Le advertí que el pacto no sería eterno: no duraría más de un año. Replicó que estaba a mi merced por el resto de su vida, pero que si eso era lo que yo quería, se haría romper el culo por mí

durante un año, ni un día más ni un día menos, aunque no consecutivos, puesto que sus obligaciones no se lo permitían.

—¿Y qué tal fue este año? —pregunté como un amigo.

—Las primeras veces, el paraíso. Hacía mucho que yo no visitaba prostitutas, sólo muy de vez en cuando, porque desde aquello no intento relacionarme con nadie. Pero a la tercera o cuarta vez, descubrí que ella no gozaba. No le gusta recibir por el culo.

—Qué extraño —comenté.

—Extraño pero verdadero, como la vida —dijo filosóficamente Benito—. Lo hacía por mí. Me daba el culo sin placer, para hacerme gozar; sentía que me lo debía. Sin embargo…

Aprovechó que debía tomar el mate para callar.

—Sin embargo… —lo invité a seguir.

—Sin embargo, el enculamiento tenía sus ventajas. No voy a detallarlas, pero no fueron pocas las veces en que Betina me agradeció ciertos efectos… Cosa de mujeres.

—Bueno —dije—. La sodomía siempre tiene efectos secundarios beneficiosos para el cuerpo humano.

—Me dijo que incluso en su casa se sentía mejor, más aliviada.

—Me alegro mucho —dije—. ¿Y entonces?

—Entonces, cuando se cumplía el año, descubrí que ambas estaban casadas.

—Y Amanda, ¿qué pito tocaba en todo esto?

—Chupaba —respondió Benito.

Me extendió el mate, pero ya estaba lavado.

—Mi verga tiene un poder hipnótico para ciertas mujeres —dijo Benito—. Podrá sonarte presuntuoso, pero algunas la ven y ya no pueden dejar de querer chuparla. De día y de noche, como una droga. ¿Te parece una mentira de fanfarrón?

—Me lo parecería si no conociera tu historia.

—Después de lo que me ocurrió, sobre todo después de perder a mi familia, desprecié el adulterio. Me parece el peor de los pecados capitales.

—¿Es un pecado capital? —pregunté.

—No lo sé —dijo Benito—. Pero fuiste tú el que dijo que Dios estaba en todas partes. Si no me contradice, entonces es que el

adulterio es un pecado capital.

—Como conclusión teológica es un poco apresurada —discutí—. Pero los teólogos no son mucho más rigurosos.

—Para mí, es un pecado capital, y no me interesan esas cosas. Primero me enteré de que Betina estaba casada, porque la seguí, hasta un *shopping*. Entonces vi que tú también la seguías.

Di un respingo.

—No me di cuenta —dije—. Tendré que retirarme de la profesión: no haber percibido un corpachón como el tuyo… A la vejez, ceguera.

—Como sea. Supe que lo de Betina se había descubierto, y que lo mejor era terminar el año sin más complicaciones. Volvería a su marido y le daría el culo a su legítimo.

—No se lo da —dije—. No le gusta que le den por el culo.

—Pensé que quizás con el marido…

—Con nadie —dije. Y callé el resto de mi frase: «Ni siquiera me lo daría a mí».

—Pero con Amanda el asunto era diferente. Tenía que encontrar el modo de interrumpir la chupadera sin ser yo quien se lo dijera al marido.

—Pero ¿cómo llegó Amanda a chupártela?

—No sé si tiene un campo por acá o qué —me respondió Benito —. Pero un día en que yo estaba meando en el descampado, apareció de improviso y me vio por descuido la verga. Sin dejar que terminara de mear, empezó a chupármela. Se lo permití aquella vez, y luego me enteré de que me espiaba mientras enculaba a Betina. Me suplicó que le permitiera chupármela cada vez que Betina se fuera. Accedí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Para continuar sin relacionarte con la gente —dije.

—Ya ves que no se puede —dijo señalándome—. Esperaba que, ya que el destino había vuelto a juntarnos a ti y a mí…

—En el ano de una mujer —agregué. Asintió y siguió:

—… esperaba que esta vez pudieras ayudarme. Ayudarme como no me ayudaste cuando pudiste. Espero que deshagas estos dos adulterios. No sé cómo. Pero es tu responsabilidad. Yo me acerqué al señor Rasputín en un bar de acá cerca, fingiendo ser un borracho más, y aprovechando su cara de desesperado, su completa

desolación (aunque no bebía), entablé conversación con él. Ya sabía que ibas tras los pasos de Betina, aunque no sabía por qué, y tomé esa mano del azar. Cuando Rasputín me contó su drama, sin saber que se lo contaba al mismísimo culpable, te recomendé.

—Pero tú no eres culpable.

—Es cierto —dijo Benito—. Nunca lo fui. Pero terminarán haciéndomelo creer.

—Pues voy a cumplir con mi parte —dije—. Y es la última parte.

—Eso esperamos todos —dijo Benito.

—A propósito —dije—. Ahora que voy a dejar el oficio, pienso matar las horas muertas escribiendo. No se me da mal: comencé por una carta a tu ex esposa.

Benito se levantó como un muñeco de resorte y me tomó por los hombros con una fuerza que, si hubiera sido el cuello, no habría escrito yo lo que sigue.

—Le expliqué detalladamente los sucesos de hace veinte años —dije con los brazos a punto de descoyuntarse— y de los que fui testigo. Ella, desde Chile, en un telegrama, me agradeció de inmediato. Yo creo que regresa.

Benito me soltó, me miró, sorprendido por primera vez desde que entré a su rancho.

—Voy a solucionar el resto, Benito —dije.

Benito me abrió la puerta. Cuando salía, me preguntó:

—¿Por qué no viniste hace veinte años?

—Era muy joven —respondí.

—¿Y por qué ahora…?

—Porque ya soy viejo.

Lo escuché cerrar la puerta. Y salí por aquella tranquera que nadie cuidaba.

9

Llamé primero al señor Rasputín. Lo recibí con un rostro de velorio. Su propia cara no mejoró el clima.

—Lamento decirle que, de haberlo sabido, no habría tomado su

caso.

Con su silencio, me invitó a seguir.

—Es un vulgar caso de infidelidad —seguí—. Su esposa se la chupa a otro porque quiere.

El señor Atilio Rasputín me detuvo con un gesto de la mano.

—Eso es todo lo que necesitaba saber.

—Mi consejo, aunque no debería meterme en estas cosas, es que la abandone. No es higiénico, señor Rasputín.

El señor Rasputín negó firmemente con la cabeza.

—No puedo dejarla —me dijo—. No puedo. Es mi vida entera. «No es tan linda», pensé. «Si conociera a la señora Tures…».

—¿Nada más la chupa?

—Hasta donde yo sé, sí —contesté.

—¿No da el culo, no le tocan el coño, no la follan por ahí?

—No puedo dar fe de ninguno de los actos que usted menciona.

—Con eso me basta. Pensé que quizás había algo extraño detrás. Como ya le dije, una adicción.

—Al respecto, señor Rasputín —le dije—, debo disculparme. Hasta este caso, yo pensaba que la adicción a la mamada de verga ajena no era infidelidad. Pero si usted viera los daños que causa a las personas… Es como las malas drogas: no porque sea imposible dejar de consumirlas, dejaremos de considerarlas malas.

—El tema se presta a debate —dijo, ahora más calmado, el señor Rasputín—. Usted sabe que algunos no las consideran malas, e incluso pretenden legalizarlas…

—Pero matan —dije—. Eso es innegable. Igual que la adicción a las mamadas de verga ajena. Por eso, antes de retirarme, y le anticipo que me retiraré no bien resuelva el siguiente caso, dejo mi testamento intelectual: en las mujeres casadas, la voluntad, la represión personal, debe sobreponerse al impulso de mamar pijas ajenas. La sociedad toda se beneficiará de este nuevo punto de vista sobre el tema. Se lo aseguro. Es infidelidad a secas, al menos desde mi punto de vista, Y no voy a cambiar al respecto.

—Pero yo no puedo abandonarla —gimió Rasputín—. Incluso sé lo que siente. Llega a casa los jueves, sin hacerse gárgaras, sin ni siquiera lavarse la boca, y espera que yo sienta, en lo profundo de mí, la verga que acaba de chupar. Es como si quisiera compartir

conmigo, su marido, lo más profundo de su ser.

—Tiene usted el privilegio de sentir como sus entrañas le demanden —sentencié.

—Le hago el culo, gozo indeciblemente de su coño —continuó Rasputín recompuesto—, ¿por qué no habría de dejar que disfrute en su boca de una verga inapropiada alguna vez por semana, si es que no le gusta tanto chupar la mía? Por cierto, ¿cuánto le debo?

—Nada, señor Rasputín. Además, le aclaro que el sujeto que se beneficiaba de su esposa no volverá a molestarlos.

—No era una molestia para ella —dijo Rasputín.

—De todos modos, tiene mi garantía. Por un tiempo, y ya le estoy diciendo más de lo que quiero, no visiten Castelar. ¿Qué tienen ustedes por la zona?

—Una casa de campo. Mi esposa solía requerirme que pasáramos allí los fines de semana. Pero de un tiempo a esta parte dice que la aburre.

—Pues mi último consejo es que por un tiempo le haga caso al aburrimiento de su esposa: deje que pasen los años.

—Rehúso marcharme sin pagarle algo.

—Déjeme las fotos de su esposa —respondí.

El señor Rasputín se cuadró como un militar, asintió y salió cerrando suavemente la puerta. Yo sabía que se hubiera olvidado de pedirme las fotos, pero el pago era precisamente que me las dejara a conciencia.

Llamé al señor Tures y le pedí que viniera a verme lo antes posible. Me dijo que demoraría una hora.

Saqué las fotos de la señora Rasputín, las puse sobre el escritorio, y comencé a masturbarme pensando en ella y en la actitud laxa de su esposo.

La señora Tures era mucho más hermosa, pero la historia de los Rasputín también me calentaba. Demoré palpándome la pija, apenas tocándomela, como esas grandes pajas que uno se hace cuando sabe que cuenta con el tiempo necesario. Dejaba que mi verga bajara y entonces volvía a subirla: miraba las tetas de la señora Rasputín sin tocármela y, luego, agitando frenéticamente, contemplaba su boca. Así pasé largo rato. Pronto abandonaría el oficio, y me regodeé pensando que me aguardaban infinidad de

recuerdos agradables de los que, en adelante, podría disfrutar sin restricciones.

Sin duda me había concentrado en cuerpo y alma en la paja con la señora Rasputín, porque ni reparé en que ya había pasado una hora cuando escuché en la puerta los dos golpes del señor Tures. Era tarde para poner un timbre.

El señor Tures entró con la cara de un estudiante que espera el resultado de un examen. No se jugaba la vida en el veredicto, ni siquiera la carrera: sólo una materia. ¿Por qué la mujer no se dejaba encular?

—Vengo de hacer gimnasia en el salón de casa —se excusó el señor Tures, a modo de saludo, explicando el equipo deportivo que llevaba, con un pantalón de *jogging* de licra, muy pegado al culo, que realzaba sus insolentes nalgas—. Pensé en bañarme, pero la ansiedad no me dejó.

—Señor Tures —dije sin prolegómenos—, luego de una investigación que no deja cabos sueltos, debo decirle, sencillamente, fuera de toda duda, que a su mujer no le gusta que le den por el culo.

El señor Tures atinó a hablar, pero lo interrumpí.

—Disfruta usted de la mujer más bella de la Argentina. Tiene cuarenta años, y no creo que pueda haber sido más bella a los veinte. Como usted bien debe saber, se parece a Nastassja Kinski y a Isabella Rossellini; y como si esto no fuera sobradamente suficiente, tiene un cuerpo superior al de cualquiera de las dos mencionadas. Si su esposa hubiera nacido en Hollywood, no sería su esposa. Sobre usted ha caído la condenada suerte de poseerla: déjese de romper las pelotas con que le dé el culo. Disfrútela. Se la chupa, le entrega su coño con un placer inenarrable. Y además, no desoye la necesaria voz de la perversión: le tira pedos en la verga y le mete el mango del cepillo en el culo, como yo bien pude atestiguar. Tome: aquí tiene las fotos. Ni siquiera las va a necesitar. Estoy seguro de que si usted le pide a su esposa que se pase el día en cuclillas sobre su cara, ella aceptará. Lo ama. Es sólo que no le gusta que le hagan el culo. De todos modos, de vez en cuando, no deje de meterle por ahí un dedo untado en vaselina: le aseguro que se lo agradecerá.

El señor Tures reaccionó de un modo totalmente inesperado:

gruesos lagrimones le caían de los ojos.

—Estaba tan asustado… —dijo—. Temí lo peor: que ya no me quisiera.

—Le puedo garantizar, señor Tures, que su esposa tiene cabal conciencia de lo pernicioso de la infidelidad. No la perderá por eso. Y tampoco creo que vaya a perderla por ningún otro motivo.

—Mire esta mujer —dijo el señor Tures tomando una de las chinches de mi escritorio, pegando la foto de su esposa en el corcho que tengo para tal fin y limpiándose las lágrimas con la otra mano—. ¿Ha visto usted algo más hermoso? —Dejó un sobre repleto de dinero en el escritorio—. Su información es impagable —añadió—. ¡Saber que sigue siendo mía!

Me levanté para guardar la plata en el bolsillo y me acerqué a mirar de cerca la foto. Era el culo de la diosa. El ano penetrado e impenetrable: una verga gruesa lo había horadado, pero no el placer. Me restaba la terrible esperanza de que yo sí pude habérselo dado; la esperanza de que mi verga enorme pero dulce, gruesa pero complaciente, podría haberle arrancados los roncos, nunca iguales, jadeos del placer anal.

Ambos permanecimos detenidos en la contemplación de lo que más queríamos en el mundo. Respirábamos extasiados, y yo, sufriente. Al menos él, a su modo, la tenía. Descubrí que mi respiración regresaba a mí: rebotaba en la nuca del señor Tures. Absorto en la contemplación, se había acercado más de lo debido, y ahora estaba con sus nalgas altivas a un respiro de mi verga parada.

El roce se produjo.

Escuchamos nuestros involuntarios, apagados, gemidos a un tiempo. Con una mano contuve mi verga, la aparté de aquellas nalgas, pero el reverso de mi palma rozó las nalgas del señor Tures y su gemido se acrecentó. Vergüenza: también el mío. Saqué la mano, y el tamaño que había cobrado mi verga la dejó aprisionada entre las dos nalgas, ceñidas por el pantalón de gimnasia. Algo centelleó, y lo vi todo blanco:

—Rápido, rápido, que ni me dé cuenta —urgió el señor Tures.

Se había bajado el pantalón y el calzoncillo. Mi verga le olisqueaba el ano, todavía decente, aún apretada entre esos pomelos perfectos.

—Lo que hizo usted por mí es impagable —dijo curvándose hacia mí—. Se lo merece. Pero no me humille.

No hablé. El señor Tures se chupó una mano y sentí un gruesa capa de saliva empapándome el glande.

—Hermosa pija, señor Mizzen —dijo Tures—. Es todo lo que pienso decir.

Se reclinó muy poco, pero la verga ya estaba adentro.

No tuve más remedio que tomarlo por las caderas. La verga entró hasta el fondo, que sentí viscoso.

—Ahhhh… —exclamó el señor Tures—. Arggghhh —agregó. Y pese a su anterior advertencia, continuó hablando—: No le cuente nunca esto a nadie.

—Nunca —prometí.

—Ah, se me hace agua el culo. Qué placer, y qué dolor. ¿Siempre es así?

—Las mujeres a los que se lo he hecho dicen que sí —respondí jadeando—. ¿Qué siente?

—Que soy de alguien, que no tengo control sobre mí mismo, cosas que me avergüenza decir, y un placer absoluto.

—Yo la estoy pasando muy bien —reconocí.

Ya perdido todo el pudor, le abrí bien las nalgas para poder ver el ano penetrado. Es la imagen que prefiero en esos momentos. Luego dejo que las nalgas vuelvan a juntarse con mi verga, rodeándola, porque también me gusta ver el culo armado, con sus dos almohadones.

—Sáquela, por favor, señor Mizzen —me pidió—. No respondo de mí.

—Cuando sienta la leche, se recompondrá —le dije con la experiencia de quien conoce el terreno.

—No se lo cuente nunca a nadie —volvió a suplicarme.

—Mi boca estará tan cerrada como está cerrado ahora su culo en mi verga: como algo que se abrió una sola vez para no abrirse nunca más.

Pero ni el señor Tures ni yo manejábamos el azar. Nicolás entró repentinamente con su termo de café al hombro.

Pegó un grito de esposa engañada.

El señor Tures lo miró con espanto, y por primera vez en aquel

coito le vi la cara: era una mezcla del horror por ser descubierto y el placer que no terminaba de borrarse.

—No lo puedo creer —dijo Nicolás.

—Pero míralo —le respondí—. Aunque no lo creas, míralo. Porque me calienta.

—¿Te la puedo chupar, aunque sea? —preguntó desesperado.

—Ni en broma —bramé, casi a punto de descargar.

—Chúpemela a mí —pidió el señor Tures—. Y usted apúrese, Mizzen, que no quiero que me vean así.

—¡No se la chupes! —grité, mientras le descargaba una tonelada de leche en el orto al señor Tures.

Sin que Nicolás pudiera acercar la boca, el señor Tures subió con toda facilidad los pantalones de gimnasia, con la leche todavía en el culo y, olvidando la foto de su mujer, marchó a la carrera.

—Esto es un insulto —dijo con furia contenida Nicolás.

—El último insulto —lo remedé—. Si sales de mi oficina, me haces un gran favor. No volverás a pisarla mientras yo esté aquí.

—¿Cómo vas a impedirlo?

—Porque no voy a venir más.

Sin revisar los cajones, sin fijarme si olvidaba algo en el escritorio, sabiendo que llevaba el dinero en el bolsillo y echando una mirada fugaz al culo de mi amada señora Tures, salí de mi despacho por última vez. Ya se encargaría Normanda de pasar a retirar los restos, incluyendo la foto, que le pediría incinerara.

Tenía el bolsillo lleno de dinero, la verga saciada y la cabeza clara. Llamé a Normanda y, como siempre, sin prolegómenos, le dije que por fin aceptaba su oferta de venirse a vivir conmigo.

—Hoy a la noche empezamos —respondió.

—No traigas el traje de serfer —dije—. Te preparé algo especial.

—Adelántame… —pidió.

Yo no sé resistirme a las mujeres bellas ni, por lo tanto, guardar sorpresas:

—Te la voy a meter por el coño.

Sentí su lúbrico gemido de asentimiento.

—Y sin ninguna protección.

La comunicación se interrumpió de pronto. La sorpresa la había devastado. Quizás hiciera falta un polvo más por el culo antes de

comenzar esa nueva vida.

KAUSUS

1

El profesor Kausus permaneció mirando el cigarrillo luego de la segunda pitada, como si aquel prodigio no lo hubiera descubierto él. Su futura esposa, Lisa, lo aguardaba en la cama con el camisón blanco de seda abierto. Desde allí podía ver a su amado. Y el sexagenario profesor, a su vez, encontraba a disposición de sus ojos los pechos amplios y firmes de la mujer. Aquella hierba, definitivamente, alargaba el tiempo. Lisa se levantó de la cama de un salto, corrió hasta el profesor y, sin darle tiempo a reaccionar, apoyó uno de sus rosados pezones contra la brasa ardiendo del cigarrillo.

—Ahh… —gritó con un sollozo, de dolor pero temerario. Regresó corriendo a la cama, se chupó un dedo y, pasándolo por el pezón enardecido, dijo a su futuro marido—: Son cosas que no se pueden hacer de casados. Ahora ven a pasarme la lengua hasta que amaine.

Si le hubieran preguntado al profesor Kausus por qué finalmente había decidido abandonar su sempiterna soltería por la mujer de cuarenta años más bella del barrio, habría callado la verdad que a sí mismo se decía: «Porque puedo lograr que Lisa llegue al clímax lamiéndole y tocándole los pezones. Nunca en mi larga vida sexual he conocido una mujer semejante: basta con que me dedique con tesón a sus pezones».

Quizás sus amigos y conocidos no reputaran esta afirmación como un argumento decisivo para el matrimonio, pero al profesor

Kausus le bastaba. Una afirmación tan definitiva como el hecho de que la hierba que había descubierto en su jardín dos semanas atrás alargaba el tiempo humano. Luego de fumarla, las acciones que antaño entraban a duras penas en un día, sucedían en dos o tres horas. Los días duraban dos o tres días; y los meses, trimestres. No alcanzaba a dar con la cifra exacta, pero durante su acto preferido, la fornicación, había evidencias suficientes como para confirmarlo en la convicción de que había por fin dado con el invento más importante de su vida. Era una fortuna inaudita haberlo conseguido a una edad tan temprana como los sesenta años.

Corrió al lecho y pasó la lengua por el pezón ardiente. Luego aplicó toda la boca al otro pezón. Lisa dejó escapar un mugido. A Kausus le gustaba imaginar que era una vaca convertida en mujer. No por lo que los hombres ignorantes suponen que se puede llamar vaca a una mujer, sino porque, en la piel blanca, en las caderas fuertes y en el cuerpo amplio de Lisa, Kausus veía a esos delicados mamíferos. Le gustaba pedirle que se pusiera en cuatro patas y mugiera, tarea a la que ella se entregaba con devoción. También le pedía que le mamara la verga como si estuviera rumiando pasto. En ocasiones, luego de fingir ordeñarla, él llegaba a pegarle en el culo con un rebenque. Entonces Lisa mugía dolorida y, sin abandonar su posición cuadrúpeda, arremetía con la cabeza contra el respaldar de la cama, como una verdadera vaca en el camión de ganado. En esos casos, su culo quedaba especialmente expuesto, y la naturaleza la había dotado de unas nalgas a las que bastaba con elevar un poco para que de inmediato revelaran el botón marrón que fingían proteger. Más de una vez, el profesor Kausus se había preguntado si, en las mujeres, las nalgas protegían el ano, o por el contrario incitaban a su penetración. Las nalgas femeninas eran guardianas y traidoras a un tiempo: ocultaban el ano en un refugio, pero ¿no eran acaso culpables del deseo masculino de alcanzarlo? ¿Quién querría penetrar un ano, de no ser por las nalgas? Ahora Lisa había tomado la posición bovina y se cacheteaba las nalgas con la mano derecha.

—Vamos, patrón, vamos —le susurró a Kausus—. Que esta vaca se escapa.

En lugar de ir a buscar el rebenque, el profesor Kausus se

incorporó de inmediato y le clavó la verga en el coño. Casi al mismo tiempo, le oprimió cada uno de los pezones con el pulgar y el índice de ambas manos; del pezón chamuscado emanaba un calor animal. Lisa alargó una mano y sacó el rebenque de debajo de la almohada. El profesor Kausus casi rio de la sorpresa: acostumbraba guardarlo en la parte superior del armario.

—Métemelo en el culo —le pidió Lisa.

Kausus sacó la verga del coño y, con mucha suavidad, insertó apenas la punta del mango del rebenque en el culo de la mujer. Pasó rápidamente abajo y volvió a clavarle la verga en el coño. Mientras le martirizaba los pezones con las dos manos, la poseyó brutalmente. Lisa compartía el entusiasmo; toda ella se movía como un temblor de tierra. Al agitarse, el cuero del rebenque le rozaba las nalgas, y Lisa gritaba pidiendo más. Aquella era la más enérgica de las folladas que el profesor Kausus había dedicado a su novia desde que se fueran a vivir juntos: estaba festejando su gran descubrimiento. Lisa acabó en diez minutos, gritando: «¡Kausus!», pidiéndole que le retorciera los pezones aún más fuerte y, por último, exclamando: «¡Hijo de puta!». Pero cuando ya la leche se había derramado en el coño de Lisa, el profesor Kausus continuaba follando, repitiendo cada uno de los movimientos, disfrutándolos por media hora, una hora. Eyaculó a las dos horas, una hora y media después de que Lisa acabara de dormirse, saciada. Gracias a la hierba recién descubierta, las acciones compartidas con humanos le permitían, o bien realizar en minutos lo que antes tardaba horas —mientras la otra persona percibía el tiempo como habitualmente—, o, como en este caso, disfrutar de dos horas de sexo en diez minutos. Lisa dormía, y el profesor Kausus se dedicó a sus tareas habituales. Con aquella hierba, a la que todavía no había puesto nombre, podía entregar su trabajo cotidiano en cuestión de minutos. Terminó de anotar la fórmula del detergente que realmente dejaba blanca la ropa, preparó un compuesto para desengrasar cocinas y después logró convertir en pastilla un líquido que, una vez ingerido, cambiaba el olor de la transpiración humana. Ordenó las fórmulas y los compuestos en su caja, que enviaría al día siguiente al laboratorio, y se tiró en la cama junto a su novia. En un mes, se casarían. Kausus decidió llamar «Lisa» a su nuevo

descubrimiento.

2

Tan prudente y riguroso había sido Kausus en la confección de los discretos adelantos científicos que le ganaban su paga mensual, como arriesgado y disparatado en la búsqueda de insólitos inventos que justificaran su paso por la Tierra. Había inventado una pastilla que obligaba a las mujeres a sentir una desmedida gana de ser cogidas por el culo; un líquido —que había utilizado en una sola ocasión— que borraba algún recuerdo de la memoria de las mujeres; un timbre que sólo se escuchaba en determinados estados de ánimo. Pero nada como la droga del tiempo.

Y el profesor Kausus se había guardado cada uno de aquellos inventos para sí mismo, con obstinación y codicia, sin compartirlos.

No los había compartido siquiera con Lisa. Incluso una vez, sin avisarla, la drogó con la pastilla que provocaba ganas de ser enculada. Y ella le agradeció durante meses aquella cogida magistral, sin saber que había sido artificialmente inducida. Al profesor Kausus lo calentó sobremanera saber que, además de hacerle el culo, engañaba a su futura esposa. Amaba a esta, pero aquel engaño lo enardecía. Otro tipo de engaños habían resultado funestos para los maduros novios: una tarde de marzo, Lisa había encontrado un pelo de culo —un pelo de culo, sí— en el glande del profesor Kausus, y dado que el ano de Lisa era lampiño, esta puso el grito en el cielo. Al principio, el profesor Kausus juró y perjuró que ignoraba cómo había ido a dar aquel pelo allí. Pero no hay demasiados caminos que conduzcan semejante elemento a semejante sitio.

El profesor Kausus se había ido a dormir aquella noche luego de encular a la panadera, después de oír un comentario del marido de la misma. El hombre había dicho que lo que no le gustaba de su mujer era lo grande que tenía el culo.

Y el profesor Kausus vio en aquella despreciable opinión —¡jamás un hombre debía hablar así de su mujer!— la oportunidad

que esperaba. Le alabó el culo a la panadera, le dijo cosas lindas, luego picantes, la rozó con sus partes tras el mostrador y, finalmente, bramó:

«Y ahora, mi hermosa puta, deme usted ese culo furibundo que el imbécil de su marido no sabe apreciar».

La mujer se levantó la falda del delantal y dejó ver una bombacha blanca semitransparente.

«¡No me diga que me la va a meter por el culo, con lo feo que es!».

«Apóyese contra las facturas de dulce de leche», le dijo Kausus, «y verá cómo le relleno su factura marrón con crema pastelera». Ella se rio y Kausus, sobrepasado por la magnificencia de aquellas nalgas interminables y por el hálito secreto del ano virgen, añadió, fuera de sí: «Si no estuviera tan enamorado de Lisa, le juraría que su culo es la mezcladora más hermosa que he visto en mi vida».

Tanta satisfacción le procuró aquel polvo que esa noche, al llegar a su casa, se refugió bajo las sábanas, junto a su futura esposa, sin recordar que la convivencia impone costumbres que la soltería desprecia: olvidó que, si se vive con una mujer, ha de lavarse uno la verga luego de encular a otra. Lisa se despertó en plena noche con tanta avidez por chupar la verga de su futuro marido, y con tan imperioso deseo de que le pellizcaran los pezones, que prendió la luz para exigírselo a Kausus. El profesor no rehuyó el convite, pero ¡ay!, allí estaba el pelo del culo de la panadera, delator.

«Te la voy a chupar igual», dijo Lisa. Y le sacó el pelo de una lamida. Luego, escupiendo el pelo ajeno, le dijo con toda claridad: «Si en alguna otra ocasión te descubro en culo ajeno, no me caso. Y si te descubro después de casarme, no me ves más ni un pelo a mí».

«Pero Lisa, mi amor», dijo Kausus, «era el culo de la panadera. Me encantó cogérmelo, no lo niego; pero ¿piensas que, siquiera por un minuto, puedo preferirla a ti? Si casi lo hice para vengarme del estúpido del marido».

«Y yo, si alguna vez lo vuelves a hacer, me vengaré de ti dejándome encular por el estúpido del marido», proclamó Lisa.

«¡Ni se te ocurra!», gritó Kausus, pálido de pavor.

«De ti depende. Y ahora basta y a chuparme los pezones, si es

que quieres ganarte el culo y la mamada».

«Sí, mi amor», dijo Kausus.

Su futura esposa se le sentó en la cara e, inclinándose con gran elasticidad, le chupó la verga. Luego quedó en cuatro patas junto a su rostro, y Kausus se las arregló para colocarse también como un cuadrúpedo sobre Lisa. Mientras le masajeaba pezones y pechos con vigor, le sacudió las entrañas por el túnel del culo.

«A ver si esa puta de mierda tiene un culo como el que te doy».

«Nunca, mi amor, nunca. Deme siempre ese culo puto». Al profesor Kausus le gustaba tratar de usted a su futura esposa cuando le daba el culo.

«¿Te cagó la pija la marrana?».

«Ya viste que no», dijo Kausus, sorprendido, tuteándola de pronto y jadeando.

«Pues hubiera preferido que la hicieras cagar. ¿Se lo rompiste, por lo menos?».

«Le dolió, sí. Si es eso lo que querías saber». «¿Te estás por venir?».

«En un instante», dijo Kausus, porque aún no había descubierto la droga del tiempo.

«Pues grítame el nombre de la hija de puta».

«¡Mariana, te rompo el culo!», gritó Kausus.

Y ambos se diluyeron en estertores de gozo.

Mirando la verga en reposo de su futuro marido, recién salida del horno de su orto, Lisa le dijo:

«Esta es la última infidelidad que te soporto».

Kausus había mantenido un cuidado estricto desde entonces.

Ahora yacía junto a su futura esposa, su amada para siempre, tras haber terminado los trabajos rutinarios y luego de haber comprobado el descubrimiento magistral. Se felicitó por la aplicación práctica de su invento: ¡con qué facilidad había terminado aquellas tediosas labores para el laboratorio, en qué corto tiempo! La cantidad de acciones realizadas en un lapso tan breve se le antojó una perfecta metáfora de la primera vez que le había hecho el culo a Lisa, en aquella ocasión en que había utilizado la pastilla. Luego de obligarla a jurar y perjurar que a esa edad, a los cuarenta años, todavía era virgen, se la metió tras

lubricarla con una mezcla por él preparada. Como si los juramentos de su futura esposa fueran ciertos, Kausus se las había visto y deseado para terminar de introducirle el glande, y el tronco se resistía a entrar. Pero después de dos o tres semipenetraciones, distanciadas en el tiempo, el ano había mostrado finalmente una disposición perfecta para recibirlo, ni indolente, ni imposible; del mismo modo que ahora acababa en tres horas aquellas tareas que durante toda su vida le habían llevado días enteros.

Ya se le había pasado el efecto de la hierba «Lisa», pero no lograba conciliar el sueño. Se levantó casi contra su voluntad y regresó con una linterna en la mano. El recuerdo del pelo de culo de la panadera lo había soliviantado.

Le levantó el camisón a su novia, que dormía sin bombacha, boca abajo, e iluminó las nalgas con el débil rayo de la linterna. Las abrió y perdió la respiración ante el espectáculo del ano marrón iluminado en la noche. Parecía más oscuro, más suave, más pequeño. Con mucho cuidado, pasó un dedo ensalivado por los pliegues exteriores del ano y de inmediato, aunque con cautela infinita, le atornilló la verga.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó ella, medio dormida.

—Te estoy haciendo el culo, mi vida.

Ahora que ya estaba seguro de la efectividad de su invento, disfrutaba de hacerle el culo en tiempo real.

—Ah —dijo Lisa moviéndose un poco, y luego soltando un imperceptible gemido de dolor—. Apúrate que me muero de sueño; y además me duele un poco.

—Sí, mi vida, sí. Ya te lo lleno. Dime «hijo de puta».

—Hijo de puta —dijo ella dormida—. Me duele.

Y le apretó los huevos.

El profesor Kausus expulsó una oleada de leche impropia de un hombre de sesenta años que acababa de follar como un atleta. Su futura esposa le agradeció la descarga con un ronroneo y el futuro esposo cayó rendido y se durmió a los pocos segundos.

Al día siguiente, el profesor Kausus despertó con un ánimo mejor que eufórico: contenidamente alegre, esa alegría que uno puede dosificar para que dure todo el día. Se prometió dos cosas: abandonaría la búsqueda de inventos magistrales, y dedicaría el resto de su tiempo a mejorar cualitativamente la fornicación. Dedicaría el resto de su inteligencia, durante lo que le quedara de vida, a llevar a las más altas cimas cada una de las folladas que el destino le reservara. Pese a las advertencias de Lisa, el profesor Kausus sabía que, por mucho que la amara, no podía renunciar a estar con más de una mujer. Dejar de investigar le impediría conseguir uno de sus sueños: descubrir la droga que generara mundos paralelos, mundos en los que uno pudiera follar sin ser necesariamente infiel en el mundo real. Hacia esa utopía se había lanzado cuando plantó las semillas de distintas hierbas en su jardín; pero, como Colón, en lugar de la droga de los mundos paralelos, se había topado con la droga del tiempo, y con eso se daba por más que satisfecho. Lo demás —el modo de proteger los resabios de infidelidad que prudentemente mantenía— lo solucionaría con la dedicación exclusiva y la voluntad. Lisa no debía descubrirlo: le iba en eso su felicidad, y quizás su vida. Ninguna mujer lo había hecho tan sexualmente feliz como Lisa, ninguna le brindaba tan cálida, inteligente y discreta compañía. Y ninguna poseía el sensual espíritu de las vacas como su futura mujer, ninguna apretaba de ese modo con el ano, a la vez virginal y procaz. Y lo más importante: a ninguna había logrado hacer acabar tocándole los pezones como a Lisa.

El profesor Kausus mantenía en aquellos días dos amantes: una de toda la vida, y la otra desde hacía dos meses. La última era la hija —de quince años— de su colega, el encargado de coloración de productos del laboratorio, el profesor Mateo di Pasquale. Di Pasquale se había casado con una mujer que había amado durante toda su vida a Kausus, y este siempre consideró que aquello era una afrenta. Un día lo invitaron al cumpleaños de la niña, y Kausus dejó caer una de las pastillas enculadoras en la gaseosa de la homenajeada, que ese día cumplía catorce años. Pero se negó a desflorarle el ano hasta que la princesita cumplió quince, desoyendo las muchas súplicas que esta le dirigió. Era una *teenager* petulante y

placer, Ethelvina lo miró como a un Dios, entregada y pasiva; pero Kausus agitó unos segundos más la verga, como para sacar las últimas gotas, y le dio a entender que ni por un segundo había quitado la vista de la foto de Giuliana. Kausus se desparramó en la cama de los Di Pasquale mientras su puta de quince años le acariciaba el pecho. Recordó que sólo una vez le había puesto la pastilla de encular en el vaso, a sus catorce años. Aquella pastilla provocaba un efecto que no duraba más de cinco minutos, suficientes para que el enculador procediera rápidamente a lo suyo. Desde aquella única ocasión, en la que el profesor Kausus había optado por negarse, Ethelvina no había dejado de reclamarlo, no ya por efecto narcótico alguno, sino porque la había desesperado la negativa de Kausus y había comenzado a ver en él, sin proponérselo, virilidad, sabiduría, talento e, incluso, cierto salvajismo que contrastaba con los modales de su padre.

—Mañana voy a ir a una marcha contra el FMI —dijo Ethelvina, intentando llamar la atención del profesor, para que él no se fuera y tal vez lograra que se le parara otra vez.

«¿Por qué contra el FMI?», preguntó Kausus.

«Porque son unas sanguijuelas», contestó Ethelvina, remedando seguramente, pensó Kausus, a algún trifilo de una agrupación de izquierda que había intentado tan denodada como infructuosamente poseerla.

«El FMI nos presta plata», dijo Kausus aburrido. «Y cuando no nos presta, le suplicamos que lo haga. ¿Qué sanguijuelas? No digas pelotudeces. ¿Qué cantan en esas marchas?».

Ethelvina intentaba complacerlo; pensaba que él valoraría la inteligencia que denotaba su preocupación social. Se apresuró a responder, no ya para conquistarlo como una joven política, sino para al menos mantener algún tipo de diálogo:

«A ver…», dijo Ethelvina. «Cantamos, por ejemplo: "Les vamos a pagar, les vamos a pagar, les vamos a pagar la deuda en cuotas. Les vamos a pagar, les vamos a pagar, si se nos cantan las pelotas"».

«¿Tú cantas eso?», preguntó Kausus, pasando del hastío a cierto interés.

«Sí», respondió Ethelvina, con dubitativa alegría por haber logrado captar la atención de su amado.

«Pero tú no tienes pelotas…».

Ethelvina permaneció en silencio.

«¿Por qué cantas “si se me cantan las pelotas”?». ¿No te resulta humillante?

Ethelvina se rio.

«No es para tanto», intentó suavizar. «Es sólo una forma de decir».

Kausus la reprendió con seriedad:

«No sé de qué te ríes. Una mujer que canta “si se me cantan las pelotas” es un auténtico marimacho. ¿Eres una mujer o un puto?».

Ethelvina palideció y sonrió a un tiempo, porque no sabía qué contestar.

«Date vuelta, “pelotas”», le ordenó Kausus.

Ella se extendió boca abajo.

«Así no. Mirando hacia la cómoda».

La cara de Ethelvina quedó contra la foto de su madre, pero escondió los ojos en la colcha.

«Ahora dime: ¿por qué sueltas esas barbaridades? ¿Por qué te las agarras con los que nos prestan plata? ¿Por qué dices que tienes pelotas?».

«No sé», contestó Ethelvina.

«¿Lo haces porque te divierte?, ¿porque no tienes otra cosa que hacer?».

Le apoyó el glande en el ano.

«Sí», sollozó Ethelvina.

«¿Alguna vez alguno de esos militantes de izquierda intentó besarte?».

Ethelvina permaneció en silencio.

«Es lo único que quieren», siguió Kausus. «Pero el culo te lo rompo yo». Sin embargo, el glande no avanzó. «Dime que tienes pelotas».

Ethelvina no respondió.

Kausus le pellizcó una nalga, que enrojeció al instante, y repitió:

«Dime que tienes pelotas».

«Tengo pelotas», dijo Ethelvina.

«Dime que eres una imbécil», insistió Kausus insertándole sorpresivamente la verga hasta la mitad del tronco.

«Ahhh» soltó Ethelvina. «Soy una imbécil. Profesor Kausus, fólleme, destróceme…».

Kausus le abrió las nalgas y enterró la verga hasta los huevos.

«Si tu mamá supiera cómo te estoy haciendo la cola…».

«Usted…», jadeó Ethelvina, «usted siempre se quiso coger a mi mamá, ¿no?».

«¿Quise?», respondió Kausus con un jadeo y una carcajada. «¿Quise? Tu padre no le debe de haber horadado el coño ni la mitad de las veces que yo. Pero ella quería casarse. Tu madre es una bella mujer, mucho más bella que tú; inteligente y graciosa. Pero en esa época yo no quería casarme… Aprieta el culo».

Ethelvina hizo lo que pudo.

«¡Así no, imbécil!», la riñó Kausus tirándole del pelo. Y en el dolor de la tirada, el culo de Ethelvina se frunció. «Así. Tu madre sí que sabía cómo apretar el orto. No sé cómo pudiste haber salido tú de semejante madre».

«Usted me está haciendo de nuevo», dijo Ethelvina.

Kausus, durante unos segundos, se conmovió. Pero la mirada simultánea al rostro de la madre y al prieto culo de la muchacha volvió a descontrolarlo:

«Tu madre me suplicaba una relación estable. Quería un noviazgo y casamiento. Yo la quería, no la amaba, pero la deseaba. La quería mucho. Pero por entonces yo prefería la variedad».

Le cerró las nalgas en torno a su verga e imprimió mucha mayor fuerza a las embestidas.

«¡Me lo va a romper!», gimió ella.

«Un culo como el tuyo no se rompe», dijo Kausus. «Conozco muchos».

«Pero pare un poco, por favor…», y en su súplica Kausus intuyó lo que podía pasar, «… estamos en la cama de mis padres…».

Kausus continuó como si le hubiera suplicado lo contrario. Levantó la cara de la sodomizada tirándole del pelo y puso los ojos de Ethelvina contra los ojos de la madre en la foto.

«¡Mira!», gritó Kausus mientras se derretía en la jungla oscura de las entrañas.

Se limpió la verga con una almohada, y sentó rápidamente a Ethelvina en el acolchado, logrando que dejara la cama hecha un

desastre. Se fue silbando, subiéndose la bragueta en el ascensor, disfrutando de la idea de Ethelvina fregando vanamente el acolchado, y diciéndose una y otra vez que lo primero que debía hacer al llegar a casa era lavarse la pija.

4

La segunda, y última, amante de Kausus era Anastasia, una hermosa mujer de por entonces treinta años, a la que había conocido unos diez años atrás. Tenía un cuerpo juncal, con unos pechos aceptables y un culo redondo pero algo pequeño; el torso siempre terso, los labios carnosos y, lo que más le gustaba a Kausus, un rostro moreno y unos oscuros ojos brillantes. Si Kausus, mientras hacía el amor con Lisa, tenía dificultades para llegar al orgasmo, entonces recordaba los ojos de Anastasia y eyaculaba al instante. Anastasia era la única mujer a la que, también por única vez, le había aplicado el líquido para borrar un recuerdo.

Anastasia había llegado a su vida cuando esta apenas tenía veinte años, y el profesor Kausus cincuenta. Por entonces Brisa, la mujer de la que Kausus había estado enamorado desde sus propios veinte años, su primera esposa, lo había abandonado por una mujer. Kausus se había enamorado y luego casado con Brisa, y la había amado durante toda su vida adulta, aun cuando ella nunca dejó de mostrar cierto desapego por la idea de pasar la vida juntos. Se había negado persistentemente a tener hijos. Pero Kausus no podía sino amarla: amaba su insolencia, sus pechos desbordantes, su boca de cortesana oriental, su cuerpo cálido y su culo, que aunque nunca fue un gran culo, para Kausus era ni más ni menos que el culo de la mujer amada: el que más quería penetrar. Era un culo muy agradable, de señora, con grandes nalgas y un ano perfecto: un culo de esposa.

El matrimonio por amor tenía para Kausus un incentivo afrodisíaco. Se decía a sí mismo, cada vez que Brisa lo invitaba a la sodomía: «Le estoy haciendo el culo a mi esposa». Y a veces Brisa decía en voz alta: «Gracias, mi señor esposo, por redondearme el

culo». No cabía duda de que ella lo había amado. Se besaban, con la verga bien adentro del culo, el ano convertido en un guante. Amaba besarla mientras culeaba.

Las tendencias lesbianas de Brisa habían sido para Kausus un aliciente más, parte de su insolencia fresca e irresistible. Pero cuando finalmente lo dejó por una profesora de gimnasia, se quiso morir. Del mismo modo que ahora, a los sesenta años, se proponía dedicar el resto de su vida a follar para disfrutar del tiempo que le quedara, luego de aquel abandono, a los cincuenta, se dijo que quería morir follando, que el mundo se le viniera encima mientras él estaba encima de alguien. Folló todo lo que se le cruzó: ancianas, modelos, mujeres policía, travestís y hasta una mendiga. No sentía el menor afecto por sus presas, y muchas veces ni siquiera atracción: las cazaba, invariablemente las sodomizaba y salía en busca de una nueva.

Los encuentros lo saciaban apenas por un día, y al día siguiente, igual de desesperado, como un adicto, continuaba buscando su dosis. No amaba, no disfrutaba: la vida había perdido todo su sentido. Hasta que apareció Anastasia.

Lo abordó en una fiesta; él estaba borracho, y ella le preguntó si era el profesor Kausus, el que había descubierto la loción para impedir el crecimiento de las uñas de los pies. Kausus lo admitió, y la mujer le dijo que su padre, quien había muerto hacía pocos meses, había sido profesor de Kausus en la universidad: no cesaba de expresar el orgullo por el hecho de que al menos uno de sus alumnos fuera un genio.

Kausus, pese a la borrachera, se emocionó hasta las lágrimas. Los ojos de aquella mujer lo estaban salvando del abismo. Esas lágrimas fueron las primeras que sintió de verdad desde que Brisa lo abandonara; e inesperadamente se lanzó sobre los hombros de Anastasia a llorar como un niño. Suele decirse que consolar a una mujer es el mejor prolegómeno para poseerla, pero en este caso fue a la inversa. Kausus y Anastasia salieron juntos de la fiesta; Anastasia, con sus frágiles veinte años, a duras penas podía sostener a un Kausus borracho, y el resto de los invitados los miraban a ambos con desagrado. Anastasia vivía sola en un departamento —precisamente de su herencia paterna—, y en gran medida llevó a

Kausus a su casa por la triste y sencilla razón de que extrañaba demasiado a su padre.

Pero al día siguiente se besaron, y Kausus encontró en aquellos ojos un oasis. Desde entonces, fueron amantes. Y aunque Anastasia le rogó una y otra vez que vivieran juntos, que se casaran y tuvieran hijos, Kausus, con un continuo cuidado paternal, se negó.

Kausus sabía que Anastasia follaba con ternura. Le daba el culo con suavidad, se la chupaba mirándolo a los ojos con amor. A Kausus le encantaba esa ternura, lo calentaba; cuando ella le entregaba su ano —para complacerlo, más que para gozar—, sentía Kausus la dulzura de un bombón de chocolate. Pero Kausus precisaba mucho más. No quería sentir ni un gemido de dolor en Anastasia, no quería ni por un segundo que el sometimiento fuera violento. Y, sin embargo, necesitaba como el agua estas emociones fieras. En un matrimonio con Anastasia, siempre echaría eso en falta, y en esa tragedia también se hundiría ella. En Lisa, Kausus había encontrado a la esposa y la amante animal. La vaca del amor. A Lisa podía pegarle en el culo, y amarla, y escupirla, y decirle maravillas asquerosas, y sorprenderse. Anastasia era demasiado bella, demasiado amable: lo había salvado, y él nunca podría retribuirle. Mantuvieron el romance y los encuentros sexuales durante años. Y cuando apareció Lisa, sólo quedaron los encuentros sexuales.

Anastasia se había casado con un experto en marketing al que Kausus despreciaba secretamente: jamás se lo dijo, por temor a ofenderla. Pero se aseguró de que nunca le diera el culo. De lo contrario, sancionó Kausus, «no podré seguir con lo nuestro». Y añadió: «No lo digo como una amenaza. Es que, sencillamente, no podría funcionar sabiendo que le entregas a otro el mismo culo. Es sólo mío». A lo que Anastasia respondió con amor: «Ya lo sé». Los encuentros siguieron produciéndose, para deleite de ambos, llenos de prudencia y sabiduría. Kausus no pensaba desprenderse de Anastasia por nada en el mundo: ¡la necesitaba incluso para ser un mejor marido para Lisa!

Cierto día, Lisa había salido temprano a su labor en las afueras: trabajaba en el control de calidad de una compañía lechera. Kausus había pasado la mañana trabajando, luego de un confortable baño y

de un cigarro de la droga del tiempo. Cuando Lisa llegó, Kausus había terminado con el trabajo del laboratorio por dos días: ya no le gustaba trabajar de noche.

—¿Cómo está hoy el profesor? —preguntó Lisa.

Kausus respondió alzando las cejas con alegría.

Lisa se quitó la camisa y los corpiños, y se dejó puesto el pantalón de tela celeste. Los futuros esposos acostumbraban encontrarse en casa para almorzar, y luego Lisa continuaba su trabajo en las oficinas céntricas de la misma empresa. Kausus paladeó el espectáculo de los pechos de su prometida bajo la luz del mediodía. Estaban erguidos como centinelas.

—Vine todo el camino pensando en sobártela con los pechos —dijo Lisa.

Kausus sacó la verga parada.

Lisa caminó en cuclillas hasta Kausus y, en actitud sumisa, se elevó lo suficiente como para acunarle la verga entre los pechos. Dejó caer saliva entre ambos y comenzó la mamada de mamas. Kausus gozaba eternamente: estuvo a punto de advertirle a Lisa que llegaría tarde al trabajo, pero recordó que la droga del tiempo lo estaba bendiciendo, y que para Lisa aquello no duraría más que unos pocos minutos. Vio desparramarse su semen entre los pechos de Lisa, y al mismo tiempo continuó gozando de aquella caricia morosa, sublime. ¡Cómo se apretaba Lisa los pechos y se homenajeaba a sí misma los pezones! ¡Qué vaca hermosa!

—El día de nuestro casamiento —le dijo entonces Lisa— te voy a regalar un misterio especial. Un regalo de vaca.

Y mugió: ese fue el instante, en el tiempo de Lisa, en que Kausus le derramó la leche y la dejó ir a trabajar. Kausus disfrutó de su esposa durante dos horas más. Luego corrió al baño a lavarse y se preparó para salir. Aunque no sentía deseo, Anastasia lo aguardaba en su refugio infiel.

—No me gusta que nos encontremos en mi casa —dijo Anastasia cuando finalmente llegó Kausus.

Kausus observó los diplomas del experto en marketing, todos ellos con menciones honoríficas vagas: certificados de participación en encuentros de publicidad, de venta de cigarrillos, de campañas políticas…

—¿Te hace feliz? —preguntó Kausus.

—Mucho.

—¿Y te hace el culo? —preguntó Kausus de inmediato, tendiéndole una trampa.

—Nunca. Es sólo para ti.

Anastasia corrió hacia la cama, se paró sobre el colchón, contra la pared, y se bajó la pollera. Las nalgas morenas asomaron.

—Quiero verte los ojos —pidió Kausus sin acercarse a la cama.

Anastasia lo miró sin dejar de mostrarle el culo.

—¿Por qué me das el culo? —preguntó Kausus.

—Porque me calienta saber cómo lo gozas.

—¿Tanto como que te la meta en el culo?

—No, me calienta más que me la metas en el coño. Siempre.

—¿Y preferirías que nunca te la hubiera metido en el culo?

—¡No! —gritó Anastasia con una risa—. Me gustó que me lo enseñaras. Y no hubiera querido pasar por la vida sin conocer tu pija en mi culo. Pero ahora que ya pasó el tiempo, te lo doy porque me calienta escucharte cuando la tengo adentro, tan adentro…

—Te voy a follar siempre por el coño —dijo Kausus.

—Haz lo que quieras —dijo Anastasia.

—¿Y tu marido? ¿Dónde se fue esta vez?

—A Cannes, a un congreso de publicitarios.

Siguieron unos instantes de silencio y Kausus dijo:

—Anastasia, mucho me temo que estoy envejeciendo.

El efecto de la droga del tiempo ya lo había abandonado.

Anastasia volvió a reírse.

—¿Y qué? Siempre fuiste viejo, desde que te conocí. Y cuando yo tenía veinte años, te veía mucho más viejo que ahora.

El tiempo mismo era una droga extraña, pensó Kausus; quizás no había inventado nada.

—Quiero decir que, en este momento, mientras tengo delante de mí a una de las mujeres más bellas del mundo, mostrándome sus nalgas, no se me para.

Anastasia se inclinó aún más, mostrándole también el ano y el coño.

Kausus sintió ternura. Se acercó hasta la cama, subió y le pasó el miembro sin empinar por el coño, como una caricia. Anastasia

gimió.

—Quiero que seas feliz —dijo Kausus.

—Lo soy con lo que tengo —dijo Anastasia. Y se apretó ambos pechos.

Kausus tomó durante unos segundos las manos de Anastasia sin sacarlas de sus pechos y luego bajó de la cama. Sin subirse los pantalones, le dijo:

—Tal vez es hora de que te permita darle el culo a tu marido. Por fin podrás entregarte del todo.

—Nunca —dijo Anastasia volviéndose hacia él y clavándole sus intensos ojos negros—. Este culo será siempre tuyo. Mi culo es tuyo, aunque nunca más lo quieras.

—¡Siempre lo voy a querer! —gritó Kausus patéticamente—. ¡Pero estoy viejo!

Invocaba su vejez porque no se atrevía a decirle que su futura esposa le había vaciado los huevos.

—Este culo es tuyo para siempre —repitió Anastasia.

Bajó hasta la verga de Kausus y se la metió en la boca mirándolo a los ojos. Instantes después, Kausus se derramaba en la boca de la mujer morena.

Se despidieron con tristeza.

Era invierno. Kausus llegó a su casa poco antes de que oscureciera, a las seis y media de la tarde. Lisa llegaría en una hora y media. Lo que vio entonces sobre su cama matrimonial casi lo dejó sin vida. Una muchacha de no más de veinte años lo aguardaba en cuclillas, tomada del respaldar de la cama.

5

Kausus supo, en lo más profundo del corazón y de inmediato, que no se follaría a esa chica ni en mil años. No quería arruinar su vida, y menos aún en su propia casa. Una infinidad de sospechas lo turbaron antes de preguntarse: ¿era acaso una trampa de su amada Lisa, una prueba a la que lo sometía? ¿O quizás un regalo de su futura esposa, un regalo de despedida del reino de la infidelidad?

¿Se trataba de una ladrona que, descubierta por la súbita entrada del dueño de casa, se entregaba de aquel modo para no ser entregada a la policía? ¿Era una admiradora anónima, una amiga de Ethelvina?

La muchacha lo miró y le habló antes de que Kausus pudiera despegar los labios, sellados por la impresión.

—Hola, precioso.

Kausus, al verle en el pecho izquierdo una mancha violeta, recordó de quién se trataba. Se sumergió en el recuerdo mientras pensaba qué decirle. Ella, balanceándose, siempre en cuclillas, tomada del respaldar de la cama, había vuelto su rostro hacia la pared.

La había conocido en la esquina de una discoteca. Kausus salía de un bar, malamente borracho de ginebra, durante su época de desespero por el abandono de Brisa. La muchacha lloraba sentada en la vereda. Su bella nariz estaba desagradablemente roja. Kausus, ebrio, se le acercó a preguntarle qué le pasaba. Jimena no estaba más sobria que Kausus: se había metido hacía un instante unas líneas de cocaína.

«Mi novio es un drogadicto hijo de puta», dijo la chica, desolada. «Me obliga a tomar y después sale corriendo. Ahora no sé dónde está. No sabe ni coger, lo único que le importa es tomar».

Por entonces, también a Kausus lo único que le importaba era tomar, pero alcohol. El impresentable novio de la muchacha, en cambio, abandonaba la vida a cambio de subterfugios. Kausus, hediendo a ginebra, desplegó todas sus artes consolatorias. La muchacha se quejó: la cocaína no le permitía tranquilizarse ni dejar de pensar en el idiota del novio; no sabía ni adonde había ido este. Quería irse a su casa, pero no podía dejar de esperarlo sentada en la vereda, dando lástima a los transeúntes, sintiéndose a un tiempo humillada e impotente. Kausus le recomendó un remedio: podía ofrecerle un líquido que la calmaría de inmediato.

Ambos se escondieron detrás de un frondoso árbol que daba a las vías del tren. Kausus le aclaró que, lamentable o afortunadamente, la única manera de proporcionarle la medicina era a través de su verga. La muchacha primero se mostró dubitativa, pero en cuanto Kausus sacó la verga con resolución, la chupó sin

ambages.

No fue un placebo: la ingestión de semen realmente le devolvió las fuerzas. Mamó con una excelencia muy poco común en muchachas tan jóvenes. Tenía labios finos, pero sabía cómo oprimir con ellos el tronco y el glande. Tenía también una manera de rozar los huevos con el dorso de la mano que resultaba encantadora. Kausus la tomó suavemente de la cabeza, acompañándola en su rezo pagano. Un tren lleno de pasajeros pasó junto a ellos, y un centenar de personas fueron testigos, desde sus ventanas, de aquella mamada antes de que despuntara el alba. Kausus observó los rostros con emoción. Entonces ella sacó los senos del escote de su camisa negra para acompañar el acoso de su boca sobre la verga de Kausus e, iluminados por la luz del tren, Kausus percibió aquella mancha violeta y violenta sobre el pecho izquierdo. Dejó en la garganta de su protegida una prolija y abundante ración de semen, que salió disparado con una fuerza inusitada. Finalizada la administración del medicamento, Jimena se pasó el reverso de la mano por los labios, y pegándole una suave palmadita en los huevos a Kausus le dijo que ya se sentía un poco mejor. En eso estaban cuando apareció el novio buscándola, a unos pocos metros. «Aquí estoy», dijo Jimena, sin que Kausus intentara subirse la bragueta. El novio se acercó, y Kausus nunca supo si vio o no su verga al desnudo, con algunas pocas gotas aún chorreantes, consecuencia de la palmadita final en los huevos. Pero los dos jóvenes se fueron de la mano como si nada hubiera pasado. Kausus se encontraba igual de borracho y, aunque saciado, no mejor.

Ahora, diez años después, aquella misma señorita se balanceaba sobre su cama.

—Creo que me debes algo —le dijo desde la cama, en la que sería la vivienda del matrimonio que se consumaría en menos de un mes.

—Pero no voy a poder pagar —respondió Kausus, ya más tranquilo—. ¿Cómo llegaste acá? —le preguntó.

—La verdad es que no lo sé —respondió Jimena—. Estaba en la facultad, intentando encontrar la respuesta a la pregunta 3, y de pronto aparecí desnuda, en tu cama.

Kausus la miró atónito.

—Es la verdad —insistió Jimena—. No sé cómo aparecí. Pero tengo ganas de coger contigo.

—Pues no podrá ser —dijo Kausus—. ¿Tengo que llamar a la policía?

—Haz lo que quieras —dijo Jimena, y era la segunda vez en muy poco tiempo que le dirigían esa frase a Kausus—. La verdad es que no sé qué hago acá. Y si no me quieres coger, ni quieres que te la chupe una vez más, lo mejor que puedo hacer es irme. No necesitas echarme.

—Entonces vístete ya mismo y ándate.

Jimena lo miró durante un segundo; todavía no se resignaba a no ser follada. Quizás lo estaba deseando desde aquella mamada furtiva junto a las vías.

—No tengo ropa —le dijo—. No sé cómo llegué hasta acá, ni dónde está mi ropa.

Kausus no podía darle ropa de Lisa, pues esta descubriría la falta y no tendría cómo justificarla.

—Te voy a dar una camisa y un pantalón míos —dijo Kausus—. Y llamo un remisse. Ni bien llega el remisse, te subís de inmediato. Voy a pedir uno con vidrios polarizados. Te lleva directo a tu casa y nadie te va a ver.

—Me parece bien —dijo Jimena.

Sin que Kausus se lo indicara, Jimena bajó de la cama y, con un conocimiento inexplicable, abrió el armario donde guardaba la ropa el profesor. Retiró primero un calzoncillo de unos de los cajones.

Cuando la vio en calzoncillos, de espaldas, Kausus flaqueó. ¡Qué maravilloso resultaría cogerle el culo bajándole apenas los calzoncillos! Seguramente no era otro el objetivo de Jimena al vestirse la ropa interior masculina, que le marcaba los glúteos de un modo incoherente e irresistible.

Apeló Kausus a la visión de la futura felicidad con Lisa, y dejó que Jimena siguiera vistiéndose. También la camisa de Kausus en aquel cuerpo, holgada y sexy, lo arrebató. Pero nuevamente triunfó el sentido común. Para cuando Jimena vistió el pantalón, Kausus ya estaba listo para despacharla, mucho más interesado en deshacerse de ella que en cualquier atisbo de deseo.

—Perfecto —dijo Kausus—. Ya mismo te llamo el auto.

Caminó hasta la cocina, discó el teléfono de una compañía de remisses, pidió un auto con los vidrios polarizados y regresó a la habitación. La ropa que acababa de ponerse Jimena estaba desperdigada sobre la cama, y no había nadie en la habitación. Kausus contuvo el aliento. ¿Se había escondido?

No intentó buscarla. Se dejó caer sobre la cama diciéndose que aquello era demasiado. Cuando llegara Lisa, simplemente le diría la verdad y decidirían si debían llamar o no a la policía. El temor a que su futura esposa no le creyera, a que dudara de él de algún modo, le resultaba mucho menor que el estupor por la pérdida de toda lógica: ponerse a buscar a una joven desnuda por su casa, temeroso de que llegara su futura esposa, era sumirse en un mundo sin reglas. No estaba dispuesto a hacer esas cosas, y menos aún a sus sesenta años: prefería perderlo todo.

Cuando a los quince minutos llegó el remisse, Kausus bajó a pagarle por el viaje en vano y regresó a su casa con el ánimo algo recuperado. Buscó sin demasiado esfuerzo por algunos rincones de la casa, en el patio y en el baño.

Abrió los armarios. No había caso. Jimena se había esfumado tan abruptamente como había llegado. O quizás estaba escondida en un sitio inesperado, o muerta, hecha un ovillo en cualquier rincón de la casa. El tiempo diría.

Lisa lo despertó a las siete de la tarde. Kausus abrió los ojos con dolor. Pero cuando su futura esposa le besó el cuello y le mostró los pezones, él se dijo que todo había pasado. No sabía qué había sido aquello, ni quería saberlo. A veces el mundo se ensañaba con nuestra razón, pensó, y lo mejor era no hacerle caso.

Aquella noche, Kausus pasó las palmas de las manos por los pezones de Lisa, y luego les aplicó un líquido apenas ácido que quemaba sin lastimar, y también los frotó con su verga, y los enharinó y los chupó devotamente. Lisa acabó sin emitir sonido alguno, con la respiración profunda y contenida, y Kausus se durmió con la verga parada, sin eyacular.

Despertó en la mitad de la noche, con la verga todavía dura y, en su conciencia, un dato estremecedor: Jimena, durante la aparición, era una muchacha de no más veinte años. ¡No había cambiado en diez años!

6

Por la mañana, cuando Kausus despertó, Lisa ya no estaba a su lado. Nunca despertaba solo. Compartían un mate, y a veces ella le pedía que le hiciera el culo antes de bañarse. Kausus sintió cierta desazón al ver la cama vacía.

«Ciertamente», se dijo, «el universo está enloqueciendo».

Trabajó con esmero durante toda la mañana, y se fumó el primer cigarrillo de la droga del tiempo recién a las doce del mediodía. Por primera vez desde que había descubierto la droga, prefería trabajar en tiempo real, para entretener sus peores pensamientos. No supo cuan certero había estado en su afirmación acerca de la insania del universo hasta que vio a la anciana desnuda en el baño. Ahora sí era el final: Lisa llegaría en apenas media hora.

—Vine a que me dé otra emoción —dijo la anciana.

Esta vez, Kausus recordó de inmediato a la anciana. Le había desfondado el orto hacía una década, en el piso veinticuatro de un hotel cinco estrellas vacío. Lo habían convocado al congreso «Químicos en la Vida Doméstica», que se celebraba en Necochea. Kausus, tan desinteresado de aquel congreso como de la vida en general durante aquel invierno fatídico, había exigido, para concurrir, ser alojado en un hotel cinco estrellas. Sólo había un hotel así en Necochea; el resto de los científicos se alojaron en una residencia de la municipalidad. El hotel Necochea no tenía más huésped que Kausus, y lo que para muchos hubiese sido un remanso, para él, en aquellos días, significó habitar el piso veinticuatro del infierno. La mucama que lo atendía, una mujer de sesenta años, insistió durante toda aquella semana, con total inocencia, en mostrarle la Suite Emperador, para que Kausus la disfrutara en el verano «con su señora esposa». Fue este último argumento, casi al final del congreso, lo que llevó a Kausus a aceptar. La mucama le mostró los dos ambientes de la suite: una recepción, con una estupenda mesa enana de caoba, y la magnífica habitación, con su palaciega cama matrimonial, desde la que se veía el mar. Mientras recorría la pieza, Kausus rozó a la desavisada mujer con su verga, pero ella no pareció reaccionar. Cuando

llegaron al baño, Kausus estaba empinado como un adolescente. La tomó por ambas manos, apretó sus manos contra el espejo del baño, e inclinándola levemente sobre la pileta de lavarse las manos, le levantó apenas su delantal bordó, le bajó la bombacha lila y le insertó la verga en el ano sin lubricar. Por los motivos que fueran, el culo se abrió de inmediato y Kausus lo trepanó jadeando, tomándola por las caderas y metiéndole los dedos en la boca. Se pasaba una mano por el tronco que acababa de salir del culo de la sexagenaria, y llevaba esos mismos dedos a la boca, mientras su verga seguía taladrando. Le inundó el culo con una moderada carga de leche y los oídos con un grito de triunfo.

«Vieja puta», le dijo hacia el final, en un susurro ronco.

Una vez se despegaron, la mujer tomó la verga saciada y, mientras la lavaba con agua y jabón en la pileta de las manos, le dijo:

«Ay, señor, no sabe cuánto le agradezco. Mi finado marido me la daba siempre por el culo, y desde su muerte no encontré quién reemprendiera la tarea. Se la voy a dejar limpita, limpita».

Kausus sonrió. Lo que con mayor agradecimiento recordaba fue que, al día siguiente, cuando dejó el hotel, la vieja lo había saludado con el respeto y la consideración que cualquier huésped merecía. Sin una mención al incidente ni una palabra de más.

No necesitó contemplarla con mucho detenimiento para comprobar que, al igual que Jimena, la mujer no había envejecido desde aquella culeada. Como si la verga de Kausus las hubiera dejado detenidas en el tiempo.

Kausus no preguntó qué hacía allí ni cómo había llegado. Sólo dijo:

—Espéreme un minuto.

A lo que la mucama replicó con una sonrisa aquiescente.

Kausus corrió en busca de la hierba, se armó un cigarro y regresó al baño fumándolo. Ahora no tendría que preocuparse por la llegada de Lisa, podría mantener una conversación de horas en minutos.

—Sospecho que ya tiene suficiente emoción con haberse metido en mi baño de improviso —dijo por fin Kausus.

—Señor —dijo ella—, no sé qué hago acá. ¿Dónde está mi ropa?

—Siéntese —dijo Kausus dando una pitada y señalándole el inodoro.

—Le juro que no sé cómo llegué —siguió la mujer—. Estaba resolviendo un crucigrama. Y acá estoy, desnuda. Sólo sé una cosa: quiero que me vuelva a hacer el culo.

Kausus sonrió compasivo.

—Mi querida señora, eso es imposible. Le agradezco mucho su oferta, pero en menos de un mes me caso.

—Qué suerte —dijo ella con alegría no fingida—. Le deseo toda la felicidad del mundo. Aquella vez que me rompió el culo (porque la verdad es que, aunque entró fácil, me lo rompió, ¿eh?, no vaya a creer), me llenó de esperanzas. Desde la muerte de mi marido, más de una vez estuve a punto de recibir una bendición. Primero pensé que el portero de mi edificio, un viejo borracho, me dejaría chupársela para dormir más fácil. Pero el cochino prefería pagarle a una negrita y me soltó: «Salga de aquí, vieja atorranta». Después me le ofrecí al boletero del único cine de Necochea, que en invierno no tiene nada que hacer, y por último traté de pajear al conserje del hotel; pero todos me rechazaron. Hasta que llegó usted, como un ángel caído del cielo, con su verga flamígera, y me humedeció la cola. ¿Sabe lo que fue sentir otra vez regado ese culo yermo? Fue como una irrigación…

La mujer calló y se quedó pensativa, como si la palabra «irrigación» evocara en ella algo.

Kausus la observó. Todo en ella recordaba a un museo: los pechos, caídos y marchitos, semejaban esos animales embalsamados que, no obstante, transmitían al espectador su fulgor pasado. Las caderas aún eran amplias y femeninas, pero el culo parecía una pelota de goma desinflada. Sin embargo, Kausus lo había gozado con la misma intensidad que el de, por ejemplo, Ethelvina.

—No puedo hacer por usted más de lo que ya hice —dijo Kausus —. Pero quizás usted pueda hacer algo por mí.

—Chupársela, darle otra vez el culo, lo que usted quiera… No le ofrezco las tetas porque, ya ve…, no lo quiero ofender.

—No, no —dijo Kausus—. Nada de eso. Además, no me ofende.

En el cuerpo de aquella mujer, Kausus temía ver su propia decadencia física. Pero lo cierto era que, por muy vanidosamente

ridículo que pareciera, Kausus estaba contento con su propio cuerpo. El vello cano en el pecho se le antojaba viril, no tenía panza y no perdía las ganas de follar. Sus ojos seguían mereciendo el halago femenino y su verga respondía como siempre.

—Lo que quiero pedirle es un consejo —dijo Kausus—. Usted ha visto mundo; no sé si ha viajado, pero todos los veranos pasan por su hotel centenares de familias, de parejas…, en suma, historias. Ayer apareció sobre mi cama una señorita de no más de veinte años, lo mismo que usted…

—Ay, gracias —dijo la mucama enrojeciendo de dicha—, destróceme el culo ahora mismo…

—No, no… —la interrumpió Kausus—. Quiero decir que apareció desnuda, y sin saber cómo había llegado aquí. Y también ofreciéndoseme.

—Entiendo. Le barnizó el culo a una nena, y ya no le quedan ganas.

—No, no. Ni siquiera me ofreció el culo. No le hice nada… Lo que quiero saber es qué puede estar pasando. En menos de dos días, dos mujeres, usted y la chica, aparecen desnudas en mi casa, así, sin ton ni son. Usted es mayor, yo también: pero usted sabe más que yo, estoy seguro. Yo la conocí a usted hace diez años, y a la chica también. Ninguna de las dos parece haber envejecido desde entonces.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—El tiempo —dijo la mucama.

—¿Qué pasa con el tiempo?

—Cuando mi marido murió —siguió la mujer—, concurrí a un espiritista, y este me preguntó si quería hablar con mi marido. Le dije que no me importaba tanto hablar como que me viniera a dar por culo. Lo extrañaba sobre todo por eso. También quería que me chupara una vez más los pezones. Él no tenía reparos: me amaba de toda la vida, y para él mi cuerpo siempre era deseable. Era amor.

—Entiendo perfectamente —dijo Kausus.

—El espiritista me dijo que sólo me podía conseguir un diálogo con Tobi, mi marido. Quizás podía conseguir que Tobi me dijera algunas guarangadas, pero Tobi no era muy de hablar: nunca me pidió nada, nunca me dijo nada cuando me entregaba. Era cuestión

de llegar a casa, tirarme en la cama sin explicaciones y profanarme el culo como quien entra a un templo sin permiso. La primera vez que me lo hizo, de novios, mi papá tomaba mate en la habitación de al lado, y Tobi no soltó ni un suspiro… Era un amor. Pero a lo que iba: el espiritista me dijo que el único modo de traer a Tobi era encontrarlo en el tiempo, pues no había modo de resucitar a los muertos. De encontrar a un hombre en el tiempo, en cambio, sí. Pero no era aconsejable. Me contó la historia de un campeón de salto en alto. Era un hombre que tenía un físico privilegiado, no soportaba la vejez y era bujarrón. A los ochenta años concurrió a una bruja para que le concediera un prodigio único: volver con sus ochenta años al pasado, encontrarse a sí mismo a los diecisiete años, y cogerse a sí mismo. ¿Entiende lo que le digo?

—Creo que sí —dijo Kausus—. Como en el cuento de Borges: un hombre, ya en su ancianidad, se encuentra consigo mismo cuando joven.

—No lo pude haber explicado mejor —siguió la discreta y sapiente mucama—. Pero este hombre no quería cualquier encuentro: quería cogerse a sí mismo. Ya ni pagando le llevaban el apunte los jóvenes, y estaba seguro de que su propio culo adolescente no le diría que no.

—¿Y lo logró?

—Parece que sí. Llegó al vestuario, se encontró a sí mismo en slip, y se sodomizó a sí mismo, gozando de unas nalgas únicas como no las había tenido en veintenas de años, usando jabón como lubricante. Pero luego de aquella cogida, el tiempo se le descajetó. De pronto se le aparecían amigos del secundario que habían muerto, o lo llamaban por teléfono sus abuelos. Una locura. Yo decidí dejar a Tobi donde estaba: no quise jugar con el tiempo. ¿Hizo usted algo de eso?

—Querida señora —dijo Kausus—, si esto fuera un crucigrama, yo le diría…

Pero los ojos de la mujer se iluminaron nuevamente. Sin escuchar a Kausus, como un científico que exclama su Eureka, interrumpió, absorta en sí misma.

—¡Irrigación! —gritó—, diez letras. ¡Irrigación!

Y desapareció de la vista de Kausus.

Kausus alcanzó a apagar su cigarrillo en la pileta de lavarse las manos, y se desmayó.

7

Recobró el conocimiento en brazos de Lisa, que le gritaba:

—Mi amor, ¿qué pasó, mi amor?

Cuando por fin pudo decirle que no era nada, que no se preocupara, ella le mostró el resto húmedo del cigarrillo.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—Marihuana —mintió Kausus.

—¿Marihuana? ¿Desde cuándo fumas marihuana?

—Desde que quiero festejar cada día mi futuro casamiento con la mujer más hermosa de la Tierra.

—¿Y te calienta? Porque entonces yo también quiero probar.

—¡No! —gritó Kausus sin querer—. A ti te va a hacer mal, seguro. Y a mí me acaba de provocar un desmayo: adiós a la marihuana.

Lisa tiró el resto del cigarrillo al inodoro y apretó el botón En la tabla del inodoro, Kausus percibía perfectamente las marcas, e incluso la temperatura, de los muslos de la mucama.

Aquella noche, los futuros marido y mujer no se tocaron. Miraron juntos una hermosa película romántica y Lisa se durmió con los títulos. Kausus permaneció despierto, meditando.

«Si esto es un crucigrama», hubiera deseado decirle Kausus a la mucama, «usted acaba de proporcionarme la palabra más difícil».

Efectivamente, siguió pensando Kausus, la droga del tiempo tiene efectos secundarios. Para cualquier otro mortal, el enigma quizás hubiera resultado imposible de descifrar, pues la locura o la desesperación habrían llegado antes que la solución. Pero después de dedicar su vida al descubrimiento de prodigios que variaban las rígidas leyes que unían la vida humana con el universo, y tras padecer en carne propia las raíces mismas de la desesperación amorosa, Kausus aprendió que las únicas armas de los hombres contra las desgracias del azar eran la paciencia y el apego a la vida.

Kausus se acercaba a la solución: la droga del tiempo estaba enloqueciendo su tiempo. Por mucho que le doliera, tendría que renunciar al uso de su gran descubrimiento. O probar de mejorarlo sin experimentarlo personalmente. ¿Cuánto durarían los efectos secundarios? ¿Lograría llegar a la boda sin una nueva interrupción?

Se durmió con la tranquilidad de quien cuenta con una esperanza.

Lo despertó una mano en su verga a las tres de la mañana. Sintió su verga parada en la mano de Lisa, y supo que la había estado tocando desde hacía un rato. Decidió mantener cerrados los ojos mientras durara la caricia. La mano se cerró, ensalivada, alrededor del glande, y luego siguió por el tronco y los huevos. Le hizo un leve cosquilleo en el culo y regresó al tronco. Inmediatamente comenzó una paja tradicional, pero cuando parecía que seguiría hasta el final, se detuvo y apretó otra vez con fuerza el glande. Kausus exhaló un suspiro apasionado.

¿Debía follar a su prometida en la mitad de la noche, o le permitiría ella disfrutar de esa paja mansa hasta el final? De pronto, un aroma agradable pero inesperado le hizo abrir los ojos. Ahogó un grito. En la oscuridad, vio una mujer que no era su futura esposa. Descubrió los ojos negrísimos de Anastasia en la madrugada. ¿Dónde estaba su novia? ¿La habría matado Anastasia? No tardó en divisar a su novia junto a Anastasia, dormida en el lado izquierdo de la cama, el que siempre ocupaba.

Aunque estaba muerto de miedo, su memoria tuvo la fuerza para traerle el recuerdo de un día de su adolescencia, en que lo había masturbado silenciosamente una mujer, una profesora de su colonia de vacaciones, en medio de una carpa poblada de muchachos dormidos. Pero esto era muy distinto, y no quería jugarse lo único que le quedaba en la vida.

Tapó la boca de Anastasia con una mano y la obligó a salir de la cama.

Con el movimiento, Lisa despertó, se incorporó, los vio, mantuvo un segundo de atroz silencio y luego lanzó un grito desgarrador.

Kausus soltó a Anastasia, corrió a abrazar a su prometida, y sin soltarla prendió la luz del velador.

—¿Qué es esto, por Dios? —gritó Lisa—. ¿Qué es esta locura?

¿Quieren matarme?

—Mi amor, mi amor —la tranquilizó Kausus—. Es una locura. Pero ya te lo explico. Ya mismo. No te mueras, porque vamos a vivir y a ser felices. Te lo prometo.

Lisa miró a ambos parpadeando. Anastasia sonrió desconcertada.

—No sé qué hago acá —dijo.

Kausus notó que no era la Anastasia de treinta años, sino aquella jovencita que le había salvado la vida en la fiesta, diez años atrás. Lisa miró ahora con envidia su cuerpo joven. Pero Kausus no tenía dudas de que incluso en ese terrible momento, si le dieran a elegir, se quedaría con el cuerpo de su futura esposa.

Kausus comenzó a hablarles a ambas. Les contó el experimento de la hierba «Lisa». Fue en busca de un poco de hierba, la prendió y les mostró el extraño humo que expedía. Pero no les dio a probar, ni él lo hizo, porque había aprendido a no jugar con el tiempo.

Por supuesto, a Lisa no le bastó aquella minúscula evidencia.

Kausus narró cada uno de los sucesos que habían acaecido en los últimos días y, mientras su futura esposa lo miraba incrédula, le pidió a Anastasia que por favor se vistiera y se fuera.

Lisa preguntó por el resto de los inventos, y Kausus finalmente desveló sus tan codiciados secretos. Aun así, en los ojos de Lisa se leía un reproche definitivo: no se creía la llegada mágica de esa mujer, y lo abandonaría antes de que saliera el sol. Kausus comenzó a llorar, mientras Anastasia buscaba por la habitación algo con qué taparse.

Súbitamente, mientras Kausus refregaba sus ojos llenos de lágrimas, Lisa presenció la desaparición de Anastasia. Se esfumó en el aire como un truco de magia hecho por nadie.

Kausus, que continuaba llorando, le dijo:

—No puedo vivir sin ti.

Lisa lo llamó a la cama con un gesto de la mano. Kausus obedeció como un niño asustado.

—No sé qué pasó —dijo Lisa conmovida—. Pero vamos a soportar esto también: viviremos juntos.

—¡Mi amor! —gritó Kausus, y la abrazó sollozando.

Lisa beso el pecho de su futuro marido y siguió besándolo hasta llegar a la verga. Allí se instaló, con ambas manos acunando los

huevos, y adoptó una extraña posición de yoga, parada cabeza abajo, con la boca en la verga y su culo vacuno en el rostro de Kausus. Acomodó la nariz del hombre entre sus nalgas, y abrió y cerró el ano como una invitación. Los dedos de Kausus comenzaron a acariciarle tímidamente la vulva. Lisa dejó de chuparle la verga, porque la posición era muy incómoda y le producía dolor en el cuello. En cambio, Kausus empezó a chuparle el culo.

—Ay… —gemía Lisa descontrolada—. Ay…

La desesperaba que le chuparan el culo. Kausus retiró una mano del coño y juntó ambos pezones. Los manoseó, los disolvió, los acarició con la sabiduría de un anciano que rezara un rosario. Lisa estalló en un orgasmo poderoso, liberando así la ansiedad contenida durante aquellos escasos minutos en que habían sido tres en la noche terrible.

El ano de Lisa apretó como una válvula la punta de la lengua de Kausus, quien agradeció con una eyaculación espontánea, sin tocarse ni ser tocado.

—¿A mí me diste una pastilla para que me dejara encular? —preguntó Lisa ronroneando, cansada de amor.

Rojo de vergüenza, y temiendo una reprimenda, Kausus contestó que sí.

Lisa soltó una carcajada.

—Me encantó —dijo—. ¡Y qué bien que me la hiciste pasar! ¿Te quedan más?

Kausus, manteniendo su mirada de niño descubierto, asintió.

—Pues otro día me das una. Y ahora vamos a dormir, que por más que falten días, las ojeras se acumulan. No quiero estar hecha una bruja el día de mi boda.

Al sumirse en el sueño, el profesor Kausus comprendió el sentido de la mirada de Anastasia un instante antes de desvanecerse: una mirada fugaz e intensa que Lisa no había descubierto, y que Kausus no pudo dejar de ver a través de sus lágrimas. Aquella Anastasia de veinte años poseía en su memoria el recuerdo que el profesor había borrado con el líquido tanto tiempo atrás: la propuesta de casamiento que él le había hecho, lleno de agradecimiento, una única vez, de la que se arrepentía profundamente.

En esa mirada joven y sin tiempo, la muchacha se lo reprochaba

y lo perdonaba para siempre. «Debiste haberme dejado el recuerdo, al menos, de que alguna vez quisiste tener mi culo indeciso pero generoso por el resto de tus días».

8

La boda resultó esplendorosa. Se casaron temprano por la mañana, rodeados de amigos y unos pocos familiares. Ambos eran huérfanos de padre y madre, y Kausus ni siquiera tenía parientes lejanos. A la ceremonia, exclusivamente civil, siguió un asado en el patio de los recién casados. Kausus preparó el fuego y puso la carne a asar.

—Hoy a la noche, yo seré tu carne al asador, y me harás —le dijo Lisa al oído.

A las seis de la tarde ya no quedaban invitados, y Lisa pidió a Kausus que saliera de la casa y volviera en dos horas, como un novio que entrara a la suite nupcial para ver por primera vez desnuda a su novia.

Kausus aceptó contento y fue a ver una película.

Compró una botella de whisky y, al regresar, a las nueve de la noche, la entró, a escondidas, a la sala.

La habitación matrimonial estaba en penumbras y tardó un segundo en ver a Lisa.

Le sonreía con los labios pintados de un rojo amarronado, en cuatro patas, en el suelo, rodeada de pasto y tierra. Se había pintado manchas negras en la espalda y los costados del cuerpo. Llevaba un anillo de bronce sujetado, no incrustado, entre las fosas nasales; y un par de orejas de vaca como una de esas cabeceras del ratón Mickey. Con las manchas, semejaba una vaca holandesa–argentina. Una cadena de dos metros la ataba a una pata de la cama.

—Muuuu… —dijo Lisa.

Y la verga de Kausus respondió con un bramido de dureza y poder. Corrió hacia su esposa, le abrió la boca y le metió la verga desesperado. Cuando la dejó respirar, ella dijo:

—Anda a buscarme una de las pastillas para encular.

Kausus actuó con rapidez.

—Ponme la pija en el culo, sólo apoyándola, y méteme la pastilla en la boca —ordenó Lisa.

Kausus lo hizo todo como ella le pedía.

—¡Ay, qué ganas! No me la metas todavía. Deja que sienta aún más ganas. ¡Ay, cómo me ansia el culo! ¡Ay, qué ganas! ¡Qué ganas de que me la metas en el culo! ¡Qué bien te salió esa pastilla, hijo de puta! Ahora métela, métela.

Kausus, sin embargo, demoró unos instantes, solazado en la visión de aquel ano que latía al ritmo de la súplica.

—Ya, puto de mierda, encájame la barra en el culo. Te lo pido como una vaca. Dale, métela que sufro… No sabes cómo lo desea mi culo. Hazme el culo, hazme la cola. Métela.

Kausus capituló. Lubricó con saliva y comenzó una follada antológica. Era, sin duda, la mayor gozada por el culo que su mujer le había brindado. Miraba una y otra vez su cuerpo disfrazado de vaca, la tomaba por las caderas y, mientras la sometía a un taladrar parejo, le gritaba con voz de capataz:

—¡Tome, mi vaca, tome! ¡Reciba en su culo puto la cucarda del amor!

Lisa no se quedaba atrás.

—Ay, esa cabeza de pija me está rebautizando el orto. Me lo redobla, me lo redondea. ¡Qué gruesa es!

Kausus gozó como un esclavo liberto y dejó la prueba de leche. Entonces Lisa, aún encadenada, se puso en cuclillas en el suelo y dijo:

—Ahora voy a darte la sorpresa prometida.

Allí mismo, frente a los ojos de su marido, soltando gemidos apagados, le regaló el perverso misterio.

Kausus sufrió una erección inesperada —pues recién eyaculaba— sólo de ver a su esposa en aquella situación.

—Y ahora ándate, que quiero preparar todo de nuevo —dijo Lisa con esa tranquilidad que sólo tienen las mujeres.

9

Cuando Kausus regresó al lecho en su noche de bodas, Lisa lo aguardaba en su camisón blanco, virginal, como una novia.

Lo invitó a acostarse junto a ella, se lo subió encima y lo ayudó a insertarle la verga en el coño. Comenzaron un amor acompasado, de esposos.

—Y ahora quiero que me cuentes todo —dijo Lisa—. Cada una de las mujeres que follaste en los últimos diez años, y qué le hiciste a cada una de ellas. Te acabo de sacar la leche con el culo, así que vamos a tardar un buen rato. Tenemos tiempo. Como ves, no necesitabas la droga.

Kausus soltó una risa.

—De acuerdo. Pero antes, mi querida Lisa, como ya somos marido y mujer, y como esta es nuestra primera y última noche de miel, quiero que primero me reveles una verdad.

—Lo que usted mande, mi dueño y señor.

—Quiero saber, Lisa, si es verdad que nunca te hicieron el culo.

Lisa no respondió.

—No me enojaré —dijo Kausus—. Pero antes de que durmamos juntos por primera vez como esposos, quiero saberlo, y nunca más volveré a preguntarte al respecto.

—Me hicieron el culo en dos ocasiones —dijo Lisa entre avergonzada y caliente—. La primera, un compañerito de la secundaria que no me quería dejar embarazada. Y la segunda, un amante durante mi primer matrimonio.

—¿Y tu primer esposo?

—Nunca.

—¿No te lo pidió?

—No me acuerdo. Pero sí sé que nunca lo hicimos.

Kausus aceleró las acometidas en el coño de su esposa, que rezumaba.

—¿Cuál de las dos veces te gustó más?

—Ninguna comparada a la culeada que me acabas de dar, y que tan buenos resultados te proporcionó.

—Ah… —jadeó Kausus sacando la verga casi por completo y

enterrándose una vez más en el coño—. Pero me refiero a las del estudiante y el amante. ¿Cuál te gustó más?

—Hum…, recuerdo tan poco… Me gustó más la del estudiante, que me separó las nalgas y me escupió en el ano directamente. La metió rápido y me dolió, pero no era su intención. Éramos tan inexpertos… Me gustó su frescura, su ignorancia febril.

—¿Y cómo fue la del amante?

—Era un amigo de mi primer marido. Fue durante un otoño; mi primer marido se había accidentado con el auto, por correr carreras, como un idiota aficionado, por las calles de la ciudad. Coincidí en la habitación del sanatorio con uno de sus amigos. Como a cada rato le tenía que acomodar la almohada a Fernando, mi primer marido, el amigo terminó viéndome el culo casi inevitablemente. En una de las ocasiones en que acomodé la almohada, no aguantó más y me apoyó.

—¿Delante de tu primer marido?

—Sí, que era un idiota completo.

—¿Y qué hiciste?

—Le sonreí. Como a Fernando le habían dado un calmante para el dolor, se durmió profundamente. Me encerré con Augusto en el baño y me la metió apoyada contra la pileta. Me acuerdo de que, en algún lado, había un par de esos guantes de enfermero, sin usar, en una bolsita, y Augusto me palpó varias veces el ano, jugando, antes de metérmela.

—¿Y por qué por el culo?

—Creo que lo excitaron los guantes, la idea de ser un proctólogo que me estaba haciendo una revisión.

—¿Cuándo despertó tu primer marido?

—Cuando Augusto ya se había ido y yo me estaba limpiando la leche.

Kausus se rio y sacó la verga. El coño de Lisa estaba apretando desusadamente, y no quería acabar. Aquella noche debía ser eterna. Lisa le pidió que le contara historias, y Kausus buscó entre las más terribles: quería una capaz de matarle el punto a la aventura de Augusto en el sanatorio.

—¿Y por qué no debería temer yo que me hagas lo mismo alguna vez? —preguntó Kausus.

—Porque eres el amor de mi vida, porque te cuidas tanto como me cuidas a mí, y porque no necesito a nadie más que a ti en el mundo.

La garganta de Kausus se cerró por la emoción.

—Me lo diste todo —dijo Kausus—. Y quiero más. Pero parece que no soy tan cuidadoso. ¿Y el escándalo que armé con el tiempo?

—Usted es un genio, profesor Kausus —dijo Lisa anticipando una nueva culeada—. Y los genios corren riesgos que valen la pena. Idiota es el que se arriesga por nada.

—Creo que esa declaración merece que te martirice el orto con amor.

Lisa abrió grandes las nalgas y mugió. Ya no estaba encadenada y se había sacado el aro de bronce, pero Kausus no necesitaba más que sus expresiones para amarla siempre como la vaca de su vida, la vaca que se había hecho mujer por amor. Ninguno de los dos estaba preparado para ver aparecer entre medio a Ethelvina.

Surgió no como la joven de casi dieciséis años, sino como la quinceañera a la que Kausus había enculado por primera vez: de todos los súcubos del tiempo que se le habían aparecido, esta era la primera que no iba desnuda. Llevaba su vestido de fiesta.

—¡Esto sí es el colmo! —dijo Lisa, sin enojo, pues había visto aparecer a aquella chica de la nada, y comprendía que no podía echarles la culpa ni a la muchacha ni a su marido.

—Ethelvina —le ordenó Kausus—, vuelve a tu fiesta.

—Vine a ser enculada: usted me prometió que me encularía cuando cumpliera quince años, y aquí estoy.

—Pues es una promesa que no pienso cumplir —dijo Kausus con severidad. Y, ridículo, le señaló con el índice extendido y una expresión furibunda la puerta de salida de la habitación.

Ethelvina no se inmutó.

—Yo no me voy de acá hasta que no me dé por culo.

—A patadas en el culo te voy a sacar —gritó Kausus enfurecido. Y se disponía a hacerlo cuando Lisa lo detuvo.

—¡Te juro que no volví a probar la droga del tiempo! —dijo Kausus a su esposa.

—Lo sé, lo sé, te creo —dijo Lisa—. Pero no es para tanto. ¿Cómo vas a echar así a esta chica? Si no quiere irse, ya veremos

ESO NO

6 de agosto de 2002, por la mañana

Hoy, finalmente, vino Miguel a quejarse. Desde el primer momento supe que algo así ocurriría. Pero nunca imaginé que sería por semejante motivo.

Cuando me propuso que intercambiáramos esposas, me sorprendió, sí, pero opté por mostrarme temperado. Y sin embargo, incluso antes de aceptar, supe que esto terminaría mal para él. No es que Rita me gustara especialmente; tiene todavía los pechos en guardia, yo diría que más apuestos que los de Fernanda, pero también más pequeños, y pezones menos marcados, y, no obstante, altivos, mientras que los de Fernanda tienden a postrarse, sin perder nunca la sensualidad de esos pezones de fresa. En definitiva, puesto a elegir entre Rita o Fernanda, me quedaría siempre con Fernanda. Además, la voz de Fernanda entre chupada y chupada, pidiendo un dedo en el culo o invitándome a acabar, es inigualable. La de Rita no es más que una voz femenina entre tantas. Pero yo quería cogerme a Rita. No tanto por ella misma como porque era la esposa de Miguel. Yo quería cogerme a la esposa de Miguel. De todos modos, yo no hubiera movido un dedo de no habérmela ofrecido su propio marido.

Supe, desde el primer instante, que Miguel vendría a quejarse porque, no sé si él lo sabe, dos hombres que se garchan en un breve espacio de tiempo a la misma mujer, siempre compiten.

Miguel, sin embargo, no es competencia para mí. No sólo porque mi verga lo aventaja en tamaño y grosor, sino porque, lo digo sin vanidad, ejerzo sobre las mujeres un poder mayor que el que pueda

ejercer él. Sin vanidad, digo, porque otros hombres me aventajan a mí, y me cuidaría muy mucho, ya no de ofrecerles yacer con mi esposa, sino siquiera de presentársela. Por ejemplo, Jiménez, ese trabajador gráfico que está en el diario desde los tiempos en que se usaba la imprenta, al que veo las pocas veces que me acerco en persona a entregar una nota. Parece tan desubicado llevando un disquete o una hoja impresa en la mano, como si el cuerpo se le hubiera quedado varado en la época en la que se trabajaba con metales y pesos, kilos y kilos de papel. Es un gorila peludo y bruto, que le pega a su esposa y tiene dos amantes. Y por mucho que Fernanda desprecie a los golpeadores y reivindique la liberación femenina, sé que no dejaría de sentirse atraída, aunque se resistiera, por esa virilidad bruta que lamentablemente atrae a la mayoría de las mujeres que conozco. Posiblemente jamás se casaría con él, ni siquiera sería su novia, pero no podría evitar dejarse hacer el culo o apretarle los huevos, fingiendo luego que fue forzada en extrañas circunstancias. No, uno debe cuidar lo que tiene, y aceptar lo que le dan. La felicidad sexual es el bien más escaso de la Tierra: más escaso que el petróleo y el oro. El ano femenino ofrecido con pasión, la boca húmeda entregada sin reservas y la vulva extasiada abriéndose no mucho y todo lo que puede al mismo tiempo, son riquezas que los pobres infelices como yo debemos proteger mucho más de lo que los ecologistas protegen a las ballenas y los espacios verdes. El espacio marrón, el espacio rojo, la marfileña superficie de los pechos y la rosada de los pezones, son mi reserva natural, mi especie en extinción.

Pero por muy limitado que fuera mi poder, y por mucho que cuidara de mis dominios, Miguel era aún menos poderoso y tenía aún más miedo de perder lo suyo. Por eso lo arriesgó. Son pocos los conquistadores que se lanzan a la guerra por temeridad; la mayoría de ellos lo hace por temor. El temor a perder lo propio se transforma en una compulsión a perderlo antes de que un supuesto enemigo lo arrebate. Por eso, creo, Miguel me ofreció intercambiar esposas.

6 de agosto de 2002, por la tarde

Pensaba seguir escribiendo en este diario después de la comida, aprovechando la ausencia de Fernanda —que me ha rogado no volver a tocar el tema, y mucho menos escribir al respecto—, y relatar la breve entrevista que mantuve con Miguel. Pero al releer el párrafo precedente, me sentí urgido a recapitular los sucesos. No porque necesite clarificarlos para mí mismo, ni ordenarlos para mi memoria —los tengo grabados a fuego en el alma y en los huevos—, sino simplemente porque me calienta. Me calienta recordar las quejas de Miguel mientras yo le explicaba por qué pensaba que su esposa había hecho lo que hizo. Sí, me calienta recapitular. ¿Qué sería del sexo sin la memoria? Siempre es más fácil evitar un pecado antes de cometerlo por primera vez, que evitar repetirlo. La primera vez, nos guía la curiosidad. La segunda, el deseo. Y el deseo es lo único que puede más que la curiosidad. ¿Qué es la adicción sino la entente entre la memoria y el deseo, la alianza perniciosa entre el recuerdo y la pasión?

Miguel me ofreció, hace dos semanas, que me acostara con Rita y que le permitiera, a su vez, acostarse con Fernanda. Ignoro si «acostarse» es el verbo adecuado, porque no sé bien qué hizo Miguel con Fernanda: esta no me cuenta y aquel es ambiguo. Según Miguel, cuando a él se le paraba, Fernanda se secaba; y en cuanto Fernanda decía que estaba por fin preparada, a él se le bajaba. Fernanda le negó el culo desde un buen principio, por voluntad propia y por el acuerdo previo, que ya relataré; y de chupársela no quiso ni oír hablar. Pero no me quedó claro por qué no lo hizo terminar masturbándolo, tarea que realiza con tanta pericia en mi caso, y con la que no me hubiera desagradado que lo homenajeara, aunque sólo fuera para que ahora el pobre Miguel no rompa tanto las pelotas.

Miguel comenzó, hace dos semanas, por confesarme que en su matrimonio el sexo estaba tornándose cada vez más esporádico. Instantáneamente, la confesión me calentó. Un hombre como Miguel nunca debería hacer semejantes confesiones a un hombre como yo; y yo jamás vertería las aguas de mis problemas en las cuencas de un tipo como Jiménez. La declaración de la desdicha sexual de un macho a otro, con una hembra apetecible por medio, es siempre una oferta pecaminosa. Pero Miguel ya se había decidido

antes de comenzar a hablarme, y no creo que ignorara el efecto de sus confesiones.

No tardó mucho, sólo unos tres whiskys, en sugerirme que debíamos «insuflar un poco de aire en nuestras relaciones». Habló en plural, «nuestras relaciones», refiriéndose a él y a mí, aunque yo no había dado la menor señal de que en mi matrimonio ocurriera algo semejante. No sé cuántas veces lo hacemos por semana Fernanda y yo: en unas ocasiones, pasamos semanas sin hacerlo y, en otras, durante una semana lo hacemos cinco veces; lógicamente, como en ese campo no tengo problemas, no cuento las veces que lo hacemos. Con Bea tengo un culo siempre que quiero, y con Alejandra la mamada con tragada. Fernanda pocas veces está dispuesta por el culo y casi nunca traga la leche. Pero ninguna me calienta como ella, a ninguna amo como a ella, y con ninguna quiero permanecer en el lecho después de acabar como con ella. De modo que, dentro de los límites de la desdicha humana —la condición *sine qua non* de nuestro paso por la Tierra—, me las arreglo. Pero Miguel no. No es que sufra (creo que yo sufro más que él), es que es débil. Por mucho que nos sorprenda, los débiles sufren menos: sus dolores son menos intensos que los que padecemos los hombres que nos responsabilizamos de nosotros mismos, de nuestras decisiones y errores. Los débiles, por decirlo metafóricamente, se dejan coger; y por mucho que lloren y que griten que les duele, son más felices así que si se vieran obligados a tomar decisiones. No obstante, todo hay que decirlo, con su propuesta Miguel sonó temerario.

—Hay que insuflar un poco de aire en nuestras relaciones —dijo —. Aceptémoslo, los *swingers* son más felices que nosotros. A mí no me cabe duda de que, si dejo a Rita acostarse con otro tipo, en mi casa mejorarán las cosas. La perversión la va a caldear. Ahora no quiere siquiera ponerse lencería mínimamente erótica. Está transformada en una madre. Y como Juanita ya tiene dieciocho años, y lo que menos necesita ahora es una madre a tiempo completo, se frustra y no puede ser madre ni amante. Ni puede sobreproteger a Juanita, porque ella no la deja; ni puede acostarse conmigo, porque no tiene ganas. En fin, hay que emputecer a nuestras mujeres… para que vuelvan a ser amantes.

La otra tarea a la que se abocaba fútilmente Rita era la confección de figuras, humanas, naturales, o abstractas, en cerámica. Más de una vez, Miguel o Rita, indistintamente, me habían pedido que la «lanzara a la fama» publicando en el periódico una nota, a partir de la cual podría iniciarse como docente. Yo había respondido siempre con evasivas, sin atreverme siquiera a mirar sus piezas. Por otra parte, aunque Rita poseyera verdadero talento, era imposible escribir nada periodístico de una persona que hacía cerámicas en su casa; pero ese no era un detalle que Miguel o Rita estuvieran dispuestos a entender.

No repliqué que yo no padecía problemas similares con Fernanda, que nuestro hijo hacía su vida con toda tranquilidad y que podíamos conciliar perfectamente nuestros roles como padres con nuestros deseos mutuos. No aclaré que en los últimos meses atravesaba uno de esos escasos momentos de tensión erótica clara y persistente con mi esposa, momentos de alegría y perversión. Tampoco especifiqué que, cuando estoy muy bien con Fernanda, siempre siento más deseos de garcharme a otras. Es una tragedia que me ha acompañado durante toda mi vida sexual: cuando no me encuentro especialmente cómodo con Fernanda, no puedo intentar sino recuperarla, reconquistarla, olvidándome por completo del resto de las mujeres, incluidas Bea y Alejandra. Pero en cuanto la tengo a mis pies, chupándome los huevos o dándome el culo sin que yo se lo pida, abriéndose las nalgas con las dos manos, mostrándome ese agujerito marrón que ni el tiempo ni mi verga han logrado erosionar, entonces, sí, quiero poseer también a otras. Me siento fuerte, grande, conquistador. No creo que a Fernanda le moleste. Y por último, no ilustré a Miguel con el dato de que yo siempre he querido ponerle la verga a su esposa, y en donde fuera. Incluso había imaginado muchas veces que ella venía en mi busca, que me sugería sacudírmela escondidos detrás de una carpa vacía, durante alguna de las pocas vacaciones que compartimos. Más de una vez he sonado que Miguel me hacía esta misma propuesta durante alguno de los veranos compartidos en Mar del Plata; pero siempre lo he tenido por un imposible, apenas un estímulo para luego homenajear a Fernanda por la noche, más caliente que de costumbre. Nunca imaginé que, finalmente, en un crudo invierno

porteño, en plena ciudad, en mi propia casa, Miguel me ofrecería a su esposa. Y no agrego «a cambio de la mía», porque era mayor mi deseo de acostarme con Rita que su deseo de acostarse con Fernanda. No es que Fernanda no le gustara, pero lo que realmente quería Miguel era que algo despertara a Rita de su sopor, de su anorexia sexual. Para Miguel, podía ser yo o cualquier otro. Por decirlo en los términos más vulgares posibles: quería que alguien le destapara las cañerías a Rita, para que volviera a drenar y a lubricar. Y, como ocurre con las cosas de la casa y los fontaneros, el mejor encargado para los arreglos nunca es el dueño de casa.

La teoría no estaba mal, de no ser porque las mujeres y las cañerías no se parecen en nada. Quizás los hombres sean más parecidos a los objetos y los elementos: ollas a presión, ríos, volcanes… Pero las mujeres son misteriosas: no responden a las leyes naturales, a las mareas ni a los ciclos. Fíjense, si no, en sus azarosas menstruaciones, nunca respetuosas de las fechas indicadas; en la permanente alusión de los días de parto acordados por los especialistas, y en su constante tendencia a los desórdenes físicos en general. Por no hablar ya de su ritmo psíquico, que finalmente es lo único que importa. No, las mujeres no son máquinas programadas, como pueden serlo muchos hombres. Ninguna mujer es previsible. Por eso no hay que confiar en especialistas, y mucho menos encargarle la tarea propia de especialistas a un hombre como yo.

La propuesta de Miguel me excitó inmediatamente. Casi me acabo en los pantalones. Miguel notó mi erección y apartó la vista. Sonrió.

—Veo que mi oferta no te deja indiferente —dijo.

Apuré mi whisky y asentí, sin decir ni sí ni no.

—Pensé mucho al respecto —siguió Miguel—. No es fácil. Yo no soy un *swinger* ni lo voy a ser nunca. No doy el tipo. No soy un progresista, ni un liberal en el sentido sexual de la palabra. Es más, si me enterara de que Rita me ha engañado, la echaría a patadas de mi casa. Sobre todo ahora que ni me la toca. Lo que quiero es un golpe de efecto que la conmueva, que la saque de su pasividad actual, para que volvamos a ser felices juntos. ¿Te aburro?

—Para nada —dije—. Todo lo contrario.

—Como te decía, pensé mucho. Yo creo que para cada hombre,

es más, para cada matrimonio, hay un límite, algo con lo que uno no está dispuesto a convivir.

—Ahí no te sigo —reconocí.

—Ya vas a ver. Quiero decir que yo aceptaría que tú te acostaras con Rita, siempre y cuando tú aceptes que yo me acueste con Fernanda…

Aquí me siento obligado a interrumpir el diálogo, porque quiero repetir que lo importante no era el deseo de Miguel de acostarse con Fernanda, si no la necesidad de no sentir que yo salía ganando en el trato. Él me hubiera ofrecido de buena gana a su esposa incluso sin acostarse con la mía; pero como necesitaba —luego de tantas cavilaciones— que yo o algún otro se garchara a Rita para sacarla de su sopor, precisaba también este conato de transacción para no quedar como un cornudo o un palurdo. Conato de transacción, digo, y no transacción propiamente dicha, porque Miguel no necesitaba acostarse con Fernanda; lo que él necesitaba era volver a recibir a Rita caliente. Yo, por mi parte, no «necesitaba» garcharme a Rita, pero sí lo deseaba ardientemente; sobre todo, si me lo ofrecía su marido.

—… con la condición —siguió Miguel— de que no hagamos ciertas cosas.

Sonreí.

—Incluso en las guerras hay disposiciones humanitarias —dije comprendiendo.

Miguel asintió y se sirvió otro whisky.

—Hay cosas que no me va a gustar que hagas con Rita. No soportaría tenerlas en mi recuerdo. No podría mirarla ni besarla.

—Claro —dije—. Intercambiamos mujeres, pero está prohibido hacerles el culo.

Miguel se quitó el vaso de la boca, sorprendido. Me miró durante un rato, y dijo:

—No había ni pensado en eso —me dijo—. Yo quería prohibir…

Otra interrupción: aquí reconfirmé mi anunciada certeza de que Miguel terminaría quejándose, que saldría mal parado del asunto. ¿No había pensado en prohibir la sodomización de su esposa durante esta batalla? Entonces es que no sabía lo que era la posesión, ni la memoria, ni el deseo. No me sorprendía que Rita se

le estuviera negando desde hacía tanto tiempo: de pronto intuí que no lo había querido más que como un padrillo, padre de su hija y esposo de nombre. Es responsabilidad de todo esposo hacerle el orto a su mujer e impedir que cualquier otro se lo haga. De eso depende la felicidad matrimonial y el poder del hombre en la pareja. Pero entonces, más que nunca, la propuesta de Miguel me resultó un tesoro que, en lugar de forzar a sus buscadores a largas peripecias o desentierros, me caía del cielo sobre mí.

—Yo quería prohibir… —dijo Miguel—… la mamada. No te la puede chupar. Y, por supuesto, Fernanda no me la puede chupar a mí.

Me molestó tanto que mencionara a mi esposa por el nombre que estuve a punto de negarme. Mencionarla, ponerla en palabras, me hacía verla desnuda —con sus pezones de diosa y su boca de lava— frente a Miguel, y la escena me irritaba y deprimía. Pero no quería perder esa oportunidad única.

—No sé qué podrías hacer con mi esposa —dije evitando el nombre—. Ni me interesa. Ni me lo tienes que contar nunca, so pena de que alguna vez te mate. Pero si tú tienes una línea roja, y yo la acepto, yo tengo otra: el culo. No puedes hacerlo por el culo.

—Entonces, ¿ella no te la va a chupar? —preguntó Miguel por toda respuesta.

—No —acepté.

—De acuerdo —dijo Miguel. Y me extendió la mano.

Yo se la estreché. La tenía blanda y sudorosa. Los dos sonreímos.

Releo párrafos de este diario y me encuentro con el momento en que aludo a aquellos días en que Fernanda está a mis pies, chupándome desde los labios hasta el dedo gordo del pie, precisamente, y luego parándose en cuatro patas, dándome la grupa, abriéndose a mis ojos… ¡Cómo la amo! ¡Cómo la deseo! ¡Qué suerte que sea mi esposa! ¿Por qué no está aquí mismo? La extraño.

7 de agosto, a las siete de la mañana

No podía seguir escribiendo si antes no me cogía a Fernanda. Por suerte, ayer que nuestro hijo se quedó a dormir en la casa de su

novia, tuvimos uno de esos encuentros que justifican el matrimonio de tiempo en tiempo. Le conté de mi afrecho de burro, le confesé que ya tenía la leche a punto de superarme, la verga tiesa como una estaca. Hablé con claridad, con honestidad. Primero me la chupó como si fuera por última vez, sin desvestirse. Y luego, con elegancia, como una dama de alcurnia dispuesta a mostrarse ante un rey que tal vez la elegirá como esposa, se quitó las ropas y me ofreció el culo, con una mueca de seriedad, de solemnidad anal, que casi me pierde antes de entrar. No dijo ni una palabra y, luego de que le batí las entrañas, caminó a paso rápido a bañarse y se dispuso a ver la tele —nos dispusimos— sin un comentario. Así debe de ser el Edén. Por eso amanecí hoy tan temprano, de tan buen humor y dispuesto a continuar este diario con renovados bríos, no para la posterioridad ni para lector alguno, sino para reproducir en mí sensaciones que me lleven, en el futuro, a calenturas como las que tan noblemente pude disfrutar ayer.

Hace dos semanas y un día, Miguel no le había siquiera sugerido a Rita la oferta que desplegara tan elocuentemente en mi casa. Me había propuesto el intercambio sin contar primero con el consentimiento de su esposa. ¡Eso sí que fue bueno saberlo! Y el muy cretino se lo comunicó a Rita exactamente al revés: era yo quien pretendía acostarse con ella, y a cambio estaba dispuesto a entregar a Fernanda.

—Yo quería que Rita se sintiera deseada —confesó Miguel ayer, cuando me contó todos los sucesos y entreactos ocurridos fuera de mi vista.

Rita se negó de plano. Se volvió en la cama, dándole la espalda. Entre Miguel y Rita, descubrí, eso no era una provocación.

Miguel le acarició un hombro.

—Yo quiero que seas feliz —le dijo.

Rita preguntó enojada:

—¿Y qué dijo Fernanda?

—No sé —respondió Miguel. Pero, sin que ella lo viera, sonrió.

Al menos hasta ese punto llega la inteligencia de Miguel. Cuando ella preguntó, con todo el enojo del mundo, «¿qué dijo Fernanda?», incluso un palurdo como Miguel podía saber que su esposa estaba perdida. Que había picado. Que la propuesta

prohibida había inoculado en ella el peor de los impulsos humanos: el que nos lleva a la destrucción como si fuera la felicidad.

No hablaron luego de aquel breve diálogo, pero, por primera vez en tres semanas, lograron hacer el amor como hombre y mujer. Entregados, por momentos salvajes. Rita se colocó encima de Miguel sin decir una palabra, y lo cabalgó hasta arrancarle todo. Fue un coito rápido, y Miguel apenas tuvo tiempo de apretarle los pechos y meterle un dedo entre las nalgas, sin llegar al culo propiamente dicho.

Aunque incompleto, Miguel, luego del arrebato de Rita, supo que el camino emprendido era el correcto. No volvió a mencionar el tema con su esposa.

Mi parte con Fernanda era mucho más fácil. Yo no tenía más que comenzar por mencionar los problemas que Miguel me había confesado, y dejar caer, como algo sin importancia, la bizarra propuesta que se había atrevido a exponer.

Fernanda primero se rio, y luego se relamió. Vio mi verga de pie.

—¿Y por qué se te para ahora? —me preguntó.

—Por cómo te reíste —dije—. Y por todo, en general.

Fernanda me la chupó. Pero descubrió que su lengua y el calor de su boca no me quemaban tanto como el relato.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó.

—Que es una locura —respondí cauteloso.

—Yo no quiero acostarme con Miguel.

—¡Por supuesto que no! —aprobé.

—Pero que tú te cojas a Rita…, no sé —añadió con una sonrisa que negaba sus palabras, convirtiéndolas en un chiste de madrugada—. Es presumida —siguió Fernanda—. No digo que no sea mi amiga. Pero me molesta que siempre pretenda tener lo mejor. Cree que su marido es más serio que tú, que su hija es más requerida que el nuestro…

—Bueno —dije conciliador—, Miguel es más serio que yo, de eso no cabe duda. Pese a este brulote que acaba de mandarse. Y la hija de ellos es mujer, y el nuestro varón. No me extraña que ella sea más requerida: no hay quien no se la quiera coger.

Fernanda se rio y asintió.

—¿Y quién no va a querer cogerte a ti? —dije. Y le toqué un pezón.

Fernanda gimió.

—¿Tu amigo me querrá coger? —preguntó.

—No tanto como quiere que me coja a su mujer —respondí—. Pero sí, claro. A mí me da miedo cuando vamos a la playa: los hombres te miran el culo, los pezones y la boca.

—¿De verdad?

—Se me para la pija sólo de ver cómo te miran, y la mantengo parada hasta que llega la noche, para que seas siempre sólo mía.

—Pero… ¿y si me entregas a Miguel?

—Serías más mía que nunca. Miguel es ese tipo de hombres que no hacen más que fortalecer mi poder sobre ti.

—¿Es un poder democrático? —preguntó Fernanda, sólo a medias en broma.

—No —reconocí—. Pero el poder que ejercen tus pezones, tu boca y tu culo sobre mí tampoco lo es. Yo soy tu esclavo cuando me das el culo. Tu esclavo y tu amo. Sería capaz de darte cualquier cosa, y también de matarte.

—Te amo —dijo Fernanda.

—Esa es mi única porción de buena suerte en este mundo —respondí.

8 de agosto, a las seis de la tarde

Evidentemente, Fernanda y yo estamos garchando todos los días.

Ayer me llamó Bea y la mandé a paseo. De Alejandra ni noticias: debe de haber vuelto con su novio de la infancia. ¿Para qué las necesito? Es penoso que Miguel no haya logrado su objetivo, pero yo no puedo dejar de disfrutar el nuevo impulso sexual que nos regaló su malhadado intento, que seguiré contando.

Hace poco más de dos semanas, Miguel nos invitó a almorzar a su casa, un domingo. Otro premio a su inteligencia es la elección del mediodía, y no de la noche, como turno para el estropicio.

La noche es demasiado grave, sexualmente formal, previsiblemente incitante: intimida. En el mediodía, en cambio, no

hay coerción: uno garcha si quiere, y si no, no pasa nada. Si un hombre y una mujer con posibilidades de amor comparten una cena en un restaurante y luego uno de los dos se marcha, el encuentro se considera un fracaso. Si, en cambio, se reúnen a almorzar, un polvo posterior es una excelente noticia, mientras que una separación con un beso en la mejilla no es más que parte del camino hacia la cama, en el futuro. El mediodía invita sin obligar, deja posibilidades abiertas, permite sonreír, evita la crispación. Sí, Miguel no es un imbécil completo: se da treguas.

Anteayer, Miguel tuvo la presencia de ánimo para comentarme, pese a todo, que desde nuestro intercambio los pechos de Rita han crecido, o se han posicionado de otro modo frente a la vida. En suma, que Rita está más fuerte desde que yo la monté. Pero lo cierto es que Rita ya había revelado una fulgurante mejoría aquel domingo. Vestida con una camisa de seda violeta, una pollera negra pegada al culo y sandalias, parecía una recién separada buscando novio. Miguel vestía de sport, con una remera amarilla distinguida con un cocodrilo o un laurel, no recuerdo, en la tetilla izquierda. Fernanda llevaba una polera blanca tras la que se veía el corpiño, y destacaba sus pechos en reposo pero vivos. Sus caderas, femeninas y poderosas a la vez, daban el marco al encuentro. Fernanda es la sensualidad personificada. Tomamos vino tinto, como correspondía, y Miguel contó que Juanita, la hija de ambos, pasaba el día con una amiga, en cuya casa se había quedado a dormir la noche anterior.

Hasta entonces, ni yo le había requerido explícitamente el permiso a Fernanda, ni Miguel a Rita. Ni habíamos vuelto a hablar al respecto Miguel y yo. Pero cuando después de los ravioles y del postre, y de apurar tres botellas de vino tinto entre los cuatro, Rita me invitó a ver sus cerámicas, me levanté sin esperar a que Fernanda me acompañara.

—Hice un Buda gris —dijo Rita— que te va a obligar a hacerme la nota.

—Es verdad —asintió Miguel—. No parece que lo haya hecho una persona. Parece un Buda que se petrificó.

«De todas maneras, no creo que te haga la nota», pensé, «pero la cola…, ¿por qué no?».

Yo nunca había pisado el estudio, debido a mi alergia estética a

los desmanes cerámicos de Rita. Y si bien en esa ocasión me sentía extrañamente feliz, me alegré de no haberlo visitado nunca antes. Las figuras modeladas por Rita reunían la falta de oficio de un niño con el temblor artrítico de una anciana. La sustancia de aquellas figuras deformes era su insatisfacción sexual. Pero el estudio me excitó.

Era de techo y paredes de ladrillo, y piso de madera. Rústico, tan rústico como sería, seguramente, el ano de Rita. Me enardeció comprobar la completa mediocridad artística que revelaban las figuras de cerámica: su verdadera vocación era que le modelaran el orto con un cilindro de carne.

—Este es el Buda —me dijo señalando a un impresentable señor gordo y gris de cerámica, mucho más parecido al patriarca de una película del grotesco italiano que a Gothama.

—No —dije, acudiendo a mi propia vulgaridad, no inferior a la de las figuras de cerámica de Rita—. Es este.

Y le señalé mi miembro en alza, tras el pantalón.

Rita se tapó la boca. Luego se quitó la mano y me dijo, seria:

—No te pedí que vinieras para esto.

—Ya sé —mentí—. Pero yo sí vine por esto.

E hice algo que no quería hacer: la besé. Hubiera preferido ir al grano y magrearla. Pero la ocasión lo merecía y no quería dar ni un paso en falso. Rita soltó un grave gemido mientras me besaba, y me llegó una vaharada de vino tinto que no me molestó. Le apreté los pechos para comprobar si eran como yo los había imaginado. Le bajé rápido la pollera negra y, mientras le frotaba la verga contra la concha, tomé al Buda por la base y comencé a meterle la cabeza del Buda por el agujero del culo. Créase o no, se excitó inconteniblemente. «Arggg…, arggg…», decía, antes de que yo le llevara la cabeza del Buda a la boca, la obligara a chuparla y se la metiera nuevamente por el culo.

Debo reconocer que, mientras Rita lamía la calva del Buda de cerámica, una idea maléfica atravesó mi mente. Le di vuelta con la intención de clavarle la verga en el culo. La invité a sostenerse contra la mesa de trabajo y, como no podía hacérmela chupar, lubriqué recogiendo saliva de su boca, abundante, y humedeciéndome la verga. Entró con dificultad, como me gusta,

pero muy pronto la mesa de madera, junto con la figura de Caperucita dándole la mano al lobo, en cerámica, y una especie de retrato, en el mismo material, de una escena de *Los miserables*, de Víctor Hugo, comenzó a moverse a un ritmo alocado mientras Rita me dirigía toda clase de improperios ardientes.

—Lo que más me gusta es hacerle el culo a la esposa de Miguel —dije.

No obstante, temiendo acabar, volví a darle vuelta, y siempre apoyándola contra la mesa, pero ahora erguida y de cara a mí, le sacudí la concha, mojada como la lluvia, con un *uno y dos* violento que, sin hacerme acabar, me calmó. Entonces disfruté de sus pezones y le dije cosas terribles, motivadas por la ocasión:

—Tienes los pezones más violentos que los de mi esposa.

Esto pareció calentarla indeciblemente. Y agregué:

—Pero Miguel no te los va a tocar así nunca en su vida.

Y la calenté aún más.

Pero, querido diario, si todo fuera tan fácil como satisfacer el deseo, no habría en el mundo guerras ni entuertos. Ni insatisfacción, ni locura, ni suicidios. El problema reside, querido diario, en que el deseo escapa de todas nuestras acciones y se instala en nuestras limitaciones. De otro modo, repito, todo hubiera sido tan fácil como permitir que Rita alcanzara el éxtasis con mi verga bien adentro de su concha y la cabeza del Buda completamente hundida en la abertura de su orto, lo bastante preparada por el previo ingreso de mi instrumento, que, puedo decirlo sin modestia en este mensaje de mí a mí mismo, era bastante más grueso que la cabeza del Buda. Pero ya con la mitad del obeso Buda dentro de su culo y mi no menos gruesa verga en sus entrañas, Rita se negaba a acabar, y yo, otro tanto. Porque desde el primer segundo, desde que se levantó y yo la seguí pensando que antes de hacerle la nota le haría la cola, la buena Rita, la ahora excelsa Rita, la presentemente genial Rita, y un servidor, habían pensado, inevitablemente, en una mamada. Una mamada en regla, con un prolegómeno de chupada de huevos, luego una lamida superficial de glande, y, finalmente, glande y cuerpo de la verga dentro de la boca, paja con verga dentro de la boca hasta el fondo, apretada de lo poco de huevos que quedara

fuera, y acabada fulminante y proteica en la garganta.

Todo eso habíamos imaginado, sí, querido diario, mientras nos dirigíamos al estudio, y mucho más mientras follábamos como dos seminaristas. Como dos seminaristas, digo, porque el beso inicial, la apretada de pezones, la culeada y la fornicación vaginal, todo nos parecía un juego de niños, un intento de aprendices, frente a la prueba realmente prohibida, el placer eterno y fugitivo, la verdadera unión de los cuerpos, en la mamada negada por la ley seca de aquel acuerdo. Una verdadera ley seca: la imposibilidad de Rita, decretada por su esposo, de beber mi semen. Mi urgida simiente.

—Voy a acabar —le dije a Rita, dolorido.

Lo cierto es que no quería acabar, aquello me estaba gustando mucho. Le estaba modelando los pezones como si fuera uno de sus futuros alumnos de cerámica —porque ahora estaba seguro de que escribiría una nota consagratoria, de que secuestraría al director del diario y le cobraría como rescate la publicación de la nota sobre el Buda de Rita, por absurdo e imposible que resultara, ese Buda que le había visto el culo por dentro—, y le estaba metiendo y sacando el Buda del culo, en un vaivén que me fascinaba, y estaba entrando y saliendo de su concha con un placer que hacía mucho tiempo no sentía en concha alguna, excepto en la de Fernanda.

—Voy a acabar —repetí, jadeando.

—Entonces, sácala —me pidió—. Porque no me cuido con nada.

La saqué, pero el Buda quedó dentro del culo.

—Date vuelta, por favor —le rogué.

Ella se volvió y vi la figura de cerámica insertada hasta la mitad en su ano. ¿Qué hacían entretanto Fernanda y Miguel? No me importó. Una gota de leche se atrevió a aparecer por la punta de mi glande, pero retuve el resto.

—Quédate así —me pidió Rita.

Sin sacarse el Buda del culo, tomó un puñado de cerámica fresca y comenzó a modelar una figura. Era mi verga. La copiaba con una rapidez y facilidad que, por primera vez en todo aquel taller o estudio, denotaba talento. Formó los huevos, con sus arrugas pero hinchados, de un grosor y un largo bastante similar, y el glande, especialmente, a la perfección. Yo la miraba, estupefacto de la

calentura, sin arriesgar a tocarme. No se había secado aún la pieza, mi verga de cerámica gris, cuando Rita, sin sacarse el Buda del culo, agachándose, se metió la verga de cerámica en la boca.

Pegué un grito de excitación, y tuve que pensar en cadáveres para no acabar. La agarré del pelo y llevé una y otra vez su boca hasta la base de la verga de cerámica, me deleité en sus pezones mientras chupaba.

De repente, Rita se sacó la pija de cerámica de la boca y la arrojó lejos, contra el suelo, donde se hizo pedazos o se partió en dos. Y me miró a los ojos sin incorporarse. Me había ganado, me había poseído, yo era su esclavo: gemí. Ella era más inteligente o peor que yo. Ella era una mujer, y yo nada más que un hombre. Adán y Eva. Eva y Adán, en realidad. Y otra vez hizo que nos expulsaran del Paraíso.

Me tomó de los huevos con la misma fuerza con la que yo la había dado vuelta y se la había metido en el culo, y se metió mi poronga en la boca. Mi verga en la boca. Glande, tronco y comienzo de los huevos. Tal como habíamos imaginado desde que nos dijeron que no se podía.

9 de agosto, por la tarde

Si ayer Fernanda no hubiera venido a chupármela debajo de esta mesa en la que escribo sin que me lea, creo que por primera vez en mi vida me hubiera pagado una puta. No hubiera aguantado siquiera la espera de Bea o Alejandra, llamarlas y que me dijeran que sí o que no.

Pero, querido diario, tú y yo merecemos que regrese a aquel estudio donde Rita me chupaba, desafiando el edicto, la pija. Hemos estado todo el día separados, querido diario, porque ayer me asaltó el miedo. Fue tal el acoso del deseo, tal el sufrimiento hasta que Fernanda me la chupó, que temí no poder retomar la escritura, que el sufrimiento de la calentura fuese más poderoso que el placer de su satisfacción. Temí, querido diario, llamar a Rita, incluso antes que a una puta.

Ay, diario querido, los hombres como yo padecemos el placer,

los prolegómenos del mismo. Querido diario, apiádate de mí, dame fuerzas, paciencia, para seguir conformándote, dándote forma como se las di al culo y a la boca de Rita, porque no prosperaré si no soy capaz de ordenar mis fenómenos, mis terremotos, mis hecatombes; porque la reproducción de estos misterios requieren que sea capaz de recordarlos con fortaleza, de revivirlos en el papel, de conservarlos con hidalguía en la memoria. Un hombre debe ser capaz de convivir con sus recuerdos, incluso con los más difíciles: no los que lo traumatizaron, sino, ¡ay!, los que lo hicieron feliz.

Estaba mi majestuosa verga, lustrosa por la saliva, apretada, amorcillada como una morsa, entre los labios, el paladar y la lengua de Rita, cuando entró inopinadamente Juanita al estudio. ¿Qué hacía la niña allí? ¿No pasaba el día en lo de una amiga? Tales enigmas se resolverían más tarde; pero lo que ocurrió fue que Juanita, igual que su madre en cuanto vio por primera vez mi verga pugnante, se llevó una mano a la boca para tapársela estupefacta. Y cerró la puerta.

Temeroso de que los sucesos nos condujeran a un final indeseado, vale decir, a la falta de un final, tomé por la nuca a Rita con una mano, con la otra junté sus pezones en un solo punto, y apretando y presionando, apuré el resultado, no sin antes soltarle la nuca y, visto que ella me aguardaba indulgente, utilizar esa mano para pajearme como me gusta, sin sacarla de la boca de Rita, para acabar.

¿Cuánta leche le dejé en la garganta? Es, como decía Somerset Maugham, un misterio que comparte con el universo el mérito de no tener respuesta. Pero fue mucha. Mucha. Una leche universal en su misterio.

Rita la tragó con dedicación, paladeándola en sus fauces, mientras su expresión decía que apreciaba tanto el sabor como la consistencia y la cantidad.

—Algo salió mal —dijo.

Y el Buda, para rubricar su afirmación, se le salió del culo y fue a dar al piso.

10 de agosto, por la mañana

Ayer fue el primer día en que no necesité tirarme a Fernanda luego de escribirte, querido diario, ni para continuar escribiéndote. Pero debo confesarte que hoy no le he dicho que no a Bea, la linda gordita cuya cola clama por un maltrato dulce y fugaz. Pero… ¿en qué estábamos?

¡Ah!, ya sé, y no necesito releerte para recordarlo. ¿Por qué entró la bella Juanita en el estudio de su madre cuando se suponía que pasaría el día en casa de su amiga Viviana, a la que, por edad y referencias, imagino tanto o más apetecible que la jovencita en cuestión? Pues, querido diario, antes de dar una respuesta debo impartirte un conocimiento: la amistad y el amor no son imprevisibles; lo imprevisible son las reacciones de las personas ante dos sentimientos que, lo sabemos desde nuestra más tierna infancia, no conocen reglas ni acuerdos.

No sólo Juanita se había quedado a dormir en lo de Viviana, sino también Matías, nombre apropiado para un coetáneo de Juanita, si los hay, sin que lo supieran Miguel ni Rita. La casa de Viviana no era más que una tapadera para que Matías y Juana follaran y pernoctaran juntos sin permiso de los padres. Follar, imagino, follaban desde hacía meses, pero a Rita se le había metido en la cabeza —como se le metió la cabeza del Buda en el culo— que su hija aún no estaba en edad de quedarse a dormir en la casa de los padres del novio, o en la cama con el novio en cualquier casa. Aquel mediodía terrible, en una trama paralela que sólo la vida real —en contubernio con sus dos peores aliados: la amistad y el amor— puede organizar, Juanita descubrió que la verga de Matías tenía dos hogares: sí, también la púbica entrepierna de Viviana.

Los rumores no me llegaron intactos. De modo que no sé si ella se levantó por la madrugada, y los vio tocándose, porque Matías y Juana dormían junto a la cama de Viviana, o si Viviana lo confesó en un arranque de desesperación o reproche contra Matías. Lo cierto es que Juanita llegó a casa de sus padres huyendo del suicidio, del desengaño, del completo desconcierto, con lágrimas en los ojos, en busca de consuelo, de contención; no encontró a nadie en el comedor, golpeó la puerta del dormitorio y nadie le contestó. Pegó la oreja a la puerta y escuchó los odiados sonidos, odiados ahora que conocía los pliegues del amor. Entonces se apartó,

decidida, pese a todo, por un atisbo de pudor, a no interrumpir el apareamiento de sus padres —en realidad no eran gemidos ni voces de apareamiento, sino el fallido intento de Miguel de penetrar a Fernanda—, y se largó al estudio de la madre, rincón que algunas tardes utilizaba, cuando no había nadie en casa, para fumar, supuestamente a escondidas de los padres, que ya sabían que fumaba. ¿Y qué encontró? A su madre fumándome la verga; fumándomela como si fuera un narguile; desesperada, pero de amor, narcotizada, alienada, chupando pija; apretándome los huevos. Creo que me vio la mitad de la verga. Y quizás el glande, porque en ese momento Rita la había sacado para que mi verga tomara aire. Sí, querido diario, Juanita, tras sus lágrimas, nos vio a su madre y a mí entretejidos en la científicamente denominada fellatio. Felación o mamada, elige tú.

¿Cómo podía Miguel impedir que Rita me chupara la pija? ¿Cómo puede una mujer decir que no le chupará la pija a un hombre? ¿Cómo puede un hombre decir que no? Acepto que lo que nos hace humanos es nuestra capacidad de decir «no»; pero, en el sexo, nuestra incapacidad para decir «no» no nos vuelve animales sino dioses. Juanita vio cómo su mamá me chupaba la pija. Lo escribo, querido diario, y me caliento.

11 de agosto, insomne por la noche

No merece la pena perder tiempo en el enema de verga que le hice a Bea cuando tengo tantas cosas y tan importantes que contarte, querido diario.

Ayer por la tarde, sí, ayer por la tarde, en otra dimensión, en otro mundo, en un paraíso que no conozco y sin embargo habité, me llamó Juanita. Me dijo que necesitaba hablarme. Me lo dijo con voz adulta y contenida. Desde ya, me divirtió el llamado. Pero también me puso en guardia. Suponía, y luego confirmé, que necesitaba información fidedigna. Sus padres no eran capaces de contarle la verdad. Necesitaba una palabra adulta que la sacara del espanto en que la había sumido la visión. Pero me atemorizó pensar en amenazas de suicidio, hacerme cargo de una jovencita…, los

llantos, quizás el escándalo. Mas ¿qué podía hacer?

—Sí, Juanita —le contesté—. No hay problema. Podemos encontrarnos donde quieras y cuando quieras.

Quizás fui un poco demasiado cortés, pero, dadas las circunstancias y el seguro desamparo de la niña, no quería pecar de lo contrario.

—Mis viejos se fueron al *country* —dijo Juanita—. Yo no soporto verlos, ni ellos se atreven. Los avergüenza que los vea.

—Entiendo.

Estábamos en un bar para jóvenes, y, en consecuencia, rodeados de jóvenes. Pero el ambiente no me amedrentaba; por el contrario, alimentaba mis esperanzas de que me envidiaran.

—Quiero saber qué pasó —pidió Juanita.

—Bueno…, en realidad… —tartamudeé—, no soy quién para explicar nada. Ni yo mismo podría explicar bien qué pasó. Sólo te puedo decir que no es ninguna tragedia. Que no hubo engaño ni traición. Tus viejos no se van a separar…

Juanita me interrumpió, con una convicción heredada de váyase a saber qué ancestro tantas generaciones anteriores a Miguel.

—¿No es ninguna tragedia? ¿No se van a separar? ¡La tragedia es que sigan juntos! ¡No lo puedo entender! Ni siquiera sé cómo me animo a estar acá hablando contigo. Pero necesitaba hablar con alguien, entender qué pasó… Ellos no me cuentan nada: me dicen lo mismo que tú. Que son cosas de grandes, de adultos… ¿Qué adultos? ¡Hijos de puta, más bien!

—Nadie sabía que ibas a llegar… —dije, tratando de minimizar las cosas—. Eso sí fue terrible. Pero tú habías dicho…

—¡Lo único que falta es que me echen la culpa a mí! —dijo Juanita con lágrimas en los ojos. Y yo no pude sino recordar que, cuando le metí la verga en el culo a Rita, le brotaron unas lágrimas similares—. No sé cómo estoy acá hablando contigo. Pero necesito saber, porque si no, voy a volverme loca…

Y aquí dijo, querido diario, lo que yo tanto había temido:

—Me voy a matar…, no sé qué voy a hacer…

—¡Bueno! —dije, con cierto enojo, como retándola; después de todo, yo era el adulto—. Tampoco es como para tomárselo así. Sobre todo a tu edad… ¡Vosotros, los jóvenes, no paráis de pedirnos

libertad y qué se yo! A fin de cuentas, matarse es peor que cualquiera de las cosas que mencionas. Pongamos un marco, no nos vayamos para cualquier lado. Si puedo ayudar en algo, te voy a ayudar.

Mi reacción intempestiva, ciertamente admonitoria, pareció calmarla. La habían retado, un adulto le había hecho frente, y aquello resultó. Recobró cierta calma, y espetó, sin alardes:

—Cuéntame.

—Bueno —repetí—. No hay mucho que contar. Lo que te dijeron tus padres es cierto. No hubo traición. No hubo engaños. No hubo ninguna actitud maliciosa o maligna. Cosas de grandes, cosas que no se pueden entender si uno no lleva casado veinte años. Creo que lo puedes deducir con facilidad, aunque hoy no puedas acabar de entenderlo. Y saber lo que pasó, aunque uno no lo entienda, ayuda. Tú siempre les pides a tus padres que te entiendan, que te permitan quedarte a dormir con tu novio…

Juanita dio un respingo.

—… que te dejen ir a tal o cual campamento o actividad, que no te molesten si fumas. Incluso, que no te hagan escándalo si te encuentran un porro. Bueno —dije por milésima vez—, ahora ellos, los adultos, te piden que los entiendas, que los perdones, que los comprendas. Por una vez. Fue una desgracia que aparecieras de improviso. Eso fue todo, y es lo más grave. Un accidente. Un accidente terrible pero un accidente: no fue una puesta en escena ni algo preparado. Un error terrible, y te pedimos que nos perdones. Por una vez.

Juanita me miró desolada y muda.

—Pero yo soy la hija… —dijo con cordura—. Yo puedo cometer esos errores, me pueden pasar esas cosas, algunas a las que tengo derecho… Yo puedo cometer errores, ellos no.

Ahora yo la miré desolado.

—Ya ves que sí —dije.

Juanita —como su madre, y luego ella, se habían tapado la boca— se tapó los ojos. Juntó los brazos sobre la mesa y, regalándome el espectáculo de su cabellera, hundió los ojos entre los brazos. Sin levantar la cabeza, contó con voz sorda:

—Mi novio me engañó. En lo de mi amiga. Por eso volví a casa.

Lo que menos necesitaba era encontrarme con que mi madre le mete los cuernos a mi padre.

—No fue así —dije—. No hubo cuernos ni engaños. Y creo que está todo dicho: ahora sólo resta olvidar.

Pero no hubo caso. Juanita se echó a llorar con los ojos entre los brazos. Bramaba de pena. Acerqué mi mano a su cabellera, la apoyé con toda la levedad del mundo, apenas un segundo, y la retiré.

—¿Por qué me engañó? —preguntó Juanita, llorando.

—Los que nos hacen daño no merecen que nos preguntemos por qué lo han hecho —respondí.

Juanita, sin dejar de llorar, rio entre sus brazos.

—Te llevo a tu casa —le dije.

Pagué, la saqué del bar y paré un taxi. La gente nos miraba, pero en cuanto subimos al taxi me sentí a salvo: lo peor ya había pasado. Nos detuvimos en su casa y le pregunté si se sentía lo bastante bien como para quedarse sola.

—Necesito preguntarte unas cosas más —pidió sin enojo—. Mi psicóloga me dijo que lo mejor que puedo hacer es hablarlo. Ella, claro, sugirió que hablara con mis padres. Pero ellos no pueden hablar. Lo intenté, pero yo tampoco puedo. Contigo pude hablar. ¿Unas preguntas más?

—Un té —dije—. Como para que te recompongas, y me voy.

Juanita asintió.

—¿Pero me vas a contestar? —añadió.

—Lo que pueda —dije.

La casa estaba vacía sin parecerlo. Por cada uno de sus rincones caminaban los fantasmas del afrecho. El pecado y sus secuaces, la lujuria y los fluidos, se reían todavía de nosotros, jugaban al juego que jugamos sin conocer sus reglas, padeciendo creyendo que nos divertimos, dilapidando nuestras vidas en la presunción de que las reproducimos. Era una casa embrujada por el fornicidio.

Juanita tomó asiento, indolente, en un sillón individual del comedor. Yo me senté, recatado, en una silla de madera junto a la mesa, la mesa donde los ravioles y el vino tinto habían precedido a la debacle.

—¿Lo planearon antes? —me preguntó, y en un arrebato del lenguaje propio de adolescente o de estudiante de teatro, agregó:

¿O surgió?

—Surgió —mentí.

Juanita chistó.

—La de veces que me habré escondido como una delincuente… para no molestar, para que mis viejos no se enteraran de nada… Y mira…

«La que miró fuiste tú», pensé en decir. Pero opté por el silencio.

—Quiero fumar —dijo Juanita.

Puse cara de circunstancias y me palpé los bolsillos.

—Yo no fumo —me excusé.

Yo no era su padre, ni mucho menos su tutor, pero sentía que un halo de corrupción hubiera rodeado la escena de Juanita fumando delante de mí. Me alegró que no hubiera cigarrillos cerca. Pero mi alegría duró poco.

—Voy a buscar un faso —declaró. Se levantó—. Mejor ven —se dio vuelta y agregó: No quiero dejar rastros en el comedor.

La seguí. Para mi gran desmayo, el lugar donde escondía o guardaba «los fasos» era el estudio. Subimos la breve escalera, Juanita delante de mí.

Entre las figuras de Caperucita y el lobo y los personajes de *Los miserables*, se encontraba el Buda, profanada su cabeza, modificado el sentido de su sonrisa, extraño o sórdido, quizás aún santo. En el piso, partido en dos, el modelo en cerámica de mi falo: nadie lo había recogido.

Juanita separó un par de pinturas, frascos de acetona y esmaltes acumulados en un estante, y sacó una bolsita, casi empotrada en la pared. De la bolsita extrajo un paquetito de hierba. Cuando vi los papeles de armar cigarrillos, supe de qué se trataba.

—Mi vieja nunca usa la acetona ni el esmalte ni las pinturas.

Mientras armaba su cigarrillo de marihuana, Juanita divisó la copia en cerámica de mi verga rota en el suelo. Apartó la mirada de inmediato y se metió la punta del cigarrillo en la boca. Lo encendió con un mechero, que no vi de dónde sacó, e hizo que no con la cabeza.

—No lo puedo creer —me dijo—. Lo pienso y no lo puedo creer.

—Pues no lo creas —le dije.

—Pero esto no es como la fe —dijo Juanita—. Uno puede creer

en milagros aunque no los vea. Pero no puedes dejar de creer en lo que sí viste.

Movió otra vez bruscamente la *cabeza*, en un gesto de anonadada negativa.

—¿Sabes qué? —le dije—. Hace un tiempo leí una excelente biografía. La de Buñuel, *Mi último suspiro*. En un párrafo dedicado a la imaginación, dice que durante mucho tiempo lo acosaron fantasías terribles, como por ejemplo acostarse con su madre. Y que un día descubrió que podía imaginar las cosas y que eso no significaba que ocurrieran. Entonces se dedicó a imaginar a conciencia, rigurosamente, las peores cosas que se le ocurrían. En lugar de intentar reprimirlas, les daba rienda suelta en su imaginación, y así las exorcizaba.

Juanita iba por la mitad de su cigarrillo, lo fumaba muy rápido.

—¿Y? —me preguntó desafiante y con los ojos enrojecidos.

—Que tal vez te haría bien repasar la escena en tu cabeza hasta neutralizarla. Mirarlo todo de frente, pensar en eso una y otra vez, y finalmente decidir que no pasó nada, que no te incumbe, que la vida es rara y no la podemos manejar; pero que tú vas a hacer tu propia vida, independiente de tus padres.

Juanita hizo por tercera vez que no con la cabeza. Me habló llorando, casi gritando:

—¡Quiero dejar de pensar! No puedo neutralizar nada. Quiero que se me vaya de la cabeza.

—¿Qué es lo que ves?

—¿Qué veo? —gritó Juanita—. Mi mamá chupándote la pija. Veo una pija enorme en la boca de mi mamá.

La verdad es que la referencia al tamaño me inquietó.

—¡Quiero dejar de verla! —siguió gritando Juanita—. Cuando vengo a este estudio —sorbió su llanto—, cuando vengo a este estudio… veo esa cosa rota… Esto no puede ser.

—¿Qué es lo que tanto te impresiona de lo que viste?

—¿Necesitas que te lo explique? —ironizó furibunda, pero luego recapacitó—. Pero hay algo…, algo que no tiene nada que ver… Se lo conté a mi psicóloga. Porque uno no puede elegir lo que lo impacta. Como en los sueños, uno no elige nada. Yo una vez, hará un mes, vi sin querer a mi papá desnudo. Salió de la ducha sin

toalla ni nada… No sabía que yo estaba allí. Y le vi…, le vi el… Se la vi. La tenía parada. Y me pareció chica. Porque yo ya había estado con Matías, y me pareció chica la de mi papá. Y ahora te vi a ti con mi mamá, y me pareció tan grande… No puedo dejar de pensar que mi mamá agarró una más grande, despreció la de mi padre. Esa idea me persigue.

—Es una imagen —dije—. Una imagen se puede deshacer con otras.

—No es una imagen —me dijo Juanita, y señaló la verga de cerámica partida en dos—. Ahí está. —Agregó, extemporánea: Yo nunca puedo dejar de competir con mi mamá.

Me conmovió.

—Nadie puede dejar de competir con nadie —dije—. Y todos contra Dios.

Juanita dejó el cigarrillo, aún con brasa, sobre la mesa de trabajo y se arrodilló frente a mí. Yo tenía la verga parada. Me la sacó del pantalón como pudo, y se la metió en la boca con decisión.

Quizás, de haber insistido un poco, hubiera sido capaz de impedirle fumar. Pero eso ya no intenté evitarlo. Apoyé ambas manos sobre su cabellera y la ayudé. No me apretó los huevos, pero agarró bien el tronco. Le metí un dedo en el culo y pegó un leve grito.

—¿Nunca te metieron un dedo? —pregunté en susurros.

—Ni un dedo ni nada —respondió en una brevísima pausa, y siguió chupando.

Sin abandonar la posición, estirando el cuerpo y el brazo, tomé el tronco de mi verga en cerámica y comencé a insertarle el glande gris en el culo. El Buda tendría que aguardar otra ocasión.

Puse a Juanita de pie delante de mí y le levanté la remera. Recogí las primicias de sus pezones. Era seguro que Matías se los había chupado y tocado, pero para mí eran vírgenes. Y gimió como si lo fueran. Deslicé entonces mi boca por su torso liso y fresco, y le hundí la lengua en el ombligo, sin sacar mis dedos de sus pezones. Jadeó.

Ella sola se sacó los pantalones y le clavé la verga de verdad en la vulva.

—Es muy grande —lloró.

No contesté. Con una mano acomodé la verga de cerámica en su culo, y la hice girar lentamente. Juanita se derritió. De las intimidades de la concha le salían ríos de jugo. Le tiré suavemente del pelo, y me agradeció con un sollozo entregado.

—Voy a acabar —le dije.

—Entonces sácala —me dijo, con una responsabilidad inusitada, drogada y todo—. Porque no me cuido con nada.

Querido diario, como sabrás, ese parlamento no era nuevo para mí, y a punto estuvo de hacerme acabar sin poder sacarla, pero si Juanita drogada era capaz de mantener el juicio, mucho más yo, que sólo estaba caliente. La saqué y la di vuelta y, permitiéndole imitar las posiciones de su estirpe, puse las palmas de sus manos contra la mesa de trabajo. Le quité la verga de cerámica, que asomaba como un mástil de su culo, en un pesebre perfecto, e intenté penetrarla con la mía. Me gustaría poder decirte, querido diario, que dada la dilatación que le había provocado con el modelo de cerámica, no tuve más que golpear a las puertas del ano con mi verga. Pero la triste verdad es que no entraba. La embadurné con saliva, presioné y empujé. Pero no entraba.

La iba a girar en redondo nuevamente para que terminara con la boca lo que con la boca había empezado, cuando me pidió:

—Prueba una vez más.

Le miré el ano: palpitaba; se abría y se cerraba. Metí uno de mis dedos en su concha.

—Si ellos hacen lo que quieren… —dijo Juanita mientras yo me lanzaba de nuevo al ruedo, transpirando, sobrepasado, respirando entrecortadamente—…, yo también.

Algo hizo, con su músculo anal y con sus caderas, que permitió a la pija entrar. Querido diario, no puedo describir lo que siguió. Llega un punto en que el sexo es mudo y en que, muy de vez en cuando, nos son permitidos sucesos que las palabras no pueden aprisionar. Con pericia, delicadeza y —lo reconozco— con pasión, lo hice durar. Y Juanita acabó. Se estremeció de tal modo que Caperucita y el lobo, y las figuras de *Los miserables*, fueron a dar al piso y se partieron en varios pedazos. Sólo el Buda, milagrosamente, permaneció de pie, en la mesa, observando con su sonrisa sarcástica o beata los restos del amor.

—Aunque pienses que estoy loca —dijo Juanita ya vestida—, me siento mejor.

—¿Por el faso? —pregunté mientras me vestía.

Juanita sonrió e hizo que no con la cabeza. Era la primera vez en la tarde que sonreía. Nos despedimos con un beso en la mejilla.

«Quizás realmente la salvé», pensé en el taxi.

12 de agosto, luego de dormir mucho, al mediodía

No me gusta despertarme tan tarde, querido diario. Pero el hecho de que Fernanda me haya despertado imprevistamente con una mamada, luego de calentarse la boca con tres sorbos de mate, según me informó, ayuda. Voy a cerrar este capítulo de nuestra relación, querido diario, con los sucesos acaecidos el 6 de agosto, los que me disponía a incorporar a tus páginas ayer, cuándo Juanita nos interrumpió con su llamado y sus posteriores movimientos. Como verás por lo que voy a escribir, querido diario, puede parecer que no cumplo ninguno de mis acuerdos. Pero te desengañaré.

Como te decía, el 6 de agosto por la mañana Miguel vino a quejarse. Había descubierto que Rita, pese a lo pactado, me había chupado la pija.

Me extrañó mucho que se iniciara así la conversación, y no con la horrible circunstancia de que su hija lo hubiera descubierto todo. Pero así es Miguel, y por eso le va como le va.

—No puedo entenderlo —se quejó Miguel—. Te lo ofrecí todo. Y tomaste precisamente lo que te prohibí.

En ese momento no le pregunté cómo se había enterado. Sólo atiné a responder:

—No fui yo, Miguel, te lo aseguro. Ella se lanzó como una loca, no pude pararla.

Miguel, como ayer hizo su hija Juanita, hizo que no con la cabeza.

—Con tu esposa no pasó nada —dijo entonces él.

Reprimí una sonrisa. Miguel me estaba reprochando que, aunque su esposa me había dado mucho más de lo que él esperaba, mi esposa le había dado mucho menos. Cosa que yo ya había

supuesto.

—Cuando a mí se me paraba, ella estaba seca como una piedra, una lija. Y cuando me decía que se había mojado, a mí se me bajaba.

Aunque yo le había ordenado no contarme ni un renglón, lo cierto es que el relato me agradaba. Ya perdidos mis miedos, sólido en mi posición, me atreví a preguntar:

—¿Y por qué no te hiciste pajear? —Y agregué, libre de los más elementales pruritos: Fernanda hace muy buenas pajas.

Miguel asintió. Pero no porque lo hubiera probado, sino porque sabía que yo tenía razón. Hay ciertas relaciones en las que uno siempre tiene la razón y el otro no; y para mí es evidente que el que no tiene nunca la razón, debe procurar por todos los medios huir de semejantes relaciones. Pero Miguel, como un regalo, intimaba cada vez más.

—Pensé que, si me iba con una paja, a ti te lo daban todo y a mí nada. Lo intenté hasta el final, como pude. No quería que me hiciera acabar con la mano. Y terminé cuando ella me dijo que se había mojado, con la pija baja, rozándome contra los muslos, pero no pude entrar…

Un atisbo de sollozo asomó en su voz. Si se hubiera echado a llorar, creo que le habría pedido que se fuera, querido diario.

—¿Por qué te la chupó? —preguntó con furia, imponiendo, en un raro rapto de virilidad, la furia a la pena.

—No sé, Miguel. Creo que jugamos con fuego —actué—. Hay cosas que no se pueden controlar.

—Lo mismo dijo ella, que no se pudo controlar.

Miguel apoyó la frente en su mano, y cerró los ojos.

—¿Cómo te enteraste? —pregunté.

Soltó una risa furibunda.

—Por mi hija. Después de armarnos un escándalo descomunal, y decirnos de todo, terminó gritando: «¡Yo vengo a esta casa en busca de la ayuda de mis padres, y me encuentro a mi mamá con la verga de otro en la boca!».

Luego de ese exabrupto me narró Miguel la decepción que se había llevado Juanita respecto de Matías. Pero regresó inmediatamente a la pregunta que horadaba su alma:

—¿Por qué? —insistió.

—Ya te dije que no sé, Miguel. Sólo te puedo prometer que no lo volveré a hacer.

—Para colmo, yo estoy caliente —se quejó Miguel—. Rita me parece más linda que nunca. Como si las tetas le hubieran crecido. La veo más mujer, más hembra. Me gusta cómo se mueve. Me dejó cogerla, una vez. Creo que de compromiso. Una sola vez, desde aquel domingo. Pero no me la quiere chupar.

Tuve que reprimir la risa, que en mi caso no hubiera sido furibunda, sino una auténtica risa alegre.

—¿Qué dice ella? —pregunté.

—Que le da vergüenza. Que no puede.

—Entiendo —repliqué, en la cúspide de mis dominios.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Miguel.

—Nada, dejar que pase el tiempo.

Miguel negó con la cabeza.

—No —agregó—. No nos podemos volver a ver.

—Pero ¿por qué?… —Fingí ingenuidad—. Nuestra amistad…, la amistad entre Fernanda y Rita…

—Ella, Rita, quiere volver a verlos —dijo Miguel—. Tengo miedo de que te la quiera chupar. Me dijo lo mismo que tú, también en esto: que puse en marcha un juego sin saber que en todos los juegos se cometen transgresiones. En el fútbol hay *fouls*, me dijo. Se pueden establecer reglas, claro, pero nadie puede garantizar su pleno cumplimiento. Se puede penalizar a los jugadores, pero no impedir de antemano que cometan infracciones.

—¿Todo eso dijo?

—Más o menos.

—¿Y qué más?

—Que no quiere que por eso se rompa nuestra amistad.

No sé si fue la frase «se rompa nuestra amistad», o la imagen de Rita y Miguel jugando al fútbol, como me los representé cuando Miguel desmenuzaba las explicaciones de Rita: Rita vestida con ropa de jugador de fútbol, el pantalón corto dibujándole las nalgas, los pechos tras la remera del Racing sin corpiño; y Miguel también vestido de futbolista; yo en el equipo contrario. No sé si fue eso, decía, querido diario, lo que me puso en el magín la propuesta

terrible que, así como Miguel se había atrevido a hacerme la suya, me impulsó a poner mis propias cartas sobre la mesa. Aunque todo había salido mal para Miguel, yo había cumplido un deseo suyo. Con imperfecciones, es verdad; pero él había propuesto y yo había aceptado. Ahora era el turno de mi propia propuesta, mi gran propuesta. Tenía derecho.

Sin embargo, aún no veía el intersticio. Necesitaba un movimiento más de Miguel, un pretexto para exponer mis condiciones. Mi resolución número dos ante el Consejo de Seguridad. Como todo, me lo dio de inmediato.

—No quiero que nos veamos más —dijo, y agregó destemplado: No quiero que te acerques a mi familia.

—Me estás agrediendo —dije—. Yo no propuse esto, ni lo busqué. Sucedió un accidente. No es culpa mía.

—No es culpa de nadie —dijo Miguel—, ni te estoy agrediendo. Solamente te pido que cortemos acá. —Y repitió: No quiero que te acerques más a mi familia.

—Me estás dejando sin tu amistad —dije—. Y obligando a Rita y a Fernanda a no hablar nunca más sin saber por qué. Fernanda no sabe nada. Nada de lo que hice con Rita. ¿Qué le digo?

—Nada —dijo Miguel—. No es tan difícil.

—Sí que es difícil. Fernanda querrá saber por qué no nos vemos más. Tratará de enterarse. Y si se entera de que tu mujer me la chupó contra tus prohibiciones, le va a dar un significado distinto a los hechos. Para Fernanda me garché una mina y nada más. No pasó nada. Pero si se entera de que hicimos algo prohibido, de que tu mujer no pudo resistir chuparme la verga, y sobre todo si se entera de que tú estás enojado, va a apasionar todo. ¿Entiendes? Si seguimos amigos, como si nada, los dos matrimonios, Fernanda no se inmutará. Pero si tú cortas la relación bruscamente y no nos vemos más, Fernanda se va a preguntar qué pasó, imaginará que le ocultamos algún secreto, querrá saber. Va a suponer amor, o atracción, entre tu esposa y yo… No me puedes hacer esto. Me estás cobrando un precio demasiado alto, y todo por haber accedido a un deseo tuyo.

Miguel, para mi gran sorpresa, se tragó mi argumento. Asintió. El pobre Miguel sí que iba lejos.

—Yo no puedo exponer otra vez a Rita a tu presencia… Mucho menos después de lo que pasó con Juanita. Ella, Rita, dice que quiere seguir viéndolos… Pero por lo menos aceptó que nos vayamos al *country* por una semana, para dejar a Juanita en paz. Para estar juntos y solos, y recomponernos. Después de todo, yo organicé esa reunión nada más que para que volviéramos a estar bien.

—De acuerdo —dije—. Tú te vas al *country*, la pasas bien, o no, como quieras. Pero si no nos vemos más, me dejas el fardo a mí. Las explicaciones con Fernanda. No es justo. Eso tiene un precio.

Miguel alzó la cabeza.

—¿Un precio?

—Un precio.

Miguel se rio.

—No te puedo creer. ¿Me estás chantajeando? —Sí.

—A ver si te entiendo bien —continuó Miguel—. ¿Me estás pidiendo plata para no acercarte nunca más a mi familia?

—Plata, no —dije.

—¿Y qué quieres?

—Hacerte el culo.

Miguel soltó una carcajada antes de quedarse en silencio, y finalmente dijo:

—¿De qué me estás hablando?

—Creo que fui muy claro. De sodomizarte.

—Concretamente… Es que no lo puedo creer… —dijo, igual que su hija—. Concretamente, ¿de qué me estás hablando?

—¡De meterte la pija en el culo, Miguel! —exclamé, sulfurado—. De cogerte. Bueno, no tanto. Digamos, metértela en el culo.

—No lo puedo creer —insistió Miguel—. ¿Y desde cuándo quieres cogerme?

—Desde que me expusiste las explicaciones futbolísticas de Rita. Si me dejas que te la meta en el culo, no me acerco nunca más a tu familia.

—No lo puedo creer.

—Me das el culo unos minutos, nada más. Y no me ves por el resto de tu vida.

—¿Nunca más te vas a acercar?

—Nunca más. Me daría vergüenza —mentí.
—¿Y si nos encontramos de casualidad?
—Hago de cuenta que no te veo.
—¿Y qué le vas a decir a Fernanda?
—Cosa mía.
Pero no veía la hora de decirle que le había hecho el culo a Miguel.
—¿Cuándo? —preguntó.
—Ahora —dije—. Ponte contra la pared como si jugáramos a las escondidas y tú contaras.
—¿Y desapareces para siempre?
—Como mi leche en tu culo.
Miguel, temeroso, dubitativo, apoyó las manos contra la pared, entre los libros de la biblioteca y el mueblecito del equipo de música y los discos, en el living de mi casa.
—Bájate los pantalones.
Se quitó los pantalones y los calzoncillos y asomaron dos nalgas peludas que casi me disuaden. Pero sabía que, si no lo hacía entonces, lo desearía por mucho tiempo.
—Espérame un minuto acá, no te muevas —le dije.
Fui corriendo al botiquín de nuestro baño central y recogí el pomito de gel lubricante que a veces utilizo para hacerle el culo a Fernanda. Junto al pomito, había un tampón. Regresé, también corriendo, con ambas cosas en mi mano derecha.
—Toma —le dije a Miguel, quien había permanecido en la misma posición pero, si no me equivoco, se había bajado un poco más, hasta los tobillos, los pantalones y el calzoncillo. Le di el tampón.
—Póntelo debajo de los huevos —le dije.
Miguel, no sé por qué, obedeció. Se lo puso entre los huevos y el final inferior de las nalgas, sin sacarle el nailon de la envoltura.
—Mejor dámelo —sugerí.
Obedeció nuevamente.
—Apúrate —me dijo—. Me pone mal estar así.
—Tranquilo —dije—. Son unos minutos, nada más.
Quité la envoltura y lubriqué sólo la punta del tampón con el líquido cremoso, frío y transparente. Le abrí bien las nalgas y se lo

metí en el ano hasta la mitad.

—Lubrícate un poquito —le dije.

Miguel se metió el tampón y lo sacó, una vez.

—Ya está —dijo con la voz estrangulada por la vergüenza.

—Ahora póntelo de nuevo adelante.

Miguel lo volvió a ubicar donde antes.

—Abre bien el culo.

Con las dos manos separando las nalgas, ese culo peludo daba menos impresión. Las manos lo blanqueaban, lo suavizaban. Tenía el anillo de bodas puesto, y lo miré fijamente. Más que al ano.

Me tomé la pija por el tronco y no pude apoyar el glande en la entrada del ano porque se hundió inmediatamente. Tal vez por mi calentura, tal vez por la lubricación, por azar. Qué sé yo. Pero no pasé de la cabeza de mi pija. La moví sin pasar del glande, circunvalando el orto, tomándome de las nalgas de mi ex amigo.

No pasé más allá porque alcanzaba con eso. No llegaba a ser una relación homosexual: era el rito del gorila macho demostrando el poder ante la manada, garantizando su jefatura delante de los otros machos. Los machos de la manada le ofrecen simbólicamente el culo al gorila jefe; no más que eso. Seguramente, así imaginaba Jiménez a los esposos de sus amantes. Pero a mí, a diferencia de Buñuel, y seguramente a diferencia de Jiménez, no me bastaba con imaginármelo. Vi el glande de mi verga apretado por el ano marrón.

Eyaculé cuando escuchamos la llave de Fernanda entrando por la cerradura de la puerta de calle. Miguel se subió rápidamente los pantalones, y también yo, mientras los pasos de Fernanda resonaban en la escalera. Todavía no sé, querido diario, si hubiera preferido que Fernanda nos encontrara abotonados, o si fue mejor así. Por ahora, aún no se lo he contado.

—¿Qué hacen? —preguntó Fernanda.

Miguel miraba distraídamente los discos.

—Charlábamos —dije.

—Yo ya me iba —dijo Miguel.

—Y yo ya me fui —no pude evitar decir, enigmáticamente, en una frase sobre la que Fernanda no me pidió explicación.

Miguel abandonó mi casa, creo que para siempre. Pero las creencias, ya se sabe…, querido diario, ¿qué se puede esperar de las

creencias?

ANA LAURA

1

La mañana estaba vacía dentro de la peluquería Maderos. Ana Laura aguardaba con una sensación ambivalente: sabía que, si no entraba una dienta antes del mediodía, significaría una gran pérdida para el negocio, pero tampoco tenía ganas de trabajar. Tomó el secador de pelo y se dirigió al cuartito de descanso, donde tomaba mate y comía galletas por la tarde con Sofía, su empleada.

Los masajes que se daba con el secador de pelo eran una caricia exclusiva de la mañana, pues cuando llegaba Sofía se terminaba la intimidad. Lo prendió al máximo y esperó que el aire ardiera. Se aplicó la ráfaga caliente al pezón derecho pensando en Gastón. El pezón se le erizó, y de inmediato se le humedeció el cono. Pasó el secador al otro pezón, y recordó la lengüetada de cono que le había dedicado Alberto no hacía más de dos noches atrás. Continuó regándose el torso con el aire caliente, y empezó a bajar hasta llegar al cono. El aire caliente le humedecía y le secaba a la vez. Tomó entonces un poco de gel acondicionador para el cabello y se metió un dedo pringoso en la vagina. Llevó el mismo dedo al culo y, luego de masturbarse unos instantes el ano, hizo como si se peinara con la yema los escasos pelos que allí había. Apagó el secador y comenzó a masajearse el clítoris a conciencia: rogaba poder acabar antes de que la interrumpiera una dienta inoportuna. Sus plegarias fueron desatendidas: la suave alarma que sonaba al abrir la puerta la sorprendió en medio de su personal galopada, iba hacia el clímax soñando que Braulio le mordisqueaba el clítoris, una habilidad que

ningún otro dominaba.

Ana Laura salió del cuartito apenas recompuesta e insultó en silencio a la cincuentona que venía a molestarla. «¿Para qué querrá cortarse el pelo?», pensó. «Haga lo que haga, se quedará igual de fea. Está marchita».

La mujer tomó asiento en la butaca y Ana Laura vio más de cerca el nido árido de pelo rojizo. Parecía un pajar. Una gruesa raya calva separaba en dos desagradables mitades el cabello muerto.

La mujer pidió un recorte con apenas forma.

«Deforme quedará de todos modos», se dijo Ana Laura.

Entonces la mujer, como si la hubiera oído, se quitó el pelo del cráneo, es decir, la peluca que llevaba, y su rostro se tornó cadavérico. Los huesos aparecieron tras los pómulos transparentes y unas intensas venas verdes surgieron como ríos de veneno seco.

—Te has burlado de mí desde que entré —masculló la mujer calva con voz amenazante.

Ana Laura no supo qué responder.

—No abrí la boca —dijo por fin.

—¿Piensas que necesitas abrirla para ofenderme, sucia humana? ¿Te había molestado yo?

—Señora, no sé de qué me está hablando.

—No me llames «señora», rata de tierra. ¿Crees que te muestro mi calva por jugar? Llegué aquí con pelo, pero tus sucios pensamientos me lo han quitado. ¿Es que no pueden vivir en paz sin ofender?

—Señora, le pido mil disculpas si alguna expresión de mi cara…

—¿De tu cara? No juegues conmigo, niña. Me has ofendido. Lo lamento por ti, pero no puedo dejar pasar una ofensa. Maldigo tu culo; y antes de que se levante la próxima cosecha, sufrirás.

La mujer se alzó intempestivamente de la butaca. Tomando una de las tijeras, se la pasó por la lengua. La lengua se dividió en dos ante los ojos de Ana Laura, y un hilo de sangre manchó el piso del local. Ana Laura gritó. La mujer habló como si su lengua hubiese permanecido intacta:

—He firmado con sangre mis palabras.

Y se fue.

Extrañamente, aunque cerró de un portazo, la alarma de la

puerta no sonó. Ana Laura, conmocionada, probó una y dos veces la puerta, y comprobó que sí sonaba. Entonces, destrozada, se dejó caer en una de las butacas.

«Gastón siempre me dice que, en un comercio, uno siempre está expuesto al contacto con extraños», pensó mientras buscaba el teléfono para llamarlo.

En ese instante llegó Sofía. Afortunadamente, esa mañana había decidido almorzar con su patrona. Sofía se dirigió directamente al cuartito tras un breve saludo. Ana Laura la siguió intrigada, y también ansiosa por contarle lo que acababa de ocurrirle, pero, no bien la miró a los ojos, la pobre Sofía se echó a llorar como una colegiala.

—¡Es Gastón! —gritó—. No lo soporto más. Si se la chupo, dice que lo muerdo. Si la mete en el cono, dice que está seco. Si le doy el culo, que es demasiado blando. ¡Ni una paja le gusta! Lo hace para tenerme a su merced, y lo peor es que lo logra. ¡No dejo de pensar en cómo complacerlo! Me va a volver loca.

Gastón era el novio de Sofía desde hacía al menos tres años y, desde hacía un par de meses, también el amante de Ana Laura.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le aconsejó Ana Laura: mandarlo a tomar por culo. Vendrá de rodillas, como un ternerito. Ya te has dado cuenta de que se queja para mortificarte. ¿Piensas que otra mujer lo tratará mejor?, ¿qué tiene una más linda? Mírate al espejo: observa tus pechos, tus caderas, tu cola. Eres una maravilla. Ojalá tuviera yo la mitad de tu encanto.

Sofía se miró en el espejo oxidado de aquel sucucho. Era una jamona de treinta años: no había hombre que no le alabara el culo y las tetas por la calle. Uno le había ofrecido un departamento a cambio de su culo. ¿Por qué debía sufrir por el imbécil que la maltrataba?

—¿De veras crees que tengo un cuerpo tan bonito? —preguntó Sofía sorbiéndose las lágrimas.

—Si fuera varón, no podría parar de follarte.

Ambas se miraron.

—Espera —dijo Ana Laura—. Te haré un regalo. Cierra los ojos. Sofía obedeció. Cuando los abrió, Ana Laura le había puesto el secador de pelo en la mano.

—Te dejo sola —le dijo Ana Laura—. Pásate el aire caliente por los pezones, por el cono y por el culo. Luego me cuentas. —En esas, se abrió la puerta de la peluquería y Ana Laura vio entrar a la señora Libonati—. Dedícate con calma a lo que te he indicado —le dijo a Sofía—. Yo atiendo.

Y se puso a trabajar pensando en que no había podido contarle una palabra sobre la vieja calva. Tenía la fuerza necesaria para obrar como una profesional aun en las peores situaciones, pero al ver la mancha de la sangre, que había quedado justo debajo de la butaca, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no chillar.

—Lo de siempre —pidió la señora Libonati.

Ana Laura comenzó el corte y observó que, como de costumbre, los pechos de la Libonati excedían el escote sin que por ello perdiera su temple de señora seria. Era un verdadero milagro: cualquier otra mujer con semejantes pechos en semejante escote habría parecido la puta del barrio; pero la señora Libonati parecía una decente directora de escuela, bella sin ser perversa, y moderada sin ocultar un pozo de lujuria reprimida.

Por lo que Ana Laura sabía, la vida conyugal de la señora Libonati era feliz. En cierta ocasión, el marido la había dejado en la entrada de la peluquería, y tras despedirse con un beso en la boca, Ana Laura vio que la mano de la señora Libonati oprimía levemente el bulto de su esposo, como un escondido saludo procaz. La mujer era de edad indefinida —podía tener cuarenta o cincuenta años—, alta y opulenta, y el cabello, siempre muy rígido y bien peinado, rebosaba no obstante vida y alegría. Ana Laura imaginaba que la señora debía de tener un lunar entre el nacimiento del pecho y el pezón, y otro en la nalga izquierda. Una vez, Ana Laura se había masturbado, en su casa, pensando en que el marido le pedía a la señora Libonati que no le mostrara el culo salvo el breve espacio de nalga donde aparecía el lunar, y luego lo mismo con el pecho, sin sacarse el corpiño. Sí, para Ana Laura, la señora Libonati, tenía sin duda un lunar en un pecho y otro en una nalga. Perdida en sus divagaciones, terminó de cortarle el pelo; se lo había cortado muy bien, y mucho más rápido que si se hubiera concentrado. No pudo evitar lanzar una mirada de envidia al portentoso culo de la señora Libonati cuando esta se alejó bamboleándose, y otro vistazo

codicioso a esos pechos de madre sin hijos. Ya le hubiera gustado a Ana Laura tener unos pechos como esos; unos pechos que los hombres desearan chupar, o morir si no podían hacerlo.

Cuando regresó al cuartito, Sofía la aguardaba semidesnuda, con los pechos afuera y el secador aún en la mano.

—Hija de puta —le dijo la empleada con una mirada lúbrica—. Sólo una vez, y casi me he vuelto adicta —añadió mientras se subía los corpiños.

Cuando estaba por ponerse la camisa, Ana Laura le pidió:

—Espera. Hazme un favor. Pásame el aire caliente del secador por los pezones. Siempre lo hago sola: quiero saber qué se siente cuando te lo hace otra persona.

Sofía dudó. Pero el brillo de sus ojos reveló que pudo en ella más la lascivia que el sentido común. Sin ponerse la camisa, le pidió con un gesto a Ana Laura que se desnudara de cintura para arriba. Aunque los pechos de la peluquera eran poco voluminosos, tenía unos pezones firmes: las mujeres ganan en belleza cuando se desnudan sólo de cintura para arriba o sólo de cintura para abajo. A Sofía le gustó la tarea que acababan de encomendarle.

Pasó el secador por el pezón derecho y Ana Laura soltó un maullido: sentía un placer muy superior al que le había deparado la ráfaga de la mañana. Sofía, divertida, calentó el otro pezón: le gustaba hasta el ruido que emitía el secador. De pronto, la asaltó un deseo que muchas veces había acunado: poseer, por un tiempo, un pene. El secador, esa suerte de miembro ligero y ruidoso, era perfecto: no la convertía en un hombre —cosa que la hubiera desagradado—, pero la hacía sentirse algo más que una mujer.

Sin dejar de aplicar aire al pezón, preguntó a su patrona:

—¿No soñaste, alguna vez, con tener durante algún rato una pija?

—¿Un rato? Las pijas las quiero durante horas —contestó Ana Laura, perdida toda compostura debido a los efectos del secador.

—No, no —dijo Sofía circunvalando el pezón—. Me refiero a tener una verga tuya, a tener tú una verga como las que tienen los hombres.

—Mmm, sí —reconoció Ana Laura—. Pero nunca para follar. Me imagino que me la chupan, o que me la meto yo misma. Es extraño:

como si fuera hermafrodita.

—A mí en cambio me gustaría saber qué sienten los hombres cuando la meten —dijo Sofía.

—¿Y a quién se la meterías? —preguntó Ana Laura.

Sofía no respondió. Apagó el secador y le dijo:

—Bájate los pantalones, que te voy a dar aire caliente en el coño.

Ana Laura se apresuró a obedecer, y se abrió los labios de la vulva para que el aire le diera en el clítoris.

—¿Me lo tocas un poquito?

Sofía, asustada, hizo que no con la cabeza.

—No con los dedos —pidió Ana Laura—, sólo con el secador.

Sofía aceptó sin hablar. El plástico caliente del secador rozó el clítoris de Ana Laura. Soltó un gemido.

Se retiró como si la hubieran quemado y subió en cuatro patas a la mesa del cuarto, dándole el culo a su empleada. Sofía dirigió el aire caliente hacia el culo. Esta vez, para que la ráfaga alcanzara el ano, Sofía le abrió las nalgas sin que Ana Laura se lo pidiera. Fue tal el goce al sentir las manos de su empleada en sus cachetes, una mano humana después de tanto artefacto, que soltó involuntariamente su propia, aunque mucho más breve, e ínfima ráfaga de aire caliente.

2

Aquel día, Ana Laura lamentó profundamente vivir sola. Luego de deshacerse al calor del secador empuñado por Sofía, las habían atareado una seguidilla de dientas. Y cuando por fin tuvieron un minuto libre, poco antes de cerrar, estaban tan turbadas por lo que se habían permitido que la vergüenza y distancia que suele suceder a los momentos de mayor calentura les impidió hablar, y a Ana Laura confesar el terror que había sentido con la dienta calva. Pero quizás lo ocurrido con Sofía había sido mejor que hablar; quizás, entre los humanos, no hay mejor consuelo que las caricias impúdicas. «Sucia *humana*», recordó que la había llamado la mujer

calva.

Poco después de llegar a su casa, tocaron al portero eléctrico y Ana Laura dio un saltito de alegría; fuera quien fuera, ya no estaría sola.

—Soy Gastón —dijo la voz en el portero eléctrico.

Ana Laura se arrepintió de su alegría. Hubiera agradecido la visita de cualquier otro hombre, mujer, o incluso de un perro, pero no de Gastón. Realmente se había compadecido del llanto de Sofía, a la que ahora consideraba ya una amiga. Y le dolía haberle hecho la canallada de engañarla con el novio. Decidió que lo rechazaría no bien cruzara la puerta. Después de todo, la visita tendría sus beneficios: podría decirle adiós a la cara, sin necesidad de uno de sus tantos llamados clandestinos.

Un brillo extraño humedecía los ojos de Gastón cuando le abrió la puerta. No parecía el mismo.

—Vine a decirte adiós —dijo Gastón.

—Pues qué suerte —respondió Ana Laura.

—Vine a darte la follada del adiós —agregó Gastón.

—Mejor un adiós sin follada —replicó Ana Laura, pero a media frase su voz flaqueó.

De todas las mentiras entre amantes, la del último amor es quizás la más efectiva, y perniciosa. Suele funcionar, especialmente con las mujeres solas, sin marido ni novio, que pasan largas semanas sin follar, o follando sin escuchar una palabra de ternura. Ana Laura tenía treinta y nueve años, y era guapa, inteligente y, cuando quería, sensual. Hasta los treinta había preferido no comprometerse en ninguna de sus muchas relaciones, y después de los treinta había descubierto que ninguna de sus muchas relaciones quería comprometerse con ella. Los hombres la buscaban sólo una vez: no insistían si ella se negaba, y no la llamaban más que para follar en ocasiones. Ana Laura conocía los tonos de voz, y estos indicaban: «Mi esposa está de viaje», «Mi novia está trabajando», «Estoy más solo que un faro», etcétera. Era una mujer suplente.

—Si mal no recuerdo —dijo Gastón—, nos queda un punto pendiente.

En alguna ocasión, Ana Laura le había prometido, y ofrecido, el culo; unas veces, había sido una oferta que él rechazó; otras veces,

la misma Ana Laura lo había postergado.

—Sólo me queda hacerte el culo y marcharme en paz. La hemos pasado bien.

—No lo niego —dijo Ana Laura.

—Pues dame el culo y tengamos solaz. No volverás a saber de mí.

—¿Qué garantías me das?

—¿Alguna vez te importuné, te llamé a destiempo o insistí ante una de tus negativas?

—Nunca —reconoció Ana Laura.

—Pues no dejemos esto a medias: los amores incompletos son eternos. Lee *Cumbres borrascosas*. Yo quiero que esto termine acá.

Y Ana Laura vio que la verga le abultaba el pantalón. Gastón la tomó por los hombros y le dio el beso más dulce de toda aquella imposible relación. La apretó contra sí, y la erección que notó Ana Laura en él le recordó las exactas proporciones de aquel miembro: ni le provocaría dolor ni le faltaría grosor para hacerla disfrutar.

—Es hora de que hablen los cuerpos —dijo Gastón inclinándola hacia el sofá, ayudándola a apoyar las manos mientras permanecía parada y comenzando a desabrocharse el cinturón.

Ana Laura no lo miró, y pensó que no estaba mal despedirse de aquel modo. Gastón inició una andanada de piropos que la halagaron hasta hacerla sonrojarse.

—Nunca te dije cuánto me gusta tu cola —le dijo mientras le acariciaba con suavidad los cachetes—. Me alegro tanto de no habértela hecho… Así este momento será inolvidable. ¿Sabes cuál es la ventaja de tu culo sobre el de muchas otras mujeres? Tu cara: tu expresión inteligente hace que penetrar este culo sea mucho más interesante. No sé cómo quedarían estas nalgas en una mujer con cara de bobalicona, o simple, pero en ti, este par de apoyaderas resultan deliciosas. Ni otra cara ni otro culo: tu culo y tu cara juntos pueden conseguir que cualquier hombre se desespere por tu ano. Ahora mismo, si me pidieras cualquier cosa, te la daría a cambio de que me dejes sodomizarte.

—Pues te pido que no nos veamos más —se sinceró Ana Laura. Y recordó que un hombre le había ofrecido a Sofía un departamento a cambio de que le diera la cola.

—Tus deseos son órdenes —dijo Gastón mientras le introducía en el ano un dedo ensalivado, con lo que Ana Laura soltó un ronquido de placer—. Eres modesta en el pedir: una vez, a Sofía le ofrecieron un departamento.

Ana Laura sintió las fuertes manos masculinas separándole los cachetes del orto, y tomó aire para recibir el embate de la verga. Pero lo que sucedió a continuación rebasó su imaginación.

La verga de Gastón cobró una dimensión tres o cuatro veces superior a la que ella conocía. Era un ariete larguísimo y de un grosor inconmensurable. ¿Cuándo le había crecido así la pija? Al notar el dolor, se llevó la mano atrás y trató de sacar la verga. Pero esta ya le estaba revisando las entrañas, como cortándola por dentro. Se volvió para mirarlo de frente y encontró en sus ojos un destello maligno, asesino. En el espejo, vio los huevos enterrados entre sus nalgas: la verga estaba toda adentro. Un hilo de sangre le caía por entre los muslos.

—Por el culo sufrirás —dijo Gastón con la voz de la anciana calva—, hasta que levanten la próxima cosecha.

Luego, tomándola por las caderas y embistiéndola una y otra vez, la sometió a un dolor infinito. Ana Laura no supo cuánto duró aquello; sólo podía recordar que no había gritado, y que, en algún momento, Gastón, sin llegar a eyacular, se apartó, la dejó tirada en el piso y se fue. Ana Laura logró arrastrarse hasta su cama, y hundió el rostro en la almohada; pasó sin interrupción de un llanto mudo a un sueño profundo.

3

Amaneció con el culo en buen estado. Lo supo cuando, al despertarla el timbre del teléfono, notó que no le dolía ni lo sentía especialmente abierto. Escuchó la voz de Sofía en el tubo y vio la hora en el reloj de mesa: eran las doce del mediodía. Sofía le estaba preguntando por qué no había abierto el negocio por la mañana, por qué no había ido a trabajar.

Respondió con una mentira a medias y en tono risueño: dijo que

había mantenido un encuentro indecente que se prolongó hasta altas horas de la noche.

Tomándose las libertades que su patrona parecía estar dándole, Sofía preguntó:

—¿Tan caliente te dejó el secador?

—Ese secador humedece —respondió Ana Laura, manteniendo el tipo—. Voy para allá.

Cuando Ana Laura llegó a la peluquería, luego de ducharse y comprobar en el espejo que su ano estaba en perfectas condiciones —como si el suceso de la noche anterior no hubiera dejado huellas —, Sofía terminaba de arreglar el pelo corto de una jovencita. Ana Laura la conocía, se llamaba Matilde y el cabello así cortado, pegado al cráneo, le daba un aire irresistible de varoncito mujer.

Tenía unas tetas pequeñas pero respingonas, y un culito igual de pequeño, pero muy provocador. Había mujeres, definitivamente, que sabían qué corte les convenía.

Sofía y Ana Laura se reunieron en el cuartito a tomar un mate antes de que llegara la siguiente dienta.

—Cuéntamelo todo —dijo Sofía, en una voz que traslucía la excitación.

—¿Tanta confianza nos tenemos en tan poco tiempo? —preguntó Ana Laura.

—Ayer hicimos cosas peores que hablar —replicó Sofía.

—Me rompieron el culo y me sentí morir —dijo Ana Laura—. Pero hoy amanecí en perfecto estado.

—Siempre es así con el culo —dijo Sofía—. Parece que te van a partir, pero cuando salen, sólo queda el placer.

—La verdad es que, en esta ocasión, no fue exactamente placentero.

—¿Te violó el culo? —se compadeció Sofía.

—No. Yo se lo di. Era un pacto. Pero fue como si la pija, una vez la tuvo adentro, le creciera al triple. Una leve e indeseada esquirla de perversión surcó la mente de Ana Laura mientras se confesaba a sí misma que le estaba relatando a Sofía cómo su novio le había roto el culo.

—¿Y eso te disgustó?

—Es que quiso disgustarme. Las pijas más grandes te entran con

amor, pero una pequeña puede hacerte sufrir con odio.

—Yo nunca doy el culo si no es por amor —dijo Sofía.

—Lo bien que haces —replicó Ana Laura—. ¿Me parece a mí o se te pararon los pezones?

—Por mucho que te haya dolido —confesó ahora Sofía, en voz alta—, oírtelo contar me ha calentado.

—¿Y qué harás al respecto?

—Pensaba suplicarte que fueras a buscar la loción capilar con aroma de manzana —se atrevió a pedir Sofía.

—No sé si la quieres para que te la ponga yo, pero ¡qué buena idea!, tiene la consistencia ideal para sobar pezones.

Sobrevino un largo silencio, y Ana Laura fue a buscar la loción.

Cuando regresó al cuarto, Sofía la aguardaba recostada, sin camisa ni corpiños, sobre la mesa rústica, mirándola. Ana Laura volcó una buena cantidad de loción en la palma de su mano, y la distribuyó a tontas y a locas por los pechos y los pezones, lo que provocó una risa infantil en Sofía.

—A trabajar —dijo Ana Laura.

Comenzó a masajear los pezones de su empleada: los oprimía despacio con las yemas, los soltaba, los asfixiaba. Sofía gemía. La loción era fresca y untuosa.

—Ay, por amor de Dios —rogó Sofía—, méteme un dedo en el cono.

Ana Laura recogió un poco de la loción que cubría los pechos y llevó el dedo adonde su empleada lo pedía.

—Y ahora, por lo que más quieras, el pulgar en el culo.

Ana Laura soltó un risa y la enculó con su pulgar izquierdo.

—Arriba y abajo, arriba y abajo, así —canturreó Sofía—. Y adentro, bien adentro, que el tuyo no duele.

La enculada duró una eternidad y un suspiro, como dura todo en el sexo. Aquel dedo fue para Sofía, por dos motivos, una verga de sueño: porque le daba mayor placer que el que ninguna verga le había dado en el ano hasta ese momento, y porque no era una verga, sino un eco de verga. Sofía, apoyando las manos en la mesa, se elevó un poco para caer con fuerza y empalarse más sobre aquel pulgar que la enculaba.

Ana Laura no pudo evitarlo: se inclinó y comenzó a lamerle el

cono.

Las dos mujeres intercambiaban gritos apagados; en sus corazones, flotando sobre aquel campo encendido, se abrían paso varias preguntas: ¿acaso somos lesbianas?, ¿dónde terminará esto? Si el destino fuera benévolo, las habría tranquilizado diciéndoles que era tan sólo una semana de jolgorio, y que ninguna de las dos se quedaría a vivir en el país de Safo.

—Ahora te toca a ti —dijo Sofía poco después de que su ano palpitara en un estertor final alrededor del pulgar de Ana Laura y el flujo le llenara la boca a esta.

La empleada encendió el secador de pelo y la patrona se encaramó en cuatro patas sobre la mesa. En aquella posición, a Sofía le resultaba difícil calentar los pezones de Ana Laura; pero de todos modos se los dejó morados y rígidos como dos uvas inmaduras. Estiró el brazo para llegar con el aire caliente al cono y, al moverse, cometieron una herejía: se besaron en la boca y entrelazaron las lenguas. Concluido el beso, azoradas pero incapaces de detenerse, Sofía pasó a la zona posterior de su empleadora y dirigió el aire caliente hacia el ano, que se abría ante la expectativa del goce. Entonces Sofía dijo algo que provocó que a Ana Laura se le cerrara el ano con un espasmo:

—Hasta que levanten la próxima cosecha.

La voz de Sofía era idéntica a la de la vieja calva y a la de Gastón. Y el aire que comenzó a salir del secador le incineró el culo igual que la verga del novio de la mujer que ahora la martirizaba.

—¡No! —gritó Ana Laura, al tiempo que le parecía sentir el olor a chamuscado de los pelitos que le rodeaban el ano.

Intentó zafarse, pero Sofía, aprovechando el largo del cable, con un movimiento inhumanamente rápido, le dio una vuelta alrededor del cuello, la apretó como un matambre, y continuó quemándole las nalgas y el orificio. Con los ojos llenos de pavor, Ana Laura imaginó su ano marrón imitando a negro; un carbón encendido cocinando la nada.

—No debes burlarte de las dientas —farfulló Sofía con una voz terrible—. No de las dientas que no son de este mundo. ¿Qué hizo tu posible benefactora, tu posible hada, sino pedirte que le arreglaras el pelo? Sufrirás por el culo hasta que levanten la

próxima cosecha.

Cuando el cable estaba a punto de ahorcarla, Ana Laura logró romperlo de un tirón. Una poderosa descarga eléctrica la arrojó fuera de la mesa, y en su caída vio el cable partido en dos y echando chispas. Sofía sostenía en su mano el secador, que lanzaba una llama de un color desconocido.

—Por amor de Dios —gritó Ana Laura—, pido perdón.

Mientras se alejaba con el secador en la mano, Sofía respondió como una posesa:

—Está más allá de mis posibilidades perdonar una ofensa.

Y salió de la peluquería como si fuera una dienta. Antes de cruzar el umbral, dejó caer el secador.

Ana Laura, enloquecida, se subió con premura al mostrador del salón central y se miró el ano en el espejo. Estaba intacto. De improviso, entró a la peluquería la señora Libonati.

—Venía a comprar un fijador —dijo tratando de disimular su sorpresa—, pero no sabía que hubiera función por las tardes.

Ana Laura bajó de un salto y se tapó la cola con las dos manos.

4

Ana Laura le vendió el fijador para el cabello y le entregó el vuelto y la factura con una profesionalidad que parecía negar que, instantes antes, la señora Libonati la hubiera pillado mirándose el ano en un espejo. Lo cierto es que la discreta mujer trató de restar importancia al incidente, y comentó como quien no quiere la cosa:

—¿Ha visto cuánto más bellos son nuestros cuerpos reflejados en el espejo?

Ana Laura percibió una profunda sabiduría en las palabras de la mujer, y viendo en ella a una madre distinta de la verdadera —a la que no podía contarle, por natural pudor, el infierno que estaba atravesando—, cayó sobre sus hombros presa del llanto.

—Bueno, bueno, que no pasó nada —la calmó la señora Libonati, compadecida.

—No es eso, no es eso… —dijo llorando Ana Laura.

Y como una víctima que narra su testimonio frente a una cámara fija, en una casete que no sabe si alguien verá, detalló en una parrafada el calvario completo, desde la llegada de la mujer calva hasta la partida de su empleada poseída.

La señora Libonati la miró, entre conmovida y asustada, durante un instante. Sus pechos, ya de por sí voluminosos, se henchían a medida que su respiración se aceleraba. ¿Cuánta excitación habría detrás de aquel estupor? Cuando logró normalizar su respiración, le contestó con calma consejera:

—Pues no creo que se trate de una obsesión tuya ni de alucinaciones. Hay que tomar el toro por las astas: esto te está ocurriendo de verdad. ¿Sabías que mi marido es estanciero?

—No —respondió Ana Laura, que empezó a sentirse aliviada.

—Por algún lado hay que empezar —dijo la señora Libonati—. Tus armas son lo que conoces: cuando te hunden en una situación ilógica, debes aceptar las reglas, sean cuales fueren, para librar la batalla. Por empezar, hay que saber cuándo se levanta la próxima cosecha. ¿Qué cosecha, te preguntarás? Pues la más cercana. Si la bruja no aclaró de qué cosecha se trataba, lo único que podemos hacer es elegir nosotros qué cosecha terminará con este conjuro. Por ahí funciona.

—¿Usted le preguntará a su marido cuándo se levanta «alguna» cosecha?

—Él mismo ordena el comienzo de la cosecha de trigo, tomates y hortalizas. Salgo de acá y lo llamo.

—Me parece bien.

—Pues te llamo mañana —dijo la señora Libonati retirándose.

Ana Laura marchó al cuartito de atrás con la débil esperanza de que contaba al menos con una aliada, alguien que le creía y que estaba dispuesta a ayudarla. Sofía regresó con su rostro de siempre y, en la mano, galletitas para el mate. Era la misma mano que le había quemado el culo con el secador. Ni mencionó el suceso ni pareció haberlo vivido nunca. Ana Laura no hizo preguntas. Se juró que era la última vez en su vida que probaba un hombre ajeno.

La tarde se fue en diez dientas y en diálogos anodinos con Sofía. Tampoco a ella pensaba volver a tocarla.

El negocio repuntaba y, por momentos, Ana Laura quería creer

que lo peor ya había pasado. Se consolaba diciéndose que aquel desastre al menos la había librado de Gastón. Pero cuando bajó la cortina del local y vio salir a Sofía, fragante y feliz, rumbo a su encuentro con su novio, de golpe le cayó encima toda su soledad. Una vez en casa, se moriría de tristeza. Su corazón le dijo entonces que no podría pasar aquella noche sin compañía.

Salió de la peluquería y llamó a Alberto sin esperar siquiera a llegar a su casa. Alberto era el único soltero de sus amantes, y no había querido preguntarle si tenía novia. Nunca la llamaba pero, si lo llamaba Ana Laura, escasas veces se negaba. Esta vez, como tantas otras, aceptó, y quedó en recibirla en su coqueto departamento de soltero.

Hubiera preferido un abrazo, quizás unas palabras, pero Alberto la recibió a las ocho de la noche con la verga afuera. Vestido como para salir a cenar, pero con la polla parada asomando por la bragueta. No podía echárselo en cara: a menudo Ana Laura había considerado esa exhibición como una bienvenida elogiosa.

—Mi verga te estaba llamando desde hoy a la mañana —le dijo —. Me levanté con la polla tiesa como un obelisco, y no me la quise cascar hasta perder toda esperanza de vernos. Qué suerte que me des tu cono antes de las doce de la noche.

—¿Por qué? —preguntó Ana Laura, y sonrió—. ¿Acaso después se convierte en carroza?

—En carroza se convierte después de usarlo —reconoció Alberto —. Sabes que no puedo dar más que una lechada por día.

—Me sobra con esa —dijo Ana Laura, tomando esa desesperación sexual como una forma de ternura, y rodeó con su mano el capullo.

Follaron como dos amantes considerados. Parecían amarse. Ana Laura le chupó los huevos durante largo rato; sabía que, si pasaba la lengua por el glande, se aceleraría el ritmo de Alberto, cosa que no quería. Había que cuidar aquel disparo como si se tratara del último de su vida: la soledad, ese enemigo agazapado, se lanzaría sobre ella después del amor furtivo.

Alberto le suplicó entonces que, mientras le endulzaba los huevos, le tomara la verga con las manos; ella lo hizo con una prudencia de maestra. Deslizó hacia atrás y hacia adelante con

mucha suavidad la piel del instrumento, como si deseara que, esta vez, no sonase. Ana Laura le preguntó a Alberto si era capaz de metérsela en ese instante en el cono sin llegar a eyacular, Y él, que se sentía confiado por las caricias amantes de la mujer, asintió de inmediato.

La gruesa cabeza del pene, pese a ser este de un tamaño mediano, le regaló a Ana Laura el placer inicial que tanto agradecía en aquel amante. Luego comenzó el entrar y el salir, que también en esta ocasión Ana Laura agradeció, pues más allá de las proporciones y las sensaciones, se sentía acompañada.

Terminaron juntos en un beso callado. Alberto cayó a un costado de la cama, y Ana Laura se incorporó hasta sentarse, paladeando el trance, la tregua.

Entonces Alberto la tomó por la espalda y la colocó boca abajo. Ana Laura sonrió. Como bien había reconocido Alberto, con él nunca había una segunda vez. Pero el dedo benefactor que en esos instantes empezó a escarbarle el culo sugería que al menos estaba dispuesto a regalarle otro momento, aunque no fuera con la verga.

Sin embargo, desdiciendo todas sus experiencias anteriores con Alberto, sintió la verga dura golpeando sus nalgas, luego una inesperada apertura de los cachetes y finalmente un escupitajo que impactó en el ano con una puntería aterradora. Alberto nunca le había pedido el culo, decía que le daba asco. No lo había aceptado ni cuando ella, un día en que celebraban el cumpleaños de Alberto, se lo ofreció a modo de sorpresa. Hasta aquel momento, había supuesto que Alberto estaba fuera del círculo de quienes podían ponerla en peligro: creía que la bruja sólo ejercería influencia en personas relacionadas con la peluquería.

Así pues, esa insólita segunda erección, y el repentino interés en el ano por parte de un amante que repetidas veces había rechazado la sodomía, la convencieron de que algo no andaba bien. Ana Laura no esperó a que siguiera adelante para intentar escapar. La mirada de Alberto no era la misma cuando salió de la cama. Su verga parecía haber aumentado y los ojos la miraban sin verla.

Cuando se lanzó sobre ella de un salto, Ana Laura supo que se había convertido en uno de sus enemigos. Ya fuera de la habitación, ambos rodaron por la alfombra. Alberto alcanzó a meterle un dedo

entre las nalgas, pero no rozó el ano. Ana Laura le propinó una patada en las partes y corrió hacia la puerta. También Alberto se levantó de inmediato, y la atrapó a la altura del equipo de música. La empujó contra la misma puerta que Ana Laura quería abrir, pero con tal violencia que ella dio por tierra. Alberto montó a horcajadas sobre ella, tirándole del pelo y poniéndola boca abajo. Ahora la verga sí se apoyó en la circunferencia anal. Ana Laura levantó la cabeza con fuerza, y le partió dos dientes delanteros, con lo que logró sacárselo de encima. Cuando se dio vuelta, vio que a Alberto le sangraban los labios y que escupía pedazos de dientes. Él la tomó por la cara y la aplastó bajo sus piernas. Inclinándose, su boca sangrante mordió la nalga derecha de Ana Laura y la lengua buscó el ano. Lo encontró y lo lamió, pero en lo que para Ana Laura solía ser una caricia sin par, había ahora espinas de cardo, dolor y miedo verdadero.

Fueron los pies de Ana Laura los que pegaron, con menos fuerza, en los ojos de Alberto, y logró zafarse una vez más. Pero él la empujó y esta nueva caída pareció la vencida. Unas manos fuertes desgajaron sus nalgas, y la verga insistió contra el ano. El glande, como un ariete ácido, parecía disolver el ano a su paso. Ambas manos oprimían las nalgas como si gozaran mansamente en medio de aquella tortura demoníaca.

—¡Eso no! —gritó Ana Laura como si alguien pudiera escucharla.

El cable de uno de los auriculares se le apareció como una soga salvadora, y tiró de él logrando milagrosamente que el pesado equipo de música cayera sobre la cabeza de Alberto. Así ocurrió, y Alberto recibió el golpe, pero no cejó. Sin embargo, Ana Laura aprovechó el breve atontamiento para empujar el sofá y medio atraparlo bajo él. Alberto intentó incorporarse, y era evidente que lo lograría antes de que Ana Laura pudiera abrir la puerta para escapar, desnuda. Montó esta entonces sobre Alberto, introduciéndose la verga en el cono, y comenzó una galopada de película pornográfica. Le apretó los huevos como una esposa caliente que quiere obligar al marido a follar luego de descubrirlo mirando a una jovencita. Saltó y saltó sobre aquella verga enhiesta, y no paró hasta sentir la andanada de leche diciéndole que sí.

Deshizo el encastre rogando que el pene no volviera a levantarse. Recogió la camisa caída en el living, que le tapaba hasta los muslos, y salió dando un portazo. Tomó un taxi que no hizo preguntas y se encerró en su casa temblando.

Buscó el teléfono de la señora Libonati. Ahora que sabía que el área de influencia de la bruja era desconocida, ni siquiera en su tetona dienta podía confiar, pero prefería morir en manos de los Libonati que seguir padeciendo aquella soledad llena de amenazas. Si ni siquiera podía confiar en ella, pues que se la tragara el infierno. La señora Libonati atendió y no tardó en ofrecerle todo su apoyo.

—Usted me ha tenido una confianza ciega, mi hija —le dijo—. Y quiero tratarla como a mi propia hija, que vive en Italia y no me da ni la hora.

—Quiero pedirle que me lleven al campo con ustedes. Allí veremos lo de la cosecha, pero… sobre todo… huiré de acá. No puedo más. Loca ya estoy, pero no quiero morir así.

—Mañana mismo la llevo al campo. Y no me hable de morir —añadió la señora Libonati—. Amoldo nos va a explicar lo de la cosecha como si fuéramos alumnas. No se preocupe, que en el campo se resuelve todo. La paso a buscar yo con la cuatro por cuatro. ¿Le parece?

—¿Cuándo? —preguntó Ana Laura esperanzada.

—Mañana a las seis de la mañana, si para usted está bien.

—Cuando quiera —dijo Ana Laura, y le dio su dirección—. No me voy a mover de acá.

5

Subir a la cuatro por cuatro de los Libonati a las seis y cinco de la mañana fue como navegar en una realidad sobre la que no ejercía el menor control. No tenía sueño ni estaba despierta, no se sentía inapetente ni con ganas de desayunar; no había tomado siquiera un mate al levantarse, cosa inconcebible en ella.

Viajaron durante seis horas y llegaron a un campo inmenso en la

provincia de Buenos Aires. Vio unas pocas vacas, unos veinte caballos, grandes sembradíos y, al final del campo, una mansión colonial.

El señor Libonati salió a recibirlas como si hubiera escuchado la llegada de la camioneta o algún peón oculto le hubiera avisado. Vestía como un hombre de ciudad, pero de cerca era un recio patrón de campo. Confluían en su imponente figura la autoridad del capataz y la tranquilidad de quien posee la suficiente cantidad de tierra como para desconocer la extensión de sus dominios.

Hicieron pasar a Ana Laura a la casa, y encontró allí la hospitalidad telúrica realzada por un confort urbano.

—Mi mujer me adelantó algo —dijo por fin Amoldo Libonati—. Y no la vaya a creer indiscreta. Usted, entiendo, nos necesita. Y los dos queremos cooperar.

—Me parece perfecto que le haya contado —aceptó Ana Laura —. ¿Cuándo levanta la próxima cosecha?

—¿Sabe, querida? —dijo el señor Libonati mientras su esposa observaba el diálogo con el placer de una madre que lleva a su hijo a un buen doctor—. A mi mujer y a mí nos atacó un bruja en su momento. Nos mandó una plaga de langosta y…, ya que hablamos en confianza, le diré que… me atacó con impotencia durante un trimestre.

La señora Libonati asintió, grave.

—Por eso la hemos creído de inmediato y nos hemos puesto a su disposición. Los motivos por los cuales estos demonios se ceban en los hombres nunca son claros: en mi caso, por perjurar contra el diablo, una noche de tormenta, aquí mismo, mientras hacíamos cierta cosa mi esposa y yo.

Ana Laura enrojeció. Qué extraños eran los humanos, se dijo; incluso en aquel vendaval de absurdo, le restaban resabios de pudor.

—Caían rayos, parecía que el cielo fuera a desplomarse sobre nuestras cabezas, y yo le grité a mi esposa: «¡Mientras esté en tu culo, que el diablo mismo me la chupe!». Parece que no lo tomó a bien: nos mandó a una mocita, de no más de veinte años, que fungía de vendedora de mermeladas. Y en cuanto me dio a probar, pidió que le metiera el dedo lleno de mermelada en el culo. Mi

esposa nos encontró en tal circunstancia y la mocita nos dijo que perderíamos la cosecha por haber ofendido a su patrón. Luego me la chupó con la boca llena de mermelada, delante mismo de mi esposa, y me dijo que no se me volvería a parar hasta que se me fuera el dulzor de la verga. ¿Me cree?

—Claro que sí —dijo Ana Laura.

—Todo el trimestre, mi esposa aquí presente me la chupó hasta confirmar que ya no sabía a mermelada de frambuesas. Desde entonces, ese sabor nos repugna. Fue una maldición. Pero ¿sabe lo que descubrimos?

—Dígame, por favor —pidió Ana Laura—. Porque es evidente que nuestros padecimientos son similares.

—Que los conjuros se borran con más facilidad si hay amor. ¿No es cierto, mi tero?

La señora Libonati asintió nuevamente.

—Ahora vamos a planificar nuestro contraconjuro —dijo Arnoldo—. Mientras mi mujer se baja los pantalones, usted prepare un mate.

Sin preguntar nada más, Ana Laura marchó a la cocina a preparar el mate. La señora Libonati se bajó los pantalones de campo que traía, holgados y bombachudos.

Ana Laura espió desde la cocina la escena: además de los pechos que se destetaban contra la camisa, la señora Libonati tenía un culo maduro de primer orden. Y un cono de vello suave alarmantemente bello. El culo era grande, parado, dos melones suculentos y señoriales; un culo para ponerlo sobre una mesa de vidrio y contemplarlo desde abajo. ¡Con qué elegancia le cantaba al mundo su blancor, su almidón, sus nalgas de puro respeto y clase! Era un culo al que cualquier hombre amaría, respetaría y desearía locamente, contra el que cualquiera se abalanzarían con la fuerza de Atila, pero cuyo ano intentarían trepanar con las bondades de un diplomático. Un culo carnal pero inviolable. Sin duda elegía rigurosamente qué verga lo homenajearía: no era un culo vulgar. Ana Laura la envidió; pero, por esta vez, fue más fuerte la gratitud que sentía hacia su protectora.

La señora Libonati fue a sentarse sobre el marido, sentado a su vez en un sillón de paja. Pero este le dijo:

—Espera que venga la chica.

Ana Laura llegó con el mate. La señora Libonati recogió la pava y cebó uno; lo tomó y dejó caer un hilo de saliva enverdecida sobre la pija de su marido, que estaba vestido y sólo se había sacado la verga; la señora Libonati aún llevaba la camisa puesta.

—¿Sabe qué le voy a pedir? —dijo Amoldo mientras su esposa comenzaba a acomodarse en el pequeño pero proporcionalmente amplio puntal de la cabeza de su verga, a una Ana Laura ya más allá de cualquier azoramiento—. Que me traiga el pote de grasa de chancho; está al lado de donde sacó la hierba, en el estante de la cocina. Vamos a necesitarla.

Cuando Ana Laura regresó con el pote, la señora Libonati, sentada muy modosita, como una secretaria a la que le dictan, ya había logrado instalar la cabeza de la verga de su marido en la periferia del ano.

—Mi amor, párate, que ya estamos grandes como para hacerlo a secas.

La señora Libonati se puso de pie y recibió el pote de grasa de chancho de Ana Laura. Era un alborozo para la vista aquel corpachón de mujer, aún con la camisa puesta; y a sus espaldas, la verga de Arnoldo, que se veía ahora en todo su esplendor, roja y en alza como un amanecer, no desentonaba.

La señora Libonati aplicó la grasa de chancho a la verga de su hombre.

—Y póngase usted —dijo tratando de usted a su esposa— también grasita en el ano, que no quiero ni un poco de dolor para su cola.

La señora Libonati sonrió a Ana Laura y a su marido. Como si se tratara de una crema medicinal, untó abundantemente el interior del culo con el dedo índice. Entonces se sentó sobre el marido, que la empaló con deleite.

—Ahora sí —dijo sofocado Amoldo—. ¡No sabe lo que es el culo de esta esposa mía! ¡Cómo aprieta! Mi mujer se llama Emma, pero en estos casos yo la llamo Enema. Cada cual tiene su nombre. Usted, por ejemplo, se llama Ana Laura, y también Aura Anal, y ahí le pegó la bruja, no podía ser de otra manera. —Y agregó: Tómate un mate, Emma.

Ana Laura se lo alcanzó, y luego de imprimirle una fuerte chupada a la bombilla, como haciendo fuerzas con todo el cuerpo, gritó de pronto Emma Libonati:

—¡Pero cómo puedo gozar tanto por el culo! ¡Llevamos más de veinte años de casados y es sentirte la verga en el culo y cagarme de placer!

—Que no sea para tanto —replicó con una sonrisa Amoldo—. A lo que iba, querida amiga: este invierno yo tenía que levantar los tomates hace ya como una semana. Pero lo cierto es que tengo un vecino de campo, un tal Samaniego, que necesita mis tomates mucho más que yo. Samaniego tenía una deuda en dólares y, por motivos que no vienen al caso, me pagó a mí el doble en pesos para que yo respondiera de su deuda con la venta de mis tomates, que son de exportación y me rinden en dólares. Todo está preparado para que esta semana yo le entregue los tomates al exportador que negocia con los norteamericanos. Es un trato nimio, pero a mí me reporta una fortuna.

—¡La fortuna es mía por tener esta poronga en el culo! —gritó la señora Libonati.

—Pero este señor Samaniego —prosiguió su marido— se complicó en una serie de maniobras delictivas que me afectan no tanto a mí sino al erario público. Es un corrupto y un traidor. Yo había pensado castigarlo dejando que la helada de la semana que viene, anunciada con toda certeza, echara a perder los tomates; y como yo ya cuento con el efectivo, y no habría modo de culparme, el señor Samaniego se hundiría en el oprobio. ¿A quién podrían culpar? No obstante, debido a sus padecimientos, señorita Ana Laura, he dado orden de que levanten hoy mismo la cosecha. Tengo pruebas suficientes para acusar a Samaniego e impedirle los réditos de nuestro trato.

—¿Qué puedo hacer por ti, mi vida? —le preguntó la señora Libonati a su marido—. ¡Cómo me has puesto el culo! ¡Sube y baja tu verga como un pistón! ¿Puede ser que sea esta la gozada por el culo más campera y apasionante de todas las que me hayas dado?

—Hum… —dudó Amoldo, delante de una enternecida Ana Laura—. Cada cual tiene la suya. Acuérdate de cuando te culeé en el aljibe, delante de una india, y después ella te limpió el culo con

agua de pozo. Acuérdate de la luna de miel, lo que pasó con el colchón y todo eso… Sí, cada cual tiene lo suyo.

—Ay, mi amor —dijo Emma—. Es que cada vez parece la segunda: porque la primera duele; pero lo tuyo es todo amor.

—Si usted me permite —dijo Amoldo a Ana Laura—, mi mujer me está calentando con tanto halago, y creo que llegó la hora de darle lo que su cuerpo siempre pide.

Le abrió la camisa, haciendo saltar los botones, y asomaron los dos pechos lechosos, cargados, despampanantes.

—¡Qué tetas! —gritó Amoldo, antes de que pudiera gritarlo Ana Laura, ya un poco caliente.

Mientras enculaba a su esposa, le masajeó pechos y pezones con una saña y una excelencia que Emma, de la calentura, no pudo hablar más. Gemía y babeaba. Se aferraba con ambas manos a los huevos de su marido. Era un matrimonio feliz.

—Esto es amor —dijo Amoldo—. Y le aseguro que hemos vencido a todos los maleficios.

—Ah… —exclamó Emma—. ¡No pares nunca de mearme el culo con guasca!

—¡Mi puta, mi puta, mi puta! —gritó Amoldo rendido.

Cuando terminaron y Emma se levantó, del culo le chorreaba un hilo de leche.

—¿Quieren que los limpie? —se ofreció Ana Laura—. Es lo menos que puedo hacer.

Marido y mujer respondieron, en silencio, con una simpática negativa.

Por la ventana, al atardecer, Ana Laura divisó un caballo montando una yegua: parecían tomar el relevo del amor que aquel matrimonio maduro había dejado en reposo. Ana Laura sintió envidia y, a la vez, la escena le insufló cierta esperanza: estaba segura de que, con la recolección del tomate en lo de los Libonati, su culo volvería a dar goce a los demás y a sí misma. Y del culo de esa mujer portentosa había aprendido que, en adelante, debía seleccionar cuidadosamente cada verga, cada hombre.

6

Ana Laura durmió aquella noche en la despojada habitación de huéspedes de la mansión campestre. La cama era cómoda, pero el recinto húmedo y las paredes toscas. Una enorme ventana la comunicaba con el campo abierto. Vio pasar, en la noche, una hilera de camiones con grandes montacargas tapados con lonas verdes. Las voces de los peones gritándose entre sí, además de transmitirle cierto aire masculino cabrío, le informaron que aquella era la cosecha de tomate que marchaba hacia la ciudad. Se durmió escuchando esas voces.

No supo qué la había despertado ni qué hora era. La ventana estaba abierta, el ambiente era sorprendentemente cálido y, en la oscuridad del cielo, las estrellas se negaban a decir si era la noche, la madrugada o una hora fuera del tiempo. La mano del señor Libonati al posarse en su hombro no la asustó.

—Emma y yo hemos pensado que no estaremos tranquilos hasta confirmar que la maldición se ha desvanecido.

Ana Laura asintió y, plegándose a lo que le indicaba la mano del señor Libonati, se puso en cuatro patas sobre la cama.

—¿Pero está al tanto Emma?

El señor Libonati Sonrió mientras su esposa entraba por la ventana con una suave camisa de Holanda.

—Somos un matrimonio. Si tú vienes a la romería, a pedir que tu cuerpo se abra, no te pongas un velo de luto, sino dulce camisa de Holanda —dijo entonces el señor Libonati mientras desabrochaba el botón de los incómodos pantalones vaqueros con los que Ana Laura se había dormido.

—¿Qué te parece? —preguntó el señor Libonati a su esposa, señalando las nalgas de Ana Laura luego de bajarle la bombacha.

—Yo ya lo había visto en la peluquería —dijo Emma Libonati—. La verdad es que en el espejo le quedaba mejor. Pero espera a mirarle el ano: fíjate qué bien casa con la cara.

El señor Libonati abrió las nalgas de Ana Laura para comprobarlo.

—Ahijuna —dijo—. Anito marrón, carita inteligente. Prepárate,

mi hijita: aunque sea para probar si ya no duele, te voy a dar para que veas que yo también gozo.

Al señor Libonati le bastó con arrodillarse y tomarla por las caderas para que comenzara la culeada. El vergajo de Libonati era indescriptible: como un peluche duro que acariciaba el interior del ano, y parecía llegar más allá. Las múltiples sensaciones de Ana Laura, de placer, de entrega, la bendijeron con un conocimiento al que hasta entonces sólo se había acercado de oídas, por boca de amigas.

—¿Sabe, señor Libonati? —dijo con calma y encanto—. Creo que es la primera vez que me hacen bien el culo.

Emma Libonati, orgullosa y sonriente, sacó las tetas de la camisa y comenzó a retorcerse con maña los pezones.

—Ay… —gimió de placer Ana Laura—, qué hermosas tetas tiene, señora. ¿Quiere que se las chupe?

—No, mi querida —respondió con amabilidad—. Nunca hago esas cosas entre mujeres.

—Tampoco las suyas están mal —comentó Amoldo Libonati oprimiendo los pezones de Ana Laura mientras enculaba—. Padece usted de una seria falta de estima.

—Ya no, ya no —replicó Ana Laura, y lanzó una mirada de admiración a Emma por el marido que había conseguido—. Con esta pija en el culo, ¿quién no se siente una diosa?

—Y no sabe lo que es cuando le acaba —agregó Emma.

—Basta de cháchara —rezongó Amoldo—. Que ya sabes que los elogios me apuran la leche. A ver si en vez de tanta parla, usas la lengua acá, que el culo de la niña está empezando a secarse, no sé por qué.

La señora Libonati bajó entonces a aquel pesebre sin dejar de abonarse los pezones, y aplicó su húmeda lengua a lo que quedaba afuera de la pija del marido.

—Ahora, sí —aprobó el estanciero.

—Culo limpio —dijo la señora Libonati dando su beneplácito.

—Limpito y resistente —agregó el marido—. Aprieta como cuero de caballo. ¿No están todos los anos hechos con cuero de caballo?

—De yegua el mío —afirmó Emma.

—Se viene la leche —advirtió su marido.

—¡Qué hombre! —exclamó Ana Laura—. Así da gusto recibir por culo.

Marido y mujer sonrieron complacidos.

7

A su regreso a la ciudad, Ana Laura tenía en el contestador una llamada de Braulio. Cuando se vieron, Braulio le contó que se había separado. Iniciaron una relación seria. La sodomía se transformó entre ellos en el rito de los viernes; Braulio contaba las horas desde el miércoles, porque su nueva novia lo traía loco. Nunca olvidaba procurarle aquel placer que les había unido: mordisquearle el clítoris con la dosis exacta de fuerza y cuidado. Ana Laura se lo agradecía de tal modo que una tarde de martes, en el cuartito de la peluquería, le entregó el culo con tres días de anticipación.

Sofía se marchó a Miami con Gastón, luego de la boda, y creía Ana Laura que serían felices. Él no sólo puso un restaurante, en el que trabajaban los dos, sino que parecía haber entendido por fin que no habría mejor mujer que la ex empleada de la peluquería. Ana Laura sabía que Sofía podía dominar a cualquier hombre: ahora también lo sabía la misma Sofía. Ese culo, ese cono y esos pechos no los poseía por azar: alguien en el cielo la había destinado a ser una hembra que procuraba el mayor goce, y el gozador debía respetarla como un don.

Una tarde de verano, meses después de que se marchara Sofía, volvió a entrar en la peluquería la mujer calva. Llevaba el mismo estropajo de pelo rojizo, y pidió un corte clásico.

Ana Laura, sin sentir estupor ni miedo, al verla sólo abrigó un pensamiento: le agradecía que le hubiera permitido deshacer el maleficio. Y le cortó el cabello con esmero y dedicación. El pelo de la mujer floreció, a su rostro volvió la frescura, y la juntura de los pechos exhaló un aroma a flores silvestres.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó entonces la mujer.

Ana Laura hizo que no con la cabeza.

La mujer se transformó al instante en la joven Matilde, aquella

chica que solía pedir un corte de pelo masculino. Se quitó la camisa y Ana Laura contempló aquellos pechos, únicos en el mundo, que seducían por su pequeñez.

—Seré lo que tú quieras —le dijo—. Mi venganza es limitada, pero mi agradecimiento no tiene límites. Puedo encularte siendo Matilde o Gastón, como tú quieras. Todas las noches, todos los días.

—Sólo amo a Braulio —contestó convencida Ana Laura.

—También él recibirá tus frutos —añadió el hada—. Aura Anal, mi protegida, mi ahijada, es hora de que tu nombre te haga justicia y te honre.

EL ORIGEN DE LOS SILENCIOS

—No admiro a los hindúes por soportar este calor —dijo Philby —. A mi juicio no son más resistentes, sino menos humanos.

Steing asintió y trató de secarse la cara con un pañuelo empapado en sudor.

—No entiendo cómo alguna vez pudimos considerar importante esta zona.

—Era nuestro vivero —respondió Philby.

Se acercaban a un puesto de frutas. Un mendigo sin brazos y aparentemente mudo, les pidió limosna con un movimiento de cabeza y sacando la lengua.

—Mira esto —le dijo Philby a Steing.

Arrojó la moneda al aire y el mendigo la capturó, como un camaleón, con la lengua. Luego, con otro movimiento de lengua, arrojó nuevamente la moneda al aire y de un caderazo la encajó en el bolsillo de su raída vestimenta.

—Increíble —se admiró Steing.

—Sí —aceptó con indiferencia Philby—. No sé cómo soporta esa moneda ardiendo en la lengua. Yo a duras penas puedo sostenerla entre los dedos.

—Con un truco como ese podría ganarse la vida en Inglaterra — dijo Steing.

Philby no le contestó. Hablaba con el tendero del puesto de frutas. Era un hombre alto, de cara chupada y turbante sucio; nada lo diferenciaba del resto de los tenderos.

Philby lo saludó en inglés y el tendero le respondió en un inglés inmejorable. Philby le señaló un coco y el tendero se lo extendió. Philby, tras sacar un grueso fajo de dólares, lo entregó al tendero,

quien se lo guardó en el bolsillo. Se despidieron, nuevamente en inglés.

No habían dado tres pasos cuando Steing cayó en la cuenta: No te dijo «my friend».

—No, no lo dijo —dijo Philby arrojando el coco a un tacho de basura atestado.

—Qué raro —siguió Steing—. Todos los hindúes llaman «my friend» a los extranjeros. Especialmente si se les paga tanto por un coco.

—Pero John no es hindú —dijo Philby—. Ni ese coco valía tres mil dólares.

—¿Un agente nuestro? ¿Todavía necesitan vestirse así?

—No. Fue agente nuestro. Ahora está retirado.

—¿Aquí? ¿Tan severo fue su fracaso?

—Fue el mayor éxito que yo pueda recordar en todo mi servicio a la Corona.

—Entonces, ¿qué hace en la India y vestido como un pordiosero?

—Hay éxitos que prefieren olvidarse.

—Pero, por lo que veo, la Corona no se ha olvidado de él.

—Nunca vamos a poder terminar de pagarle, nunca.

—Parecía un hindú.

—Se ha hecho algo en la cara; ahora es un hindú más. He visto casos así.

Steing tuvo que esperar a que subiesen al avión para que Philby le contase la historia, cincuenta y dos horas más tarde. No es que Philby hubiese querido guardar el secreto, sino que le parecía una historia que debía contar sin interrupciones.

—John comenzó su carrera a finales de los años sesenta. Los que participamos de aquel suceso hemos prometido no revelar su nombre ni su apellido.

—Pero yo he visto su cara.

—Tú y yo somos los únicos en todo el servicio que hemos visto su cara en los últimos veinte años. E intuyo que eso no le inquieta, siempre y cuando nos olvidemos de quién fue: el mejor de los espías ingleses de la década de los setenta. Trabajaba con Stéfani Unf.

—¡La Culebra!

—La misma. Stéfani y John perfeccionaron un método de trabajo infalible, al menos con los soviéticos y sus aliados. Todos los servicios secretos del mundo trabajan con dos armas primordiales: el sexo y el dinero. Miles y miles de contactos y soplones en todos los rincones del mundo han sido reclutados con una buena cantidad de libras o un buen par de caderas. Sin embargo, si todas las personas pudieran comprarse con dinero o sexo, el mundo del espionaje sería un caos. Los agentes cambiarían permanentemente de bando, atraídos por el mejor postor o las mejores caderas. Más de una vez ha ocurrido, pero no con tanta frecuencia como para destruir la lógica de esta guerra secreta.

Con esto quiero decirte, querido Steing, que la ideología existe. Y los que creen de veras en ella son insobornables. ¿Alguna vez has intentado untar a un miembro del Mossad? Lo más probable es que le des dinero y encima te conviertas en agente de ellos. Así es: hay gente insobornable o imposible de seducir. Y la historia que voy a contarte tiene como protagonista a gente muy difícil de seducir. Durante mucho tiempo nos parecieron imposibles, pero luego descubrimos que sólo eran muy, muy difíciles.

»A principios de los setenta se vivió una fuerte crisis en nuestros servicios. Durante años nos habíamos formado en la lucha contra el nazismo y el estalinismo. Coincidirás conmigo, Steing, en que no es maniqueísmo decir que Hitler era el mal absoluto.

—Era el mal absoluto —aprobó Steing.

—Tampoco tendrás mayores problemas en aceptar que se podía combatir a Stalin en nombre de la libertad. Por muy sucios que fueran nuestros manejos, sabíamos que del otro lado las cosas eran peores. Eso es ideología. La ideología, más que el dinero o el sexo, te permite quebrantar la moral sin que la culpa te lleve al suicidio. A principios de los setenta, algunos males históricos se mantenían, pero comenzaron a aparecer enemigos borrosos. Personalmente, en una celda de Londres, vi torturar a un joven salvadoreño cuyo pecado había sido aglutinar a un par de campesinos armados y colaborar con los guerrilleros izquierdistas. No lo torturó un inglés, es cierto; le cedimos el escenario a un compañero de la CÍA. Se sospechaba que el salvadoreño tenía vínculos con la Baader Meinhoff. Nunca supe qué había de cierto en esa acusación, pero sí

recuerdo que el muchacho lanzaba alaridos y maldiciones en castellano. Yo estaba acostumbrado a escucharlos únicamente en alemán. En distintos rincones del mundo, comenzamos a descubrir, del otro lado, latinoamericanos progresistas, intelectuales, negros. En fin, no eran los enemigos a los que acostumbrábamos odiar, justamente, sin contemplaciones.

»Puedo decirte que, en este aspecto, John era un as. Nunca se apartó del motivo por el cual se había iniciado en el espionaje: salvar vidas humanas. Tal vez te parezca melodramático, pero fue la única vez, en toda mi carrera, en que vi a un agente seguir esta máxima como un evangelio. John tenía el talento de reconocer al enemigo: sabía cuándo se trataba de un psicópata terrorista que pone bombas y cuándo de un revolucionario de café. Y también sabía cuándo ese revolucionario de café podía poner una bomba. Sabía distinguir entre un afiliado al partido comunista y un agente del KGB. John se negaba a cumplir dos de cada tres misiones que le daban. ¿Y por qué lo mantenían en el servicio? Porque cada misión que aceptaba valía por tres. La primera mitad del Muro de Berlín la derribó John.

»Stéfani y John comenzaron a actuar juntos el primero de noviembre de 1969. John ya era para entonces un agente muy valorado; Stéfani, en cambio, era una alternadora patriótica, que comenzaba a ser tenida en cuenta, siempre en su rubro, para tareas de mayor importancia. Durante el año 68, Stéfani había sido la amante del agregado cultural de la embajada de la URSS en París. Fue una operación concebida y orquestada por John desde Londres. El secretario se llamaba Boris Techenko y era un *rara avis*. Hombre culto y sensible, más parecía un francés de izquierda que un ruso del Partido. Stéfani, que contaba por entonces con veintidós años y el mejor cuerpo de Europa, cayó en sus brazos a finales de mayo de 1968, huyendo de una redada policial. Temblando contra él, le pidió que por favor la ocultase en algún sitio. Techenko no la podía llevarla a su casa. Tomó un camino que le habían enseñado para despistar posibles vigilancias, y recalaron en un hotelucho donde siempre tenía una habitación reservada por si alguna vez necesitaba esconderse. Por supuesto, nadie los encontró, pues nadie perseguía a Stéfani. ¿Sabes por qué le decían la Culebra?

—Por cómo se movía —contestó Steing.

—Especialmente, por cómo movía la pelvis —completó Philby—. Era una maestra en el arte de la sodomía. Esta habilidad nos había dado espléndidos resultados con los chinos. Como sabes, Mao era bastante estricto en cuanto a las vías de acceso sexual de sus seguidores. Nada de perversiones. La primera vez que el encargado de asuntos comerciales de la embajada de Pekín en Bélgica probó las ancas de Stéfani, prácticamente nos reveló todos los secretos nucleares que estaban a su alcance. Lamentablemente para él, no eran muchos, y pronto no nos fue de ninguna utilidad. Stéfani lo dejó a la semana. El pobre tipo era un eyaculador precoz. Aquella fue la primera vez que probó un culo y, para colmo dé la dureza del de Stéfani; empezó a darse a la bebida, intentó vanamente suicidarse y terminó desertando. La mayoría de los secretos chinos mejor guardados en materia de seguridad los conseguimos gracias a los buenos oficios de las profundidades de mujeres a nuestro servicio, en particular de sus profundidades traseras.

»Techenko, aunque menos desesperado que los chinos —continuó Philby—, degustó con saña el ardoroso ano de Stéfani. Funcionario avezado, no revelaba un solo detalle de intimidad oficial soviética a su amante. Sabíamos que se comportaría así, y no lo queríamos para que hablara. Lo que nos interesaba de él era saber dónde estaba en cada momento. Habíamos sobornado a uno de los guardias de la embajada para que nos fotografiara ciertos documentos que Techenko guardaba en su despacho. Techenko, como la mayoría de los embajadores de los años setenta, evitaba los horarios fijos, para que el enemigo no tuviera cómo localizarlo. Tanto podía pasar la noche en su despacho como no pasar más de una hora diaria. Gracias a Stéfani, sabíamos cuándo no estaba Techenko en su despacho.

»Techenko, menos necesitado del sexo que los chinos, se aburrió de Stéfani, su jovencita revolucionaria, cosa poco frecuente. Stéfani se fingió ofendida: había entregado su cola durante noches enteras, había ofrendado su virginidad, anal a un héroe de la revolución soviética, y había hecho ese sacrificio sólo en nombre de la revolución y la familia soviética.

»Durante todo el romance, que no duró más de tres meses,

Stéfani se había fingido una simpatizante independiente del PC, subyugada por un verdadero representante de la patria del Partido. Mientras el hombre la tomaba por detrás, abriéndole las nalgas como dos gajos, Stéfani, a punto de perder el control por las violentas embestidas, suspiraba: “Así cogen los guerreros soviéticos”. Cuando la dejó, Stéfani le recordó con tanta minuciosidad esos momentos que a punto estuvo Techenko de arrojarla nuevamente boca abajo sobre la cama de su hotel clandestino. Pero con un rictus estalinista, le espetó: “Nunca puede llegar a ningún lado una relación que ya en sus comienzos fue contra la naturaleza”. Stéfani se aguantó la risa hasta que se hubo alejado tres cuadras del hotel. Y aunque advirtió que la seguían, acabó carcajeándose.

»La pérdida de Techenko fue un golpe duro aunque no insoportable para nosotros. Aún nos faltaban fotografiar varios documentos cuando se cansó de Stéfani, pero lo que habíamos conseguido era más que suficiente. Sin embargo, al poco tiempo ascendieron a Techenko. Supimos que sus superiores, sin moverlo de París, lo habían puesto al mando de la seguridad nuclear en algunas capitales europeas. Nos tiramos de los pelos pensando en cuánto más nos hubiese convenido que Stéfani lo conociese ahora y Techenko se cansase de ella tres meses después. Mas… ¿qué podíamos hacer?

»Allí talló John, un verdadero maestro de las relaciones humanas. Todo lo que debe saber un espía es por qué causa entregaría todo una persona. Y es esencial que lo sepa antes de que esa misma persona lo sepa. Debe saber que a este le atrae el dinero, a aquel la droga o que este otro detesta soterradamente el estalinismo. John supo lo que a Techenko le atraía y, te lo aseguro, lo supo mejor que el propio Techenko.

»Lamentablemente, la genial operación de John no nos fue demasiado útil. El ascenso de Techenko había sido una maniobra de los rusos para probar a Techenko. Sabíamos que el KGB había seguido a Stéfani a espaldas de Techenko, como hacía con todas las escasas amantes de sus funcionarios, pero extendimos los mecanismos de seguridad al punto de que fuese imposible relacionar a Stéfani con nosotros. Incluso le conseguimos amigos en

el PC francés que podían testificar a su favor.

»Los rusos no la descubrieron entonces; pero alguno de nuestros estúpidos ministros utilizó la información conseguida en el "despacho Techenko" de un modo tan chapucero que se hicieron evidentes las filtraciones. Recelaban de Techenko, sospechaban que se había vendido.

»Pobre Techenko, jamás conocí una persona tan fiel. Nunca dijo una palabra de más ni llevó a Stéfani a otro sitio que no fuera ese hotel barato y escondido. ¡Tenía todo el derecho del mundo a romperle el culo a una damita comunista, que se lo entregaba por amor y convicción!

»De modo que su ascenso fue una ficción que nosotros creímos, y le pasaron informaciones falsas sólo para comprobar si era o no un agente imperialista. Nada mejor que mover a un hombre de su sitio para ver cuáles son sus raíces.

»En fin, antes de contarte el plan elaborado por John para reconquistar a Techenko cuando creíamos que lo habían ascendido, te diré que Techenko cayó en la trampa de John, que tuvimos acceso a toda la información que le llegaba, pero que la información no nos sirvió de nada porque eran cebos preparados por los rusos, y que Techenko fue ajusticiado por sus camaradas.

»Pues bien: John, que conocía el perimido romance entre Techenko y Stéfani, aseguró que podía hacerlo florecer nuevamente. Recuerdo como si fuese hoy el día en que John diseñó frente a nosotros, sin tapujos, su plan:

»"Esta mujer le ha dado a Techenko todo lo que tiene. Nada más puede pretender un hombre corriente como él de una mujer. Los encuentros entre Techenko y Stéfani siempre fueron furtivos y breves. Nada sabían el uno del otro fuera de las cuatro paredes del hotel Casignac. Sabemos que Techenko es soltero, pero nunca se lo dijo a Stéfani. Jamás le reveló su estado civil, tampoco le requirió el suyo. Si una mujer le ha dado todo lo que tiene, es el momento de que actúe un hombre".

»Nos quedamos mirando con una sonrisa torcida a John.

»"¿Techenko homosexual?", me sorprendí.

»Jamás», dijo John. "Por las innumerables veces que se la ha dado por detrás a Stéfani, podríamos pensar que no le diría que no

a un buen culo, por más que sea de un hombre; pero seguramente le diría que no. Un hombre que se aburre de una mujer busca a otra mujer, nunca a un hombre. Buscas a un hombre cuando las mujeres te asustan o te fascinan al punto de no poder poseerlas, pero no cuando te aburren. El aburrimiento es el corolario de toda relación heterosexual sana. Necesitamos a un hombre, pero no para recibir por detrás a Techenko".

»Todos lo interrogamos con la mirada, mudos.

»"Necesitamos a un hombre para que sea el novio de Stéfani", prosiguió John. "Una mujer no ha dado todo de sí cuando, al abandonar aun hombre, encuentra a otro a quien quiere dárselo todo. El hombre aburrido de una mujer vuelve a desearla no bien nota que otro puede divertirse con ella. En el caso de Techenko, os garantizo que así ocurrirá".

»El mismo John se ofrecía para hacer de faldero. Aceptamos. Por aquel entonces, ya teníamos mucha confianza en él. Hoy, nuestra confianza en él es ilimitada.

»Con el ascenso, las costumbres de Techenko no variaron. Se mantenía sobrio y discreto, sin dilapidar un solo rublo de los que el Estado soviético destinaba a sus funcionarios en el exterior. Continuó cenando en el mismo bodegón sirio del Barrio Latino, Tiros, y a su nueva amante, una francesa de cuarenta años, la llevaba al hotelucho adonde había llevado a Stéfani. Todos, menos John, nos sorprendimos de que Techenko hubiese elegido una matrona luego de abandonar a Stéfani.

»"No importa lo joven o bella que sea una mujer. Para que la deseemos, basta con que sea distinta", sentenció.

»"¿Distinta de qué, de quién?", le preguntamos.

»"Distinta de lo que siempre quisimos", apuntó John, "que sorprenda nuestros gustos". Y tras sonreír, agregó: "Les aseguro que Stéfani será distinta".

»Pusieron en práctica el plan en el bodegón Tiros, un martes por la noche. No hicieron más que sentarse dos mesas más allá de donde cenaba Techenko, raro en él, con su amante. Tardó casi media hora, pues estaba sentado de espaldas a ellos, en descubrir a la pareja. Stéfani no hizo un solo movimiento para que Techenko la descubriera. Un gesto reveló asombro en, la cara de Techenko y, al

segundo, desagrado. Ninguno de los dos gestos estuvo dirigido a Stéfani. Ni siquiera una mirada. Stéfani, por primera vez, vestía como una señora. Un vestido negro, largo y ajustado que, ceñido a sus nalgas de yegua, realzaba su incomparable trasero, transformándolo en el toque desaforado de uña mujer elegante. ¿Quién no iba a desearla? Esa noche, ambas parejas se retiraron sin intercambiar una palabra.

»Stéfani y nosotros supusimos un fracaso estrepitoso.

»“Las cosas marchan mejor que bien”, dijo John.

»Techenko nunca había llevado allí a Stéfani, ni ella tenía por qué saber que él era un *habitué*. Le habíamos montado a John un puesto de libros viejos en esa margen del Sena, a dos cuadras del restaurante, lo que supuestamente le obligaba a ir una de cada dos noches a cenar a Tiros.

»Los rusos mandaron a dos hombres a interrogar a John en su puesto de libros. Le preguntaron precios y títulos, y John respondió como un librero más. Un motociclista le robó la cartera a Stéfani; nada había en su interior que pudiera inculparla. Creo que, después de esos dos intentos, los rusos se quedaron tranquilos.

»Al cabo de tres semanas, las dos parejas se encontraron nuevamente en el restaurante. John lo planeó así. Habían ido a cenar a Tiros los días en que no iba Techenko, hasta aquel jueves.

»Esta vez, ambos se avistaron de inmediato. Y el gesto de Techenko fue directamente de desagrado, de intenso desagrado. Techenko ya no pudo seguir hablando tranquilamente con su pareja. Se mostraba inquieto, y la mujer le preguntaba sin cesar qué le ocurría.

»John dijo que la ubicación de los baños era esencial en el plan, y que lo alegró saber que estaban en el piso superior, aislados del comedor del restaurante. El jueves era el día de menor concurrencia, y eso, aunque no esencial, favorecía sus planes. A John no le extrañó que, cuando Stéfani subió al baño, Techenko hiciera otro tanto. El resto lo contó Stéfani.

»Antes de que pudiera ingresar al baño de las damas, Techenko, que se había apresurado a cerrarle el paso, le dijo bruscamente en su mal francés:

»“Podrías haber elegido otro restaurante…, ¿no es cierto?”.

»Stéfani reconoció de inmediato el éxito del plan de John y más tarde nos comentó tres sensaciones: que en otras circunstancias, el acento ruso de Techenko pudo haberla seducido; que notó que lo tenía en un puño; y que era evidente que él no había dejado de pensar en ella en las últimas tres semanas.

»“Es que mi novio trabaja enfrente. Disculpa, no volveremos aquí”, se excusó secamente ella. Y se deslizó al interior del baño.

»Lo escuchó entrar al baño de mujeres cuando ella ya se había encerrado en uno de los compartimentos. En un hombre discreto como Techenko, aquello sólo podía explicarse por un acceso momentáneo de locura.

»“¿Te hace las mismas cosas que yo?», preguntó en el eco del baño”.

»Le respondió un ruido cristalino: Stéfani, que orinaba conteniendo la risa.

»“¿Te hace lo mismo que yo?”, volvió a preguntar Techenko.

»Stéfani salió de su compartimento con un gesto de ironía y fastidio.

»“No”, dijo, “no me hace lo mismo que tú. Él no me abandona”.

»“Puta”, le dijo mientras se pegaba a ella y la tomaba por las caderas, “no vengas más por aquí”.

»Stéfani trató de zafarse de él con un brazo.

»“Ya te he dicho que no volveré”, dijo molesta.

»“¿Te hace lo mismo que yo?”, repitió el ruso como un niño celoso.

»“Es un hombre gentil”, dijo Stéfani, indiferente. “No necesita la violencia para sentirse viril”.

»Techenko le había levantado la parte trasera del vestido y apoyado su verga erecta, que le abultaba el pantalón, en el trasero blanco de Stéfani, apenas cubierta por una pequeña tanga.

»“¡Suéltame!”, le gritó ella con la voz de las actrices histéricas. Pero al intentar desprenderse, rozó aún más sus nalgas contra el pobre hombre.

»Techenko suspiraba como una campesina pariendo. Se apretaba contra Stéfani, y le rasgó la bombacha con una mano. Por último comenzó a besarle el cuello y a suplicarle.

»“No, no”, susurraba Stéfani.

»Él se bajó la bragueta.

»“No, no”, insistió Stéfani, y finalmente soltó la frase definitiva: “Aquí no”.

»Mientras Techenko se subía la bragueta, Stéfani se bajó las faldas del vestido y salió sin decir nada.

»Techenko, demudado, luego de un instante, corrió hacia ella. Desde la escalera vio que su acompañante se había ido. Bajó lo más calmo que pudo, un poco inclinado por la molestia de la erección. Tomó asiento, como un borracho solitario, frente a la botella de vino blanco en la mesa desierta. Llamó al mozo para pagar.

»Stéfani ya estaba sentada frente a John, que la increpaba duramente, mirando de reojo, con odio declarado, a Techenko. De pronto, sacudió el rostro de Stéfani con una pesada bofetada.

»Techenko arrugó el mantel con una mano, pugnando por contenerse. Pagó y se levantó.

»“¡Eh, usted!”, le gritó John.

»El ruso siguió caminando hacia la puerta sin prisa.

»“¡Usted!”, repitió John, de pie y alcanzando a Techenko en tres zancadas, hasta tomarlo del hombro.

»Techenko le apretó la mano como una blanda pelota de goma, se la sacó del hombro, y prosiguió imperturbable su camino. Entonces John le propinó una fuerte patada en el trasero. Techenko no lo pudo sufrir. Se volvió y, de un solo golpe en plena cara, derribó a John, que quedó en el suelo. Techenko llamó con un gesto a Stéfani, y esta acudió sumisa.

»Cuando salían, John logró agarrar un tobillo de Stéfani y ella, aterrorizada, se abrazó a Techenko. Este simplemente pateó la muñeca de John y llevó a Stéfani a su auto oficial.

»“Preferiría no ir al hotel esta noche”, dijo Stéfani, quien descubrió que desde el encuentro en el baño la erección de Techenko no había menguado.

»Negándose una y otra vez, logró que Techenko la llevara a su departamento oficial. No le entregó la cola hasta que él no le prometió una serie de seguridades. Stéfani decía que los rusos, tratando de huir de la creencia en Dios, creían en cualquier cosa. Aquella noche del reencuentro, Techenko armó su altar alrededor del agujerito marrón de Stéfani. Le rezó plegarias soeces durante

horas antes de penetrarlo. Pasaba la lengua una y otra vez, después un dedo, y se tocaba la verga, pero no se avenía a traspasarlo. La punta de su verga lo olisqueaba para luego retroceder, inhibida. Esperaba una señal divina, una señal desconocida que proviniera de ese Dios, el ano de Stéfani, para animarse a darle con su palo de hombre. Y Stéfani le dio la señal. Desde esa noche, vivieron como una pareja. En su departamento.

»Te repito que no creo que los rusos descubrieran aquella noche que Stéfani y John eran espías. De ser espías, su actuación habría sido demasiado burda. ¿Sabes de quién sí sospecharon? De la pobre rubia cuarentona que se fue del restaurante aquella noche: apareció muerta en el Sena dos meses después. La pobre mujer, enamorada de Techenko, lo aguardaba en la puerta de la embajada y, una vez, lo siguió de incógnito, en auto, hasta su casa.

»Sea como fuere, al mes, Stéfani comenzó a pasarnos un grueso caudal de información semanal, y más grueso que la verga que le pasaban por el culo. Amén de lo que nos transmitía nuestro hombre en la embajada.

»Como te dije, aunque no sabían por dónde se filtraba la información, los rusos sí sabían que se filtraba, y todo lo que Stéfani conseguía era carne podrida, basura transmitida como cierta por los rusos a Techenko para probarlo; pintura para echar sobre el hombre invisible. Y efectivamente, como era una operación en toda regla, descubrieron que la información que le pasaban a Techenko no tardaba en llegar a nuestras manos. Luego de un mes y medio de feliz convivencia, Techenko apareció colgado en su despacho de la embajada, con una nota de suicidio de su puño y letra, argumentando una enfermedad terminal.

»Esa misma noche, en el departamento de Techenko, Stéfani fue interrogada por dos agentes del KGB. No la tocaron, porque no habían llegado a sospechar de ella. Y salió airosa. Mantuvimos el puesto de libros y las cenas en Tiros durante casi un mes. John regresó a la desconsolada Stéfani. Al mes, trasladamos a los dos a Londres, para olvidar los malos recuerdos.

»No podíamos llamar un éxito a la operación, porque la información no valía nada. Pero tampoco un fracaso: los rusos habían matado a uno de sus agentes más leales y el plan de John

había funcionado a la perfección.

»Desde entonces, el dúo John y Stéfani funcionó como el Bonnie and Clyde del espionaje. Los disfrazamos hasta volverlos irreconocibles. Mongoles, chinos, checoslovacos y árabes caían seducidos ante las caídas de ojos de esa mujer acompañada por su marido, o novio. Luego de dos peces gordos en Oriente Medio, decidimos cambiar la pareja. Queríamos salvaguardarlos. Seguimos aplicando el truco con otros dos agentes, supervisados por John.

»Nunca hubiese sospechado yo la eficacia sexual del numerito del triángulo amoroso. Siempre pensé que era el último grito desesperado, e ineficaz, del burgués aburrido. Y no, resultó ser el aullido genuino y salvaje del hombre que descubre lo desconocido y lo mejor.

»John debió soportar más de un puñetazo, pero su bálsamo era ver la mirada triunfal en, por ejemplo, el rostro febril del iraquí que arrebataba una mujer a su esposo. O el albanés que, sin haber conocido jamás el roce apretado de dos senos contra su miembro, probaba por primera vez el sexo anal siendo a la vez espiado, impotentemente, por el marido de la mujer a la que poseía. Stéfani sabía abrir las nalgas y entregarlas. Tomaba cada cachete de su culo con una mano y los separaba, lo suficiente para dejar ver el ano sin estirarlo; cuando el hombre veía por fin el tesoro marrón que escondían esas dos nalgas blancas, así entregado, se sentía, por lo menos, un expedicionario que, luego de largos viajes y muchas peripecias, había hallado el cofre secreto que se escondía en la isla del culo. Podía considerarse un conquistador, un rey. Lo del albanés fue el colmo: cuando lo obligaron a regresar a su patria, asesinó a su esposa y se suicidó. Tenía dos hijos.

»Con los dos nuevos agentes, llamémoslos Emma y Anthony, las operaciones siguieron un curso modesto y sostenido. Emma no era la Culebra, y no tenía las nalgas de Stéfani ni su espíritu de entrega. Su máxima habilidad era la *fellatio*. Todos le reconocíamos unos muy carnosos labios; pero no hay hombre del Este, por muy bruto que sea, que no haya tenido tiempo de pasar por un prostíbulo y hacérsela chupar, práctica que el Partido no prohibía en ninguno de los países detrás del Muro.

»Por esos días, en España comenzó a dar que hablar un tal Vlin.

Para que sopeses su eficacia, te diré que, cuando supimos de él, ya hacía diez años que actuaba. Todavía es un secreto la totalidad de sus funciones previas, pero cuando lo conocimos se encargaba de los agentes occidentales al servicio del Estado soviético. Toda la información que salía por boca de un occidental y llegaba a la URSS pasaba por Vlin.

»Había que contactar con Vlin, alguien debía hablar una palabra con él. Sabíamos que sería imposible sobornarlo con dinero. Había combatido contra los alemanes, en el cerco de Stalingrado, a la edad de dieciocho años; comió ratas que llevaban días muertas, trozos de hombres que quizás aún estaban vivos, y durmió a la intemperie bajo climas que pocos soportarían. Un hombre macerado en ese dolor es indiferente al dinero. Nos abocamos a estudiar su vida sexual.

»Vlin tenía una rutina descuidada. O no le importaba que lo siguieran, o, como en *La carta robada*, su secreto estaba justamente en dejar a la vista lo que no debíamos ver. Sea como fuere, trabajaba como ejecutivo intermedio en la sucursal de las líneas aéreas soviéticas, de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde; luego concurría a un bar, donde escribía durante unas dos horas, y finalmente regresaba a su casa, en la calle Marqués del Grillo (una cortada de Madrid), de donde no salía hasta las siete y media de la mañana del día siguiente. Nunca lo vimos acompañado. En su oficina de la compañía aérea, de la que apenas salía, sólo circulaban hombres. No tenía contacto con las azafatas y no había funcionarías. En el bar donde escribía, visitaba el baño una o dos veces, no más de tres minutos cada vez. ¿Cuándo follaba?

»Como todo estaba a la vista y no habíamos visto nada, optamos por los micrófonos. Pusimos micrófonos en su oficina, en el bar y en el interior del departamento donde vivía. Un mes más tarde, llegamos a la primera conclusión. En la oficina, no emitía más ruidos que los diálogos laborales. En el bar, sólo se escuchaba el murmullo de la pluma contra el papel. Pero en su departamento, una de cada tres noches, se escuchaban gemidos eufóricos, inequívocamente sexuales. Siempre entraba solo a la casa, incluso en esas noches de goce.

»“Es un onanista genial”, deduje.

»“No nos apresuremos”, me apaciguó John.

»Sin embargo, al cabo de un mes, las grabaciones parecieron darme la razón. Vlin no se salía de su rutina, nadie entraba a su casa y una de cada tres noches chillaba como un cerdo.

Inspeccionamos su basura (literalmente, su tacho de basura), pero en ella no había consoladores ni artefactos extraños y, lo más raro de todo, no encontramos ningún material pornográfico. Eso fue lo que suscitó las sospechas de John.

»“Obviamente”, dijo, “puede ser un gran onanista, pero nadie posee tanta imaginación. ¿Con qué se excita? No tiene revistas, fotos, películas ni ropa interior de algún tipo”.

»Después de que John dijera “ropa interior de algún tipo”, vi transformarse su cara. En todo descubrimiento de un hecho verdaderamente misterioso, hay un momento en que la deducción se interrumpe y aparece el talento. Esa cuota de azar y genialidad que es propia de los artistas como John. Los demás llegamos hasta el más alto escalafón de la deducción. Ellos llegan a la verdad. Es inútil que trate de explicarte cómo John lo descubrió. El asunto fue que, de la tela de la ropa interior, pasó a la verdad.

»“Tela”, dijo John. “No se masturba, los amordaza. ¡Los amordaza!”.

»Era cierto. No escuchábamos los gemidos de sus parejas, porque las amordazaba. Y si hubiéramos podido escucharlos, no habrían sido precisamente gemidos de placer. No veíamos entrar a sus amistades sexuales, porque existía una entrada secreta. Todo lo fuimos averiguando a partir del Eureka de John. Desde que este descubrió el origen de los silencios, nuestra escucha y nuestra mirada variaron.

»En los imprecisos gemidos que nos transmitían los micrófonos, comenzamos a distinguir, afelpados pero distintos, los sonidos de los amordazados: una voz apagada como la de un mudo que con mucho esfuerzo puede emitir un sonido.

»“Conocí a un hombre”, dijo Stéfani en una de las reuniones, “al que le fascinaba escuchar mis suspiros cuando cagaba; me pedía que se los grabara. Pues bien, eran sonidos iguales a estos”.

»“A quien quiera que sea”, dijo John aportándonos un nuevo dato, “se la está cogiendo por el culo. Únicamente por el culo”.

»Paralelamente a las intuiciones de John, nos llegó una noticia alarmante. Los rusos estaban por entregar material bélico a los terroristas rojos japoneses, miembros del Sakura Kendo, que, lo sabíamos, eran verdaderos psicópatas. Cada granada en sus manos representaba como mínimo tres niños muertos. No creo que el sistema capitalista, en su infinita perversidad, llegue alguna vez a superar el daño que podían causar estos lunáticos si alguna vez se hacían con el poder. El que producían sin tener ningún poder ya era exagerado. Por nada del mundo queríamos que esas armas llegaran a los chiflados japoneses.

»John decía que, si el Sakura Kendo conseguía ese arsenal, para él sería su mayor derrota. Vlin era el contacto entre los que entregarían las armas soviéticas y los nipones subversivos; desafiando la lógica fronteriza y atendiendo a la seguridad, la entrega se efectuaría en Europa: en Suiza, en Suecia o en alguno de esos países cuya exquisita neutralidad ha contribuido a las más grandes masacres de nuestro tiempo. John quería hacer saltar a Vlin antes de que se produjera esa operación, y con ello desarticular esa operación.

»De las intuiciones de John pasamos a la deducción y a la búsqueda concreta. Un complicado entramado de cloacas comunicaba una de las habitaciones del departamento de Vlin con el bar donde escribía. Por ese laberinto llegaban sus amantes al departamento. Uno de nuestros hombres, arriesgando su vida, recorrió los quinientos metros del pasadizo, entre el bar y la casa de Vlin, y que conducía a una habitación oscura forrada de rojo con… un inmenso crucifijo negro clavado en la pared. Una cama amplia. Cadenas. Esposas. Látigos.

»”No puede haber construido semejante túnel sin el consentimiento del dueño del bar”, razoné.

»“No lo construyó”, aseguró John, “lo encontró. Lo construyeron los republicanos durante la guerra civil, justo antes de que cayera Madrid. Vlin debió de enterarse por algún camarada ya muerto, y ahora utiliza este túnel para introducir a sus amantes en su habitación prohibida. Con el consentimiento del dueño del bar, claro está. Las hace pasar por el túnel y luego es él quien les construye un túnel en el culo por donde pasa su verga”.

»“Si los culos fueran túneles”, comentó Stéfani, “el mío podría conectar París con Londres”.

»“Ahora tenemos que descubrir a quién se coge”, dijo John. “Y decidir a quién se va a coger”.

»Nuestras guardias en el bar duraban hasta una hora después de que Vlin se retirara. Ahora las mantendríamos hasta descubrir cuál de las personas entraba al bar, luego al baño y tardaba más de una hora en salir.

»Fue una linda muchacha rubia, con un culo chato que nos defraudó a todos. En tres días, en Suiza, los nipones recibirían las armas. Seguimos a la muchacha rubia cuando salió del bar. Se dirigió directamente a un burdel cercano a la Plaza Mayor. Allí pasó la noche.

»“Lo creí más estrambótico”, dijo John. “Amordaza y coge por el culo a putas de burdel. Eso es todo. Nada grave, si no fuera porque pasado mañana tres amarillos incontinentes van a tener en sus manos armas letales. Si entre hoy y mañana no resolvemos esto, nos espera larga temporada en el infierno”.

»John y Stéfani se habían retirado sin que los descubrieran nunca. Se retiraron, precisamente, por precaución. Ni el albanés, ni los orientales, ni los árabes habían hablado de ellos a sus superiores. Y por el grado de intimidad que mantenían, nunca habían sido vistos por otros que no fueran sus víctimas. John, en la única equivocación de su carrera, decidió por la desesperada que, dos días después, Stéfani se haría pasar por una de las putas del burdel para recibir el tratamiento de Vlin. La solución sería matar a Vlin. Sólo esa jugada arruinaría el plan.

»Preparamos a Stéfani como nunca. Le untamos las nalgas con un aceite que, además de darle un brillo especial, resaltaba el gusto de la piel. John le pasó la lengua por una nalga. Le enrojecimos y erizamos artificialmente los pezones. Y le amarronamos el ano. De sólo imaginarla caminando en cuatro patas por el pasadizo secreto hacia la guarida de Vlin, ya te provocaba una erección.

»Y hacia allí fue la buena de Stéfani. Todo planeado para que Vlin no pudiera resistirse; para que, aun sabiendo que no era la mujer solicitada, no pudiera resistirse a ese culo. Habíamos hecho de las diez larguísimas uñas esmaltadas de Stéfani diez afiladísimas

armas de fibra de vidrio empapadas en curare, ese veneno que mata en segundos.

»“Sobre todo, no te comas las uñas”, dijo John. “Si notas que te va a esposar, decide tú: o lo rasguñas de inmediato, o esperas a que te coja por el culo y luego lo rasguñas. Si notas que no podrás matarlo de ningún modo, déjate coger por el culo y vuelve con nosotros. De nada nos sirve una heroína muerta. Y ruega a Dios por que Vlin no haya visto *Último tango en París*”».

»“¿Por qué?”, preguntó Stéfani.

»“Brando le pide a María Schneider que se corte la uña de un dedo para metérselo en el culo. Imagínate si quiere que le metas los diez…”.

»“No hay nada que me guste más que el dedo en el culo. Meterlo y que me lo metan. Ah, de sólo pensar que me rascan el culo por dentro ya me mojo…”.

»“Bueno”, replicó John, “en ese caso, espero que Vlin no tenga tus mismos gustos. O que sea lo suficientemente perverso como para que le guste que le rasquen el culo por dentro con las uñas bien largas y filosas”.

»“Morirá de placer”, aseguró Stéfani.

»Vlin no murió de placer. Hubo un papel, lo encontró Stéfani en el pasadizo secreto, que debió haberla advertido. En el papel, escrito de puño y letra de Vlin, decía: “A los negros les agradan mucho los muchachos blancos. Les gusta meter sus grandes cipotes negros por esos apretados culos blancos”. Aunque la cita se la había inspirado a Vlin su servicio en los países africanos que se independizaron durante los años sesenta, era eso, una cita, que, como siempre, John descubrió. Pertenecía al libro *Música para camaleones*, de Truman Capote, extraída de un reportaje que Capote le hacía a un miembro del clan Manson.

»Doce horas más tarde de que Stéfani ingresara al pasadizo, nada sabíamos de ella ni de Vlin. O ella lo había matado y después la atraparon, o él la había matado. O habíamos preparado tan bien a Stéfani que Vlin no le había sacado la pija del culo durante doce horas. Los micrófonos no habían transmitido un solo sonido.

»Al anochecer, uno de nuestros agentes nos informó que un empleado de las aerolíneas soviéticas había salido de su oficina

lleno de magulladuras en la cara.

»Al oírlo, fue John quien se llevó una mano a la cara. Pensó durante unos instantes inmerso en un infinito sufrimiento. Finalmente dijo:

»“Le gustan los hombres. La prostituta que vimos entrar al pasadizo fue a limpiar el lugar. Vlin capturó a Stéfani, y lleno de euforia y locura, para festejar, castigó más de la cuenta a uno de sus amantes. Si no mataron a Stéfani, debemos rescatarla”.

»Quedaban horas para detener la entrega de armas, y además debíamos rescatar a Stéfani.

»Stéfani era una de esas mujeres de nuestros servicios a las que se les autorizaba a decir todo lo que sabían antes de ser torturadas. Considerábamos que no soportarían la tortura, y no tenía sentido permitirles sufrir para retrasar en una hora la información que finalmente proporcionarían al enemigo.

»Esa noche llegó a nuestro despacho la propuesta de Vlin. Quería una reunión a solas con John, en su guarida.

»De no haber estado Stéfani de por medio, John nunca habría aceptado. Ninguno de nosotros hubiera aceptado. Pero John había enviado a Stéfani, y su conciencia siempre podía más que las reglas de nuestro servicio.

»Nuestro equipo de audio revelaba que uno de los micrófonos colocados en la guarida de Vlin aún estaba en funcionamiento. Stéfani no conocía la ubicación de los micrófonos, por lo tanto bien podría no haberlo encontrado.

»Por ese micrófono escuchamos las palabras con que Vlin recibió a John cuando entró a su guarida:

»“Te voy a romper el culo”. Escuchamos un forcejeo y las siguientes palabras de Vlin: “Hace tiempo que tengo ganas de hacer el culito blanco de un inglés. No sabes cómo me va a gustar meter mi cipote en tu apretado culo blanco”.

»Había por lo menos dos personas más en esa habitación, inmovilizando a John, y yo caí en la cuenta:

»“El hijo de puta dejó el micrófono a propósito”.

»“No te voy a amordazar”, siguió Vlin. “Traigan el aceite”. Habían analizado el aceite con que habíamos embadurnado las nalgas de Stéfani. “Te voy a untar bien el culo con aceite, putito

inglés. Espera, que le meto el dedo en el culo a tu compañera… Así, ¿lo ves? Me lo chupo, y ahora te lo meto”.

»“¡Ah!”, escuchamos el grito de John.

»“¿Dolió? Entonces no sabes lo que te va a doler mi cipote. Pero te permitiremos gritar. ¿Sabes cómo llegan mis putos acá? Les dejo papeles con pistas, como en *Pulgarcito* o en *Hansel y Gretel*. Tu amiga encontró una de mis pistas. Les dejo papeles: Puja con el ano, que viene mi pija, ‘Aprieta el orto y te lo rompo’. Las pistas los van acercando al punto sagrado: mi verga roja. Llegaste sin pistas, por pura intuición…, ¿tanto querías mi pija?… ¡Ah! Espera, me voy a acostar sobre tu espalda… Mira mi verga, ¿crees que se meterá en tu culo ella sólita? Hazle ojitos con el culo, así. Te la voy a apoyar entre las dos nalgas… No. No soporto no metértela. Te voy a meter la cabeza… No. Mejor te la meto entera. Me gusta que nos miren. Y que nos escuchen”.

»Uno de nuestros agentes propuso apagar el micrófono. Yo tuve que negarme. Teníamos que saber el destino de John. El agente se puso de pie, enfurecido, y se retiró de nuestro centro de escucha. No sé cuántos más lo notaron: yo descubrí que ese pobre hombre cargaba una soberana erección.

»“Primero te voy a freír el culo”, siguió Vlin, “no te asustes, lo que quiero decirte es que lo voy a barnizar bien con aceite… Espera, que la saco. ¡Ah!, ¿sientes cómo sale mi pija? Alcáncenme el látigo”.

»Oímos el restallar del látigo. El sonido inconfundible de una nalga al ser atizada y el grito apagado de John.

»“Y ahora aceite”, siguió Vlin. “Te abriré bien las nalgas. Así, bien abiertas… Qué lindo ojo de culo. ¿Me dejas que te lo tape con mi pija? Háganme un favor, péguenle un latigazo en las piernas… Así. ¡Ah!, aprieta más. Ahora, si no quieres que mate a tu compañera, di: ‘Me rindo, me rindo cuando tu verga soberana me abre el culo’”.

»Siguió un silencio. Sospecho que alguien apuntaba con un arma a la cabeza de Stéfani. Finalmente escuchamos la voz de John:

»“Me rindo, me rindo a tu verga soberana”.

»“Ahora, di…”, prosiguió Vlin. Y le habló al oído.

»“Me duele un poco que me abras el orto”, dijo John. “Pero

hazme lo que quieras. Soy tuyo. Ay, no, quiéreme un poco más, no me hagas tan dura la cola”.

»“Con más sentimiento”, ordenó Vlin. Y siguió otro silencio.

»“Esa verga morena separa mis nalgas…”.

»“¡Más sentimiento o la mato!”, gritó Vlin.

»John aflautó la voz:

»“Esa verga morena separa mis nalgas, el agujero de mi culo festeja y sufre”.

»“¡Sin voz de puto!”, gritó Vlin. “¡Quiero voz de hombre mientras lo cogen! ¡Voz de hombre que no puede soportar el que le guste tanto recibir mi verga! Quiero que luches entre el dolor de tu culo y el placer de estar dándome tanto placer. Quiero que te debatas. Que muevas las piernas para libertarte de mí, pero que en ese movimiento atornilles aún más mi verga a tu ano”.

»Durante unos minutos sólo escuchamos gemidos de goce de Vlin. Y tras esa pausa, vino lo peor. Fue una palabra. Hasta ese momento, Vlin había obligado a John a repetir sus frases; entonces, le dijo:

»“Improvisa”.

»John no chistó.

»“Habla de cómo te gusta que te la meta en el culo. Pídeme por favor que no te la meta. Dilo con tus propias palabras. Improvisa, o la mato”.

La azafata dejó en las manos de Philby una botella diminuta de whisky.

Como si nada de lo que contaba hiciese mella en Philby, este observó el contoneo de las caderas de la azafata que se alejaba.

—El culo —dijo Philby—. Cuántos problemas y placeres nos trae.

Steing sudaba, y aunque había terminado de comer hacía rato, mantenía la bandeja sobre las piernas, para ocultar su rebelde excitación.

—Creo que eso fue la peor de las torturas a la que Vlin lo sometió esa noche. Improvisar. John, como un actor, debió buscar en su alma palabras de alabanza a la verga de Vlin para que no mataran a Stéfani. Tuvo que hablar como un puto redomado, hablar de cuánto le dolía y cuánto gozaba con la verga de Vlin, con sus

propias palabras. Cuando Vlin eyaculó dentro del ano de John, el hombre que apuntaba a Stéfani disparó y los sesos de la mujer se desparramaron por toda la habitación. Así murió la Culebra.

—¿Lograron al menos detener la operación con los japoneses? —preguntó Steing.

—La operación con los japoneses no existía —dijo sin ademanes Philby.

—¿Qué? —bramó Steing, levantando la bandeja en un arrebato de incredulidad y dejando ver sus hinchados pantalones.

—Vlin estaba enamorado de John desde hacía cuatro años, que fue cuando lo descubrió. Lo vio con un largavistas, follándose a una vietnamita del norte, en la posición del misionero, John arriba. Sabía que era un espía, y desde el momento en que le vio el culo, quedó prendado. Cuando decidió pasarse a nuestro bando, pidió como precio el culo de John.

»Nuestro servicio dudó y concedió. A partir del día en que Vlin le hizo el culo a John, comenzó a derribarse el Muro. Vlin fue topo nuestro entre los rojos, el mejor que hayamos tenido. La operación con los japoneses fue una cortina de humo montada por Vlin y los nuestros para que John se le entregara.

—¿Y Stéfani?

—Vlin la hizo matar por celos. Fue un acto impulsivo. Pero la misma tarde en que cogió a John y mató a Stéfani, entregó a nuestro servicio más información de la que hubiéramos podido juntar en un año; de modo que, por la muerte de Stéfani, nuestro servicio sólo elevó una pequeña protesta y Vlin dio una pequeña disculpa.

—Pero ¿cómo pudieron entregar a un agente como John?

—En las altas instancias había gente a la que le fastidiaba un poco la moral de John, sobre todo sus renuencias a la hora de maltratar enemigos. Para los más duros, John comenzaba a ser más útil como carne de cañón que como agente.

—¿La Corona entregó a sabiendas el culo de John? —volvió a preguntar Steing, incrédulo.

—¿Y él no? —preguntó a su vez Philby.

El ruido del avión al aterrizar concluyó, con esa pregunta, el diálogo.

LA PROFESORA DE LENGUA

1

En oposición a los relativistas y estructuralistas, siempre he considerado que, en los relatos, la moraleja reviste gran importancia. Las fábulas, los mitos, las parábolas…, en suma, todo lo transmitido oralmente de generación en generación se engrandece cuando nos brinda una clave o un consejo para afrontar la vida cotidiana.

Así pues, como profundo conocedor y defensor de las moralejas que soy, debo excusarme ante el lector por invertir el orden habitual: primero presentaré la moraleja, y luego el relato. Dividiré la moraleja en dos partes: una deducción y una conclusión.

La deducción es que los niños y adolescentes enamorados de mujeres adultas ignoran, en su pasión, que mientras ellos crecen, ellas envejecen; sospechan, alienados por el amor, que el cuerpo maduro y consistente de la mujer deseada los aguardará intacto hasta que se encuentren listos para poseerlo. Y la conclusión: por mucho que comprendamos que aquella mujer ha envejecido mientras crecíamos, el amor habita una dimensión distinta de la del tiempo, y ni siquiera nuestro conocimiento nos libra de su tiranía.

Dicha la moraleja, podemos pasar al relato.

En el verano del año 2000 mi vida había terminado. Yo aún no había cumplido treinta y cuatro años, pero la catástrofe descargada sobre mis espaldas superaba el concepto de ruina. Por muchos motivos, uno de ellos muy concreto que en breve explicitaré, yo era algo peor que un fantasma. Tan devoto como de las moralejas, lo

soy de la claridad, y no quiero minimizar ni eludir el suceso que me llevó a la desintegración: descubrí a un vecino sodomizando a mi esposa.

Clarisa en cuatro patas, agarrada del respaldar de nuestra cama matrimonial, una pierna a cada lado del cuerpo del sujeto masculino también en posición cuadrúpeda, Ignacio, y —puedo decirlo porque lo vi en primer plano— la verga de Ignacio hundida hasta profundidades que Clarisa nunca me había permitido (yo la había sodomizado a lo largo de nuestra vida en común, pero hasta no más allá de tres cuartas partes de mi verga, siempre deteniéndome por sus pedidos de que no avanzara más, por dolor u otras molestias), los huevos de Ignacio pegando contra las nalgas de Clarisa, casi entrando imposiblemente en el ano, abierto este hasta alcanzar su mayor circunferencia. Pude verlo con entera comodidad porque en ese instante me torné invisible.

No es una metáfora, no es una sensación: yo los vi y no me vieron. Como Dios, vi sin ser visto. Pero como soy un hombre, lo que a Dios hace todopoderoso a mí me privó de la totalidad de mis modestos poderes.

Desaparecí, momentáneamente, porque el hecho, el suceso visualizado, operó sobre mí una desintegración absoluta. Por un instante, de mí no quedó más que el espíritu doliente. Junto a nuestra cama matrimonial, enmarcado en un perchero azul, hubo siempre en la habitación un espejo: en ese espejo no me vi. Los amantes culeaban sin compasión, proferían jadeos y palabras mordidas que no logré descifrar, pero ni una palabra dijeron sobre mi presencia, porque no me vieron. Yo no hablé, pero supongo que mi respiración debió de acelerarse y escucharse. Pero entonces ignoraba si también mis sonidos habían desaparecido junto con mi imagen, o si la euforia de los sodomitas era tal que no me escuchaban. Las manos de Ignacio se apoyaron en las nalgas de mi esposa y las abrieron para contemplar mejor el ano. Mi esposa echó aún más hacia atrás sus caderas. Me retiré por la puerta entreabierta y nunca volví.

Muchas veces me he preguntado, desde aquella desoladora experiencia, si mi desaparición incidental se debía a la sodomía: un sortilegio por el cual, cada vez que mi esposa era sodomizada por

otro, yo desaparecía. O si lo que me volvía invisible era la circunstancia de que mi esposa me había olvidado por completo. Creo que lo primero es más cierto, pues sospecho que son habituales los momentos en que mi ex esposa me olvida por completo, y no por ello me vuelvo invisible. Así pues, deduzco que sólo me ocurre cada vez que Ignacio u otro hombre se la meten por el culo. Pero no tengo modo de comprobarlo.

Mi presencia física y espiritual, de todos modos, desde que la conocí, estuvo ligada a Clarisa. Desde mi nacimiento y hasta los veintisiete años, edad en la que me casé con Clarisa, mi existencia sobre la Tierra me resultaba incierta. La gente me veía y me hablaba, se relacionaban conmigo como con los demás, pero yo no estaba muy seguro de existir realmente.

Había llegado a la Argentina cuando era un bebé, en el año 66, en brazos de mis padres adoptivos, desde Grecia, en barco, luego del asesinato de mis padres biológicos a manos de un asesino en serie. Mis padres adoptivos —me enteré de ello en el orfanato— eran funcionarios de la embajada argentina en Atenas. Y, en el viaje en barco, mi madre adoptiva descubrió que, contra los pronósticos de todos los informes médicos, finalmente había logrado quedar embarazada. Al llegar a la Argentina, las autoridades pusieron reparos al trámite de adopción realizado en Grecia, que al parecer había incluido dinero bajo la mesa y otras irregularidades (de ahí también la decisión de viajar en barco, menos arriesgada en cuanto a trámites aduaneros; eran como polizones llevando una mercadería prohibida). Entonces, en lugar de hacer frente a la burocracia, inextricable e incompetente en este país, decidieron entregarme a otro orfanato y aceptar el hijo «real» que la providencia finalmente les otorgaba.

Los primeros recuerdos de mi infancia, más que actos, son la reminiscencia de pensar día y noche, a los cinco, seis años, que el asesino de mis padres pudo haber mostrado un ápice de piedad matándome también a mí junto a ellos. Pero los asesinos se distinguen, precisamente, por ser despiadados, como mis padres adoptivos. Y todavía no he logrado dilucidar si la gobernanta que en el orfanato me contó desde mi más tierna infancia las peripecias de mi llegada a la vida y a la Argentina, lo hizo movida por la

piedad o por la falta de ella. A los seis años, cuando aprendí a leer y escribir, decidí vivir. Como ya he explicado, no fue una decisión que mi persona aceptara en su totalidad. Quizás por eso, entonces, y para no abundar en el melodrama, cada vez que se cogen a Clarisa por el culo me vuelvo invisible.

Creo que Clarisa nunca terminó de soportar que su primer novio y luego esposo fuera un ser indeterminado. Mis silencios, mi cavilar, mi presencia atónita, sin duda terminaron por hartarla. Se casó seducida por el misterio y por la resistencia de un hombre que había logrado superar las peores pruebas a las que se pueda someter a un ser humano, pasando de la completa desgracia, del doble abandono y del orfanato, a una vida independiente como traductor (del inglés al español, nunca del griego, idioma que jamás hablé); pero con la esperanza, creo ahora, de que alguna vez me convertiría en un hombre de verdad. Y en ese aspecto nunca la satisfice. Quizás por eso nunca me permitió —ni yo insistí— meterle la verga entera en el culo. Porque yo no era un hombre entero.

Mi nueva vida —a partir del día en que mi esposa se dejó coger por el culo, sospecho que por primera vez, por Ignacio— se limitó en primera instancia a buscar un lugar donde vivir. No intenté hablar con Clarisa: me marché con lo puesto, y no reclamé el resto de mis ropas ni mis efectos personales, documentos o algo de dinero. Pedí ciertos adelantos en los distintos sitios donde requerían mis servicios, y con ese dinero me lancé a la búsqueda de una habitación en la que no me exigieran garantías ni papeles. No fue fácil. Hasta en las más deprimentes pensiones requerían un documento nacional de identidad. Dormí dos noches en la calle y llegué a pensar en regresar a mi antigua casa en busca del DNI —especulaba con que, si a mi arribo estaban cogiendo por el culo, no me verían—, pero un milagro me disuadió.

Cuando mi desaseada apariencia estaba a punto de impedirme presentarme ante cualquier persona dispuesta a cobrarme dinero por una cama, leí en el diario que una familia ofrecía una habitación, y hacia allí me dirigí sin muchas esperanzas, pensando que ya no me quedaba otra alternativa, y que una familia necesitada de dinero quizás fuera menos exigente que el dueño de una pensión.

La persona que me recibió cambió el curso de los acontecimientos: era la profesora Estefanía, mi profesora de Lengua del primer año del secundario.

Me corresponde ahora aclarar que mis primeras sensaciones de vida plena se las debía a Estefanía. Tenía ella cuarenta años y yo trece cuando la conocí, y aunque yo estaba en conocimiento de los detalles del sexo desde comienzos de aquel año, confieso que fueron los pechos, las piernas, el culo y el pelo atado en rodete de Estefanía mi primer encuentro pulsional con el sexo opuesto. Los rudimentos del sexo me los había proporcionado aquella gobernanta que ya he mencionado: un día, estando yo ya en el instituto, se presentó allí y, sin más trámites que unas palabras con el director, me había llevado a su casa y me había adoptado como amante. No digo que me obligaba, porque yo realizaba la tarea con gusto, pero sí que me había llevado a su casa con el exclusivo propósito de que le hiciera compañía, se la metiera por el culo y le pegara. A diferencia de mis compañeros y amigos del primer año del colegio secundario, las primeras gotas de semen propio de las que tuve noticia me las arrancó el ano voraz de la gobernanta Diamadela, Augusta Diamadela.

Aunque, repito, Augusta no me obligaba a cogerla —ella sólo me lo sugería y yo siempre aceptaba—, lo cierto es que para mí aquel follar era una obligación, o un precio que pagaba por vivir en una casa y abandonar las instituciones públicas. Por eso fue Estefanía la primera mujer con la que realmente quise follar desesperadamente, con libertad y morosidad.

No me faltaba perversión en casa. Como dije, la mujer que me había adoptado me pedía que se la metiera en el orto y le pegara. Primero fueron unas cogidas simples por el culo.

«Así no me dejas embarazada», argumentó.

Luego me pidió que le tirara del pelo:

«Vas a ver que así aprieta más».

Efectivamente, en cuanto le tiraba del pelo, el ano se cerraba como una guillotina.

«Ahora, dale», me animaba.

Y yo le daba.

Siempre viviendo a medias, siempre inseguro de mi existencia,

pero le daba, y la llenaba de leche. Era, pese a todo, una gran alegría. Sin embargo, la casa era oscura, igual que la relación con Augusta. Recuerdo que me sentía habitualmente melancólico luego de acabar, y hasta la siguiente follada. Mucho más melancólico de lo que se sienten los amantes al regresar del paraíso. Estefanía era la luz del deseo. Sus pechos opulentos evocaban en mí aquella leche materna que no sabía si alguna vez había probado, sus piernas auguraban maravillas ocultas, su vulva efectivamente oculta prodigaba la ilusión de una frontera que yo aún no había cruzado, y su culo era mejor que el de Augusta. Me preguntaba, en aquellos instantes ardientes de mi adolescencia, cuánto tiempo sería capaz de chuparle el culo a Estefanía: dos horas, tres, medio día. Me tomé el tiempo con el culo de Augusta, imaginando que era el de Estefanía, y por mucho que me pedía que se la metiera, que me detuviera porque no podía más, llegué a pasar una hora y cuarenta y cinco minutos chupándole hasta donde me llegaba la lengua, dentro de su ano y por fuera. Con Estefanía, no tenía dudas, hubiera aguantado cuatro o cinco horas.

Pero no pudo ser. Pasé aquel año con la verga pegándome contra el pupitre, parada como un dolmen, caliente e incapaz para aprender la más mínima noción del sujeto y predicado.

Estefanía era tan formal, tan elegante, tenía tanta clase, que la sola idea de presentarme como alumno para suplicarle que me permitiera chuparle el culo —o tan sólo compartir un café— se me antojaba merecedora de un cachetazo, una visita a la dirección o la expulsión del colegio. Concluyó el año lectivo y no volví a verla. Nadie me dijo si había dejado voluntariamente el colegio o si la habían echado. Se esfumó, como la mayoría de las cosas de mi vida, y como yo mismo, incidentalmente, tantos años después.

Encontrármela en la última habitación que le restaba a mi esperanza, a los casi treinta y cuatro años, vital ella a sus sesenta, fue un severo golpe contra el aspecto inexistente de mi vida. O una importante corriente a favor de la existencia, como se quiera, por muy oscura que esta resultara.

—¡Profesora Estefanía! —exclamé—. ¿Usted alquila la pieza?

—Alquilo una habitación. ¿Usted quién es?

—¡Soy Saroka! —grité—. Aristóteles Saroka: fui su alumno en

primer año del colegio Belgrano. ¿Me recuerda?

Se puso lívida. Le tembló una mano, y la boca se le torció en un comienzo de parálisis. Pero finalmente habló:

—No, no lo recuerdo a usted. Pero había otro griego, ¿no?

—Sí —contesté—. Mikis Papadópulos.

Estefanía asintió.

—¿Y cómo me encontró?

—No la encontré… Perdón… No la estaba buscando. Vine por la habitación.

—Es demasiada casualidad, ¿no? —preguntó con recelo.

—No, profesora. Es más que casualidad. Es un milagro. Pero haga como quiera. —Y saqué de mi bolsillo todos los dólares que tenía, más de mil—. Puedo pagarle esto por adelantado.

Estefanía tomó el dinero en sus manos y lo tuvo allí, mientras me miraba, temerosa de que lo reclamara o se lo quitara. En suma, de que hubiera alguna trampa.

—Es suyo desde ya si me alquila la habitación.

—Pero esto es el pago por dos años…

—Son suyos si me deja quedarme desde hoy —dije.

—Pase —dijo la profesora Estefanía.

2

Una vez conseguida la habitación, el encuentro con la profesora Estefanía Garabagi me impulsó a salir para comprarme ropa nueva.

Mis anfitriones no eran exactamente una familia, sino la pareja formada por Estefanía y Pedro, su marido. El departamento, en el cuarto piso, consistía en un living comedor con balcón, una cocina, la habitación matrimonial en suite con el baño, y un pasillo angosto y oscuro de unos dos metros que separaba estos ambientes del baño y la habitación de servicio, donde yo dormiría.

Este último baño consistía en una ducha casi encima del inodoro. Bajo esa regadera no sólo debía bañarme, sino también lavarme los dientes y realizar las demás tareas matinales. Al sentarme en el inodoro, la regadera goteaba sobre mi pie izquierdo.

Pero estas incomodidades, comparadas con dormir en la calle y, antes, con la visión de mi esposa engarzada analmente por Ignacio, eran insignificantes.

Dormí cuanto pude —no mucho, porque me cuesta dormir de día— y salí a la calle a comprar ropa. Como no quería encontrarme con el matrimonio en el comedor diario ni en la cocina, hice tiempo para regresar bien tarde. Llegué cerca de las once de la noche, y no había ninguna luz encendida, excepto la de la pieza de Estefanía y Pedro, que se colaba por la puerta entreabierta.

Pasé raudo con mi bolsa de ropa nueva hacia la habitación y, cuando iba a probarme el nuevo *jean*, la camisa y los mocasines, descubrí que no me veía en el espejo. La habitación de servicio contaba con una cama individual, una ventana tras el respaldar y un espejo angosto frente al pie de la cama.

Era angosto el espejo, y estaba oxidado, sí, pero cualquier persona debería reflejarse en él. De inmediato supe —o intuí— que, en ese instante, a las once de la noche, Ignacio sodomizaba a Clarisa en mi antigua casa. Lo imaginé tomándola de los hombros, luego sujetándole el mentón y enterrándosela hasta límites desconocidos por ellos mismos.

En los dos primeros días de vagabundeo por la calle, al parecer no me había vuelto invisible ni una vez. Seguramente Clarisa había evitado a Ignacio, preocupada por mi ausencia. Ahora, tal vez Ignacio mismo había concurrido a mi antigua casa a consolarla por la desaparición de su esposo, y habían terminado follando por el culo. Son cosas que pasan.

Pero fue tal el desagrado que sentí al ver confirmadas mis sospechas de que, cada vez que cogieran por el culo a Clarisa, yo desaparecería (y, mucho peor, que tal vez, durante el resto de mi vida, sabría en qué momento estaban sodomizándola), que decidí suicidarme. Era tan fácil como romper silenciosamente el espejo y cortarme las venas con un trozo de vidrio. Sin embargo, además de que me parecía un gesto de ingratitud hacia Estefanía ensuciarle la habitación de ese modo, dejarle el estropicio, las preguntas policiales…, la verdad es que no quería matarme. Me daba pereza.

Yo sé que muchos otros en mi lugar hubieran festejado su invisibilidad temporal, la hubieran aprovechado para cometer todos

y cada uno de los desmanes que imaginaríamos si estuviéramos en posesión de semejante poder. Mas mi invisibilidad era el producto de una circunstancia trágica, anal, y yo no podía disfrutarla.

Fuera como fuese, me dije que el único modo de huir en ese instante de la desesperación era fisgonear en la habitación de Estefanía y Pedro. Un duende vengativo me sugirió la idea: una pareja, Clarisa e Ignacio, me había desplazado de la condición humana; yo ahora me dedicaría a observar a las parejas, como si se tratara de una especie enemiga.

Caminé con cautela, pues ignoraba si hacía ruido y cuánto me duraría esta nueva racha de invisibilidad. No me costó colarme por la puerta entreabierta. Pedro tenía la cara hacia el techo, con los ojos cerrados y el diario tapándole los genitales, pero no dormía. Estefanía se sobaba sus propios pezones.

—Déjame cogerte —dijo Pedro con los ojos cerrados.

—No quiero —respondió Estefanía—. Me quiero masturbar. ¿Por qué no tengo derecho a masturbarme en mi casa?

Pedro y Estefanía eran dos viejos de sesenta años, pero su diálogo parecía el de dos semidioses. Estefanía tenía la piel tersa. El vientre, aunque flácido, era chato. Y ni siquiera la papada me la hacía menos deseable. Se masajeaba los pezones con movimientos circulares de los dedos. Se llevó un pezón a la boca, luego lo retiró y sacó la lengua. Una lengua roja, morada, gruesa, chupó el pezón alicaído. Como si remara contra el tiempo, el pezón se tornó rosa y cobró nueva vida.

—Te la quiero meter —dijo Pedro.

—Me quiero pajear —dijo Estefanía, y bajó una mano hasta llegar a la argolla.

Pedro abrió los ojos y la miró. Una mano de Estefanía continuaba en el pezón, ahora frotándolo como una lámpara maravillosa, con la palma, y la otra entraba y salía de la concha.

—Por lo menos pajéate para mí —dijo Pedro—, mostrándote.

—Si quieres, me puedes mirar —dijo Estefanía.

Pedro irguió la espalda. Estefanía se puso en cuatro patas, frente a Pedro, y comenzó a masturbarse con la misma mano el clítoris y el ano.

Pedro le acercó la verga a la boca, pero Estefanía cerró esta con

fuerza, no se permitió siquiera jadear, para que su marido no pudiera recoger ni la saliva de sus labios. Pedro bajó de la cama y se colocó detrás de Estefanía. Le apoyó la verga en el ano.

—Sácala de ahí —dijo Estefanía.

—Te amo —dijo Pedro—. Te quiero coger.

—No me importa. Dijiste que querías mirar. Saca ya mismo la pija de ahí.

Pedro resopló y salió de la habitación con la pija baja. Cayó sobre el sillón y cerró nuevamente los ojos. Yo, invisible, pero con la verga tan parada que temí me delatara, ocupé el lugar que Pedro había dejado, aunque sin permitir que mi glande rozara el ano. Me la sacudí un poco. Después me retiré a mi habitación. Me masturbé vigorosamente y, al acabar, noté que mi imagen había regresado al espejo.

3

Los días transcurrían sin mayores novedades. Pedro pasaba gran parte del día en la casa, tomando pastillas de distintos colores. Estaba desocupado.

Estefanía continuaba enseñando Lengua y Literatura en dos colegios estatales y uno privado. Aunque la entrada a la casa era una, me bastaba con llegar a las once de la noche para no cruzarme con ninguno de los dos. Pero ansiaba el momento en que, por cualquier motivo, Pedro se ausentara y pudiera conversar a solas con Estefanía.

Pasó un mes. La desdicha no afectó especialmente a mi trabajo: mantuve mi ritmo. Traduje dos libros y un manual cada treinta días. La invisibilidad comenzó a atacarme sólo de noche y muy pronto intuí por qué: Ignacio y Clarisa seguramente habían comenzado un romance formal y, como sucede en las parejas, limitaban sus encuentros sexuales al horario nocturno, a diferencia de su época de amantes furtivos, cuando —como el día en que los descubrí— debían hacerlo en cuanto se les presentara la oportunidad: por la tarde o por la mañana, mientras yo no estuviera en casa.

A Ignacio debía de gustarle mucho follarla por el culo, porque yo desaparecía día sí, día no. No podía dejar de imaginar el orto de Clarisa modificando su estructura molecular por gracia de los embates penianos, abriéndose, batallando para dar placer sin rasgarse. ¿Qué le diría? ¿Qué gemidos emitiría, qué palabras? Al final de ese mes me dije que no regresaría con Clarisa ni aunque me lo pidiera de rodillas, porque ya no podría soportar la idea de encontrarme con un ano distinto al que yo había conocido. Y, al final de ese mes, también logré por primera vez desde mi llegada a la casa, sin contar la brevísima entrevista inicial, hablar a solas con Estefanía.

Llegué a las once de la noche y Pedro dormía profundamente en el sofá, con un frasco de pastillas en el piso, junto a sus pies despatarrados.

Pobre hombre: la mitad de su cuerpo en el sofá, y la otra mitad en el suelo. Como yo, con medio cuerpo adentro y medio afuera de la vida. Poco sorprendido, debido a la hora, no me encontré en el espejo de la habitación.

Yo no estaba en mi habitación.

Caminé a la habitación de Estefanía con la esperanza de que estuviera despierta y pudiera observarla mientras miraba la televisión o, mucho mejor, aunque no esperaba tanta suerte, masturbándose a solas. Ni lo uno ni lo otro: dormía con la luz prendida. Roncaba como una vieja y, dormida, parecía una vieja. Es más, era una vieja. Pero yo levanté suavemente el acolchado que cubría sus senos y me masturbé mirándolos. Sin embargo, al ver que la verga no acababa de reaccionar, hice algo muy extraño: me acosté a su lado. La abracé con fuerza y, curiosamente, sin apoyarle la verga entre las nalgas, me dormí sintiendo el aroma que emanaba de su piel. Me despertó ella a las dos de la mañana. Por el modo en que se dirigió a mí, supe que el efecto de la invisibilidad había caducado.

—Supongo que alguna vez tenía que pasar —dijo Estefanía.

—Pero no pasó nada —dije.

—Claro, simplemente se equivocó de cama —ironizó ella—. Y como yo soy tan flaca y frágil, ni se dio cuenta. ¿Dónde está Pedro?

—Dormido dentro de un frasco de pastillas —dije—. En el sofá.

—¿Y usted qué hace acá?

—Profesora —le confesé—, desde los trece años quiero coger con usted. Una bruja mala me llevó a vivir a su casa. Me ordenaba que la cogiera por el culo y le pegara. Debía darle pellizcos en las nalgas, tirarle del pelo, morderle los hombros hasta dejarle marcas. Pero yo quería coger con usted, mi amor. Perdón, profesora Estefanía. Yo a los trece años realmente la amaba.

Estefanía me acarició el pelo.

—¿Y por qué nunca me lo dijo?

—Pues mire, profesora Estefanía, yo era muy chico. Apenas si había eyaculado por vez primera unos pocos meses atrás. No sabía cómo acercarme a una mujer. Pensé que era imposible.

Ella chistó.

—Salvo la felicidad, nada es imposible —dijo.

La frase me paró la verga.

—¿Y qué me quería hacer? —preguntó.

—¿En qué sentido? —repliqué en un susurro, para no despertar a Pedro.

—¿Cómo me quería coger? ¿Cómo se imaginaba que me la metía?

—¡Ah! —exclamé—. Lo pensé tantas veces, y de tantas maneras distintas, que ya no me acuerdo de ninguna. Pero tenga en cuenta que yo tenía que follar a la bruja, la gobernanta que me había llevado a dormir a su casa…

—No entiendo nada —dijo Estefanía.

—Soy huérfano, profesora Estefanía —le conté—, del orfanato pasé a un instituto, y del instituto me sacó una gobernanta, la señorita Augusta Diamadela, gracias a la cual pude estudiar en el colegio Belgrano. Pero, a modo de pago, la enculaba y le pegaba. Así que, con usted, me imaginaba algo suave.

—¿Te obligaba a pegarle? —me tuteó.

—Sí.

—¿Con qué?

—Chirlos en las nalgas. Cachetadas en el rostro. Meterle cosas en el ano. Azotarla con un cinturón. Una vez me pidió que le meara en la cara.

—¿Y se la measte?

—No, creo que eso no lo hice nunca. Me lo pedía mientras cogíamos, y mientras cogía no podía mear.

—¿Con un cinturón en el culo? —repitió.

—Sí.

La profesora Estefanía Garabagi se incorporó en la cama, quedó por un segundo arrodillada de espaldas a mí, y saltó de la cama al suelo y al armario. Por un instante, su culo gordo, amarillento, flácido, se flexionó como el de una gacela y pareció revivir.

—Cuando se arrodilla, profesora —reconocí—, su culo me enloquece.

—Pero es la primera vez que me ves —dijo abriendo una puerta del armario.

—Me vuelve loco —repetí. Tenía la verga en guardia.

—¿Un cinturón como este? —preguntó mostrándome un cinturón masculino de cuero blanco crudo.

—No —le informé—. El de Augusta era un cinturón marrón, que se ponía siempre con un vestido. Pero yo no necesito esas cosas, profesora. Con usted, imaginé suavidades. Por el culo también, quizás, pero suave. Y ahora que la encuentro en su senectud, y yo también en mi vejez, más suave me lo imagino todavía.

—¿Usted en su vejez? —exclamó en un susurro—. Pero si no tiene treinta años…

—Pero me estoy muriendo, profesora.

Me habló con una inclemencia que no me asustó:

—No me diga que tiene sida.

—No, no —la tranquilicé—. Ni ninguna otra enfermedad. Me estoy muriendo porque mi esposa se deja encular por otro.

—Ah, una enfermedad ignota —dijo Estefanía—. Contrate una bruja, entonces. —Y dejó caer el cinturón de cuero crudo sobre la cama.

—Existen enfermedades ignotas, incluso sobrenaturales —respondí—. Pero nadie conoce el remedio. Mucho menos las brujas. Vulgarizamos la verdadera vida sobrenatural cuando pensamos que alguien tiene dominio sobre ella.

—No sabe cuánta razón tiene, Saroka.

—Gracias por llamarme por el apellido, profesora. Y guarde ese cinturón, porque yo quiero tratarla como a una reina.

—Pero a mí me gusta que me rompan el culo.

—Entonces póngase ya mismo en cuatro patas.

No había terminado de colocarse cuando, sin lubricar, se la estrené hasta el fondo del culo. Ahora sí, hasta el final, hasta licuarle el horizonte. Su ano de chocolate se extendió hasta enguantarme la verga con la consistencia de un viejo terciopelo. Tomé el cinturón por el medio y comencé a pegarle en una nalga y en la otra, en el cuello y en la espalda, y le tiré del pelo. Sabia, Estefanía reprimía los gritos, pero gozaba del dolor. Le metí el cinturón enrollado en la boca, descubrí una cantidad de pequeños pelos rodeándole el ano y se los tironeé mientras acababa.

Se sacó el cinturón de la boca para decir: «Me cago».

Y me salieron unas gotas más de leche.

Se dejó caer a mi lado y me tiró un beso con los dedos.

—¿Por qué no deja que su marido la coja? —quise saber.

No preguntó cómo conocía yo ese dato. Simplemente respondió:

—Es una larga historia. —Y apagó la luz.

Por prudencia, me fui a dormir a mi pieza. El destino nunca era del todo benévolo conmigo: otra vez faltaba mi imagen en el espejo.

4

En los días siguientes un nuevo estímulo no reemplazó, pero sí compartió un espacio en mi tiempo espiritual con la desdicha de saber que, día por medio, Clarisa era culeada por Ignacio, a las once de la noche: mi deseo de garchar otra vez con Estefanía.

Pedro no había vuelto a quedarse dormido en el sofá, y tampoco salía de la casa.

Pero una noche Estefanía vino a buscarme a mi habitación y me dijo:

—Le puse un somnífero en el vino.

—¡Lo va a matar! —dije.

—No estoy loca —me respondió—. Ya averigüé: duerme hasta mañana y nada más. Quiero coger contigo. Me rompiste bien el orto. Me gustó cómo me pegaste.

—Usted me tutea y me trata de usted alternativamente —dije.

—Tú no te diste cuenta, pero me hiciste llorar de dolor —continuó impertérrita—. Es lindo llorar.

—Si a usted le gusta, lo que usted quiera.

—Pero lo dormí para que pudiéramos charlar. Quiero que me la metas bien adentro, no te quepa duda. Pero ¿no te gusta charlar?

—Claro que sí —dije.

—¿Cómo sabes que mi marido no me coge?

—Usted no lo deja.

—Sí, sabes mucho. ¿Cómo te has enterado?

—Ay, profesora. Eso también es una larga historia.

—Bueno, para eso lo dormí.

Le conté el prodigio de mi invisibilidad. Su reacción me desarmó: soltó una sincera carcajada.

—¿Le resulta inverosímil? —pregunté, tratando también de sonreír. Porque por mucho que me doliera su reacción, no quería perderla. Sin tenerla, había sido mi primera mujer. Y quizás fuera la última.

—Para nada —me dijo—. No imagino cómo un hombre de tu edad puede seguir vivo después de ver que su esposa bien amada le entrega el ano a otro. Desaparecer físicamente sin morir, después de todo, es una reacción leve. Al menos tú se la habías metido en el culo varias veces. Supongo que Pedro, a quien no dejé siquiera apoyarme, si ve que otro me la mete por el culo, se muere.

—¿Nunca lo dejó siquiera apoyársela en el culo?

—Nunca lo dejé cogerme —sentenció con calma Estefanía.

—¡¿Pero cuánto llevan de casados?!

—Veinte años.

—¿Cómo puede ser?

—Te dije que era una larga historia.

—¿Nunca intentó abandonarla? ¿No tiene otras?

Estefanía hizo que no con la cabeza.

—Está pegado a mí. Los jovencitos se confunden cuando piensan que el hombre y la mujer, mientras hacen el amor, son uno. Cuando cogen bien, pueden separarse y pensar cada uno en sus cosas, como debe ser. Pero cuando una mujer no deja que un hombre obsesionado la coja, entonces son uno. El hombre no puede hacer

otra cosa.

—Explíqueme, profesora —le pedí.

—Habrás notado que, el día en que llegaste, yo me mostré recelosa.

—Como si sospechara algo…

Asintió.

—Déjame que te muestre una cosa.

Me llevó de la mano a su pieza. Pedro roncaba en la cama. Tomó una silla y la puso junto al armario de donde había sacado el cinturón de cuero. Se paró en la silla y comenzó a buscar algo en los compartimentos superiores. Bajo la falda del camisón, le vi una tanga blanca de la que escapaban sus dos viejas nalgas, abundantes y amarillentas.

—Profesora —le dije—, ¿puedo chuparle el culo?

—Claro, mi amor.

Había encontrado ya lo que buscaba en el armario, pero no bajó de la silla porque mi lengua, que le lamía el ano, la mantenía en lo alto. Profundicé, cavé, investigué, pistoneé como una máquina con mi lengua. Sólo usé las manos para correr la tira de la tanga blanca y separar un poco las nalgas.

—Sáquese la bombacha, mi amor —pedí.

—No, porque me vas a tener que sacar la lengua.

—Sáquesela —ordené.

Se la quitó y la arrojó, creo que adrede, sobre la cabeza dormida de Pedro.

—Siga, siga, siga —suplicó—. Puto.

—Puta, puta, puta —la halagué.

—Ay, cómo me chupa el culo.

—El ano, profesora, hable con propiedad.

—Qué lengua parada, parece una pija.

—Qué culo estrecho, parece una gacela.

—Chupe el culo y no hable, puto.

—Disfrute y calle, puta de mierda.

—Ay, puto.

—Puta de mierda.

La bajé, casi la tiré, de la silla; apenas vi lo que tenía en la mano, porque de inmediato la puse boca abajo en la cama. Recién

cuando extendió los dos brazos, uno de ellos sobre la cara de Pedro, noté que dejó sobre la mesita de luz una sirena de cobre. Le abrí las nalgas y enterré la pija.

—Ay, mi vida, hágame cagar.

—Tome hasta los huevos, profesora.

Mientras le bombeaba el culo, el brazo de la profesora Estefanía Garabagi descendió hasta la pelvis de su marido. La mano de la profesora bajó la bragueta del marido dormido y sacó la pija, también dormida.

—Sáquemela un minuto —pidió.

Y como intuí que era una propuesta a futuro, la saqué.

—Métela acá —sugirió Estefanía, y abrió la boca roncante de Pedro.

—No —dije—. Eso no. Sosténgale la pija, si quiere. Pero eso no.

Y sin que soltara la pija del marido, la tiré contra la cama, otra vez boca abajo y terminé de hacerle el orto. Me desleché con un grito que sólo oyó ella. El hombre no se despertaría.

—¿Por qué no quiso meter la pija en la boca de Pedro?

—No sé —respondí—. Me parece algo homosexual.

—Pero si está dormido… —dijo desestimando mi argumento.

Sin embargo, no insistió. Se abrió los labios de la vulva y, dándome los pechos, enterró en su cuerpo la pija parada del marido.

—Es la primera vez que me la mete —dijo muy caliente—. Y no lo sabe. Ni lo sabrá nunca.

Yo no le contesté: sus tetas me calentaban demasiado, y no deseaba hablar de ninguna otra cosa mientras las chupaba y tocaba. Eran las tetas de una vieja de la que yo había estado perdidamente enamorado cuando tenía trece años.

Súbitamente, la escuché decir:

—¡Saroka! ¿Dónde está?

Y la pobre acabó sobre su marido, con mi lengua en sus pezones, sin poder verme. Entonces comprobé que mi semen sí se veía, pues le regué los pezones en el segundo polvo, que me llegó inmediatamente.

—Saroka, ¿me escucha?

—Sí —grité.

Pero al parecer ella no oyó nada.

—¿Me escucha? —grité, aún más fuerte.

—Imagino que está usted aquí —dijo—, porque me acaba de empapar de leche las tetas. Cuánta leche, Saroka. Estoy comenzando a pensar que su esposa se perdió algo grande. Perdone que hable con tanto atrevimiento de su desdicha; y le pido perdón porque usted, con tanta pija, me está empezando a ablandar. Pero ¿sabe?, para nosotros, los ancianos, las cosas ya no son tan graves. Un hombre se la mete en el culo a una mujer… Bueno, entiendo que para usted sea la muerte. Pero una señora como yo ya no puede tomárselo tan a la tremenda. Y menos aún ahora que usted hizo de mi culo una empanada con relleno de su verga…

No había terminado la frase cuando reaparecí.

—¡Saroka! —gritó. Y me besó los labios. Luego, entusiasmada, le chupó un poco la pija al marido—. Basta —se dijo a sí misma—. A ver si resulta que me acostumbro. —Le metió la verga parada nuevamente en el pantalón: abultó unos minutos, y luego descendió —. ¿Cómo hizo para reaparecer?

—Fue muy extraño —dije con el corazón latiendo a una velocidad inusitada—. Creo que hubo algo de voluntad. A ver, déjeme comprobar una cosa.

Le apreté un pezón y cerré los ojos. Dejé que la desdicha me subiera desde el vientre y agregué oleadas de desesperación sexual. Pero no ocurrió nada.

—No —concluí—. Pensé que con un esfuerzo de la voluntad podía determinar mi reaparición. Pero ahora traté de utilizar lo que siento cuando desaparezco, para hacerme invisible, y ya ve, acá estoy. De modo que lo más probable es que Ignacio le haya echado un polvo rápido por el culo a mi ex mujer, y por eso reaparecí enseguida. No lo puedo controlar.

—Uno de esos polvos en los que la mujer chupa mucho y, un minuto antes de acabar, el hombre se la mete en el culo.

—Eso —aprobé.

—Pero le puedo asegurar que una chupada de culo como la que usted me obsequió, eso, no creo que muchos hombres puedan brindarlo, mucho menos el tal Ignacio.

—Gracias —dije—. Pero cuénteme de la sirena.

Estefanía pegó unas palmaditas en la verga de Pedro, y le dio un golpe irritante con el dedo índice en el lóbulo de la oreja.

—Cuando usted llegó a mi casa, Saroka, me asusté un poco, porque a mí me echaron del colegio Belgrano por el otro griego.

Y por esta sirena. Me asusté porque pensé que venían a buscarme, desde los confines del tiempo, para seguir dañándome, jodiéndome.

—¿Le hizo a usted algo malo el griego?

Estefanía dudó.

—Quizás trató de engañarme. Me dijo que esta sirena concedía deseos.

La miré incrédulo. Yo sí creía en los poderes de las sirenas, pero se me antojaba inverosímil que una profesora de Lengua hubiera creído, a sus cuarenta años, semejante historia.

—Toda mi vida, Saroka, he enseñado Literatura. Y cuando no me permitieron enseñarla, me he dedicado a leer; me he pasado la vida leyendo acerca de genios, magos, prodigios y sucesos imposibles… Por otro lado, durante toda mi juventud fui una mujer muy atractiva. No digo hermosa, pero sí muy atractiva. Los hombres babeaban por mí…

—No necesita decírmelo, profesora.

—Sin embargo, de pronto, a los cuarenta años, al ver la reacción de tal o cual amante, comprendí que se me acababa el tiempo. Y que no lo había aprovechado lo suficiente. Por elección, no me había casado. Le había dedicado más tiempo a la docencia que al amor. No había aprovechado todo lo que la vida me había dado: no había tenido todos los hombres que había querido y, mucho peor, no había tenido a ciertos hombres que me volvían loca, hombres casados o mucho más jóvenes que yo. Y sabía, sabía como uno puede saber que existe.

No la interrumpí, pero la expresión de mi cara la obligó a hacer una pausa.

—… como uno puede saber que existe —siguió—, que a partir del año siguiente ya no podría conseguirlos. Comenzaría a sentir la indiferencia de los hombres, los rechazos, la falta de atención. Una arruga surcaba uno de mis pechos, la nalga izquierda ya no estaba pegada a la derecha, las caderas comenzaban a desdibujarse…

Tenía cuarenta años, Saroka, y era mujer.

—¡Pero era una diosa! —dije.

—No hubiera pensado lo mismo si me hubiera cogido una vez —respondió templada.

—La he cogido ahora y le repito que es una diosa.

Estefanía sonrió.

—Usted es muy bueno. Pero cuando su amigo griego me vino con este cuento de la sirena, le creí.

—No era mi amigo.

—El único otro griego que había. Le creí, y todavía le creo.

La observé en silencio.

—En mayo de aquel año, después de impartirles una clase en la que hablamos de *La Odisea*, Papadópulos se acercó a mi escritorio, durante el recreo, y me dijo que aquella sirena era unos siglos posterior al viaje de Ulises. Nadie sabía cómo había llegado a su familia, siglos atrás, pero desde entonces la habían pasado de generación en generación. La sirena concedía deseos. Le respondí que me parecía una historia encantadora, y que la compartiera con la clase. No, no. La sirena, replicó Papadópulos, no podía compartirse: por el contrario, él seleccionaba con cuidadosa precisión a la mujer depositaría de semejante beneficio, porque la sirena sólo concedía deseos a las mujeres. «¿Y por qué yo?», le pregunté. «Porque es la única mujer que conozco», me respondió, «que podría ser una de las sirenas que retuvieron a Ulises».

—Pero no lo retuvieron —dije.

—Según Papadópulos, sí. Como se imaginará, Saroka, ahora que somos grandes, la historia, por muy encantadora que fuera, no sonaba más que a una fábula contada por sus abuelitos. Pero yo estaba desesperada, no quería envejecer. Y el griego venía todos los recreos, con la sirena, diciéndome que suspiraba por el momento en que yo quisiera realizar el rito, para concederme el deseo. Para que la sirena me lo concediera. —¿Tenía trece años, realmente?

—No los aparentaba, ¿no? Ya nunca lo sabremos. Tampoco sé si era un ser humano u otra clase de ser. Pero yo no podía dejar de pensar en qué le pediría a la sirena: le pediría dos años. Dos años más de un cuerpo rozagante, macizo, atractivo. Que congelara mi cuerpo en el tiempo por dos años.

—No fui yo la que se acercó a pedirle que lo intentáramos. Pero en marzo, un día de un calor imposible, el griego, luego de una clase de matemáticas, me encontró en el aula, sola, corrigiendo unos exámenes. Entró al aula y me contó la historia de Ulises y las sirenas…

—Pero usted ya la sabía.

—No como él me la contó. En la leyenda original, las sirenas cantan y Ulises logra eludirlas haciéndose atar al mástil del barco por sus marinos, a los que les ordenó que no lo soltaran por nada del mundo. Kafka hizo una relectura de este mito: las sirenas, dice Kafka, poseen algo peor que su canto, su silencio. Cuando el barco de Ulises bordeó la isla, las sirenas callaron, sostiene Kafka, permitiéndole creer que las había vencido. Pero en la relectura de Kafka hay una digresión inexplicable: dice que Ulises colocó tapones de cera en sus oídos para no escucharlas. ¿De dónde sacó eso? Si se tapó con cera los oídos, ¿para qué se hizo atar al mástil? Todo esto exponía Papadópulos, como si se tratara de una clase. Kafka estaba sólo cerca de la verdad, me dijo Papadópulos. Como la literatura, a un paso de la verdad. Las sirenas tienen algo peor que su canto, a saber, no su silencio, sino sus chupadas de verga.

—¿Así lo dijo? —pregunté sonriente.

—No. Lo dijo con más sutileza. Pero eso fue lo que dijo. Ni Hornero ni Kafka conocían la verdad como la conocía aquella sirena de cobre. Ulises había sido derrotado. Tenga en cuenta, Saroka, que en aquella aula, en marzo, con el calor inhumano que hacía, yo sudaba a mares, bajo mi camisa blanca y un corpiño que por entonces sostenía dos verdaderos pechos…

—No me lo recuerde, profesora, que no puedo olvidarlos.

—El sudor impregnaba la camisa hasta volverla transparente, y el griego, por muchos esfuerzos que hacía por comportarse como un señor, no podía evitar mirarme los pezones pegados a la tela por la humedad. Se le paró la verga, su verga de trece años.

—A mí también.

—Papadópulos me contó que Ulises, soliviantado por las propuestas que cantaban las sirenas, se las arregló para deshacer los nudos que lo ataban al mástil. Si Houdini podía, ¿cómo no lo lograría aquel griego que había vencido a Polifemo? Sus marineros

no pudieron detenerlo. Las sirenas querían soplarle la polla, chuparle la verga, mamarle la pija. Como usted quiera. Ulises permaneció en la isla, dejándose chupar la pija hasta perecer de inanición. Pero cometió una travesura a favor de la Historia: impartió instrucciones a uno de sus marinos para que se hiciera pasar por él. Las sirenas, con sus poderes mágicos, ayudaron a modificar el rostro del hombre que fingiría ser Ulises; las diversas semidiosas que adoraban a Odiseo le concedieron la voz y los gestos. Y aunque aquel marino nunca terminó de parecerse al verdadero Ulises, habían pasado más de diez años desde que marchara a Troya, y Penélope y Telémaco estaban demasiado ganosos de recibir a su esposo y padre como para ponerse a buscar los pelos en la leche.

»Ulises permaneció en la isla, entregado al placer de las sirenas, hasta su muerte. Las sirenas no conocían otro modo de satisfacer a los hombres, y por eso eran las mejores: utilizaban sus pechos, sus manos y, ya lo sabemos, sus bocas. Aquella sirena de cobre podía conceder un deseo a la mujer que fuera capaz de hacerle una mamada a un hombre como las sirenas habían hecho con Ulises. Capaz de detener a un hombre en el tiempo o en su retorno a casa.

»Papadópulos terminó de contarme esta historia, aquel marzo de hace veinte años, con la verga afuera, parada hasta el mentón, y la sirena parada junto a mi rostro, en el escritorio… Tenía unos huevos peludos que parecían de hombre grande, y una pija gruesa, pero que sería corta para siempre, por muchos años que pasaran. Le apreté los huevos y me metí la verga en la boca mirando a la sirena. Caímos al suelo. Continué arrodillada, con él en el suelo, sin dejar de mirar a la sirena. Me tocó los pezones, pero yo no quería: se la quería chupar tan sólo para cumplir con el rito.

»Debo reconocerle, Saroka, que no me resultaba indiferente el que un pendejo de trece años se hubiera puesto tan caliente conmigo, ni me dejaban fría esos huevos peludos, y el grosor de la verga, pese su escasa longitud. Sin embargo, le aseguro que yo no hubiera hecho nada de lo que hice de no ser por la esperanza de conseguir la gracia de la sirena. De ahí que yo no quisiera que tocara los pechos; ni siquiera quería coger con él.

»Como yo deseaba que el chico acabara rápido, lo empecé a

pajear. Retiré la cara un segundo para pajear sin chupar, y luego volver a metérmela en la boca, un recurso que siempre les apura la leche. Y entonces descubrí que el director nos miraba tras la ventana. Aunque después lo negó, en su cara se notaba que se relamía. Sea como fuere, un instante después, el director desapareció de la ventana, y yo me detuve…

»“Pero si no terminamos…”, se quejó Papadópulos.

»“Terminamos”, respondí mortificada, mirando a la sirena como si esta pudiera consolarme.

»“La sirena no cumple si el hombre no acaba”, dijo Papadópulos.

»“Usted todavía no es un hombre”, respondí.

»“Y usted, por el resto de su vida, no será más que una mujer”, dijo iracundo.

»Se retiró, metiéndose la verga a las apuradas en el pantalón, y me dejó la sirena sobre el escritorio. Supe que había rendido bien matemáticas, y nunca más volvimos a vernos.

»El director me mandó llamar, y fui con la sirena en la cartera. Me ordenó que abandonara el colegio ese mismo día. Yo le rogué que no revelara los motivos de mi expulsión: la docencia era mi vida. Si me expulsaba con esa mancha en mi legajo, no me tomarían en ninguna otra escuela.

»“Lo hubiera pensado antes”, me dijo, con una mirada en la que se leía, más que indignación, envidia por el alumno.

»“A usted le gustó”, le espeté.

»“No sea insolente”, respondió, yo podía ver el afrecho en sus ojos, “y dé gracias que no la hago meter presa”.

—¿Cómo se llamaba el director del Belgrano? —la interrumpí.

—Pedro —dijo Estefanía—. Pedro Zambrano. Dejó de serlo aquel mismo año —añadió, y se volvió hacia su marido, que dormía—. Me buscó por todo el país. Yo había logrado que me contrataran como profesora de alfabetización, dos años después de aquello, en una cárcel del Chaco. Al final, este hijo de puta me mandó a la cárcel, pero no como presa. Fueron los peores años de mi vida, hasta que me encontró. Me dijo que aquel día de marzo se había prendado de mí. Siempre le había gustado, pero desde que me había pillado con el griego, ya pudo sacárseme de la cabeza. Primero me buscó por la capital. Después abandonó esposa e hijos, y se lanzó a

buscarme por todo el país. Venía para pedirme perdón, para hacerme su esposa y para ofrecerme el trabajo que yo quisiera. Él se las arreglaría. No podía dejar de pensar en mí.

»Yo creo, Saroka, que la sirena no fue ajena a este extraño resultado. Fíjese que el director, mi marido, aquí presente, me encontró chupando verga junto a la sirena. Es cierto que yo no hice acabar al griego, y por lo tanto no merecía pedir ningún deseo; pero se la chupé tan bien que la sirena de cobre sí me concedió la venganza.

—Puede ser —dije, absolutamente convencido de la veracidad de la historia—. Las sirenas son raras.

Estefanía sonrió.

—¿Y cómo su marido aceptó pasar veinte años a su lado sin cogerla?

Miró a la sirena por toda respuesta. Pero luego agregó:

—Recuerde a Ulises, al verdadero Ulises. Es posible que un hombre no encuentre la felicidad aunque ponga toda su voluntad en ello; pero no hay quien pueda detenerlo cuando va en busca de su destrucción.

5

Aquella noche dormimos cada uno en su cama, Estefanía junto a su marido embotado y yo en mi piecita de servicio, con todos nuestros secretos desvelados. Pasaron dos semanas sin que volviéramos a encontrarnos. Además, luego del éxtasis, nos atemorizó la osadía de haber garchado junto a su marido, de haberle sacado la verga del pantalón y culeado junto a su cara, temerosos de perder finalmente el control y ser descubiertos, con lo que arruinaríamos nuestra modesta y novedosa aventura; creo que también nos intimidó y, paradojicamente, nos alejó, el hecho de que nos hubiéramos contado todo el uno al otro. Habíamos estados desnudos frente a frente, como jamás, desde que la conocí, hacía ya veinte años, lo habíamos estado: debíamos dejar pasar varios días para aplacar esa vergüenza, ese azoramiento que asalta al hombre y

a la mujer que se ven por primera vez desnudos.

En aquellas dos semanas, sin embargo, aproveché mi invisibilidad para fisgonear en el cuarto de Estefanía y Pedro. Y conquisté algo a lo que antes sólo había aspirado: finalmente, logré hacer durar más o menos mi invisibilidad. No podía determinar en qué momento me volvía invisible, pero trabajando con mis entrañas, con mis sensaciones y mi voluntad, determinaba la durabilidad.

¿Cómo lo conseguía? ¿Acaso puede explicar un campeón de salto en alto cómo alcanza sus récords? Es un don: la intuición, la voluntad y el azar reunidos. Un don, de todos modos, maldito, porque se me ofrendaba a cambio del ano de mi amada Clarisa. «Ahora te están haciendo el culo, mi amor», pensaba, invisible, en la pieza de Estefanía y Pedro, «los nervios ocultos en los pliegues de tu ano gozan en este instante». La raja se te ha humedecido al punto de no saber si eres de tierra o de agua. El culo es de tierra, seguro, pero ¿de qué está hecha la grieta delantera bajo tu mata de pelo? ¿Te mete allí los dedos ahora? ¿Me extrañas, o he desaparecido de tu memoria con tanta eficacia como de la faz de la Tierra? ¿Lo besas mientras te la mete en el culo, como a mí tanto me gustaba? ¿Encuentra tu lengua la de él mientras su verga se interna en tu orto, para cerrar así un círculo oscuro, íntimo y perfecto? ¿Te toma del cuello, te lleva hacia sí por los hombros, te quita el aire de la garganta para que el ano, por la asfixia, apriete más? ¿Le pasas por la verga un trapo húmedo, tu boca, tus nalgas? ¿Le dices: «Mi rey, mi amo, rómpeme el culo»? ¿Le hablas de mí? Contéstame, Clarisa, dime algo, aunque sea invisible. Yo aún te amo: nunca regresaré contigo, pero te amo. Nunca más seremos esposos, pero te lo perdono todo.

Así penaba yo mientras miraba cómo Pedro le suplicaba a Estefanía que le permitiera meterle la verga en el monte de la concha, donde apenas si quedaban unos pelos ralos y canosos. Estefanía le pasaba las nalgas junto a la nariz y la boca, y le decía:

—Esto no es para ti.

—Déjame metértela en la raja —pedía él.

Hacía veinte años que repetía el mismo pedido, y todas las noches se convertía en un flamante pretendiente. A mí me calentaba

mucho. A veces parecía que Estefanía intuía mi presencia; y, pasándole el culo por la cara al marido, decía:

—Algún otro acá me la podría meter, pero tú no.

Perdida toda prudencia, en esas ocasiones yo acercaba la verga hasta dejarla entre las nalgas de Estefanía y la cara de Pedro. Y en un caso se me derramó una gota de leche sobre la alfombra. Salí corriendo a dejar el resto en el baño.

Hubo una noche especialmente violenta en la que Estefanía se posicionó en cuatro patas, de culo, frente a la cara de Pedro, a quien evidentemente algunas pastillas le habían dejado la verga en coma, imposible de parar, y le reclamó que se la metiera en el ano. Se lo pedía porque él no podía.

—¡Ahora en el culo, hijo de puta! —gritaba como una perra que acabara de aprender a hablar.

Pedro se desgañitaba con su verga contra el culo desafiante, y trataba de meterla a toda costa. Se agarraba de las nalgas de Estefanía y ella le cacheteaba las manos hasta que las soltaba.

—Te estoy diciendo que me hagas el culo, no que me lo toques. Métela ahora.

Pero el ano de Estefanía, por anciana que ella fuera, era aún firme y prieto, y una verga flácida no entraba, como no atravesaría un ejército desarmado la Muralla China. Me calenté de tal modo que, invisible, tomé a Estefanía del pelo y la llevé a la rastra a mi pieza. Cerré la puerta de golpe y le dije sin reparos, recobrando la visibilidad física:

—Hija de puta, mira cómo me la pusiste.

Mi verga nunca había estado tan grande y roja.

—Qué pedazo —dijo Estefanía. Y, juiciosa por dos, regresó corriendo a su pieza.

—¿Adónde fuiste? —escuché que le preguntaba Pedro. Yo ya no podía entrar.

—A mear, infeliz. Para sentir al menos algo en la concha.

—Te puedo meter los dedos.

—Mételos tú, mételos tú. Así. —Y Estefanía le metió un dedo en el culo.

Pedro pegó un respingo y soltó un grito ambiguo.

Permanecí tirado en mi cama hasta que se me bajó la verga.

Media hora después, ya no se escuchaba nada. Me levanté y me acerqué a la pieza matrimonial. La luz estaba apagada. En la oscuridad, todos éramos invisibles.

Estefanía salió de la pieza con un dedo en la boca, reclamándome silencio.

—Tomó una pastilla de más —me dijo—. Lo puso muy mal no poder metérmela.

Y dejó escapar una carcajada en sordina. Llevaba la sirena en la otra mano.

Vino a mi habitación y, aunque incómodos, nos acostamos el uno junto al otro en mi exigua cama.

Me tocó un poco la verga y se me paró de inmediato. Para mí no hay nada más excitante que haberla tenido muy parada, que se me baje, y luego de un rato me la vuelvan a tocar. El momento de mayor sensibilidad de mi verga es cuando aún está a media asta, poco después de haber alcanzado casi el clímax, sin acabar, y creo que Estefanía lo sabía.

—Tengo que confesarte algo —me dijo mientras sus dedos apenas rozaban mi verga, como si quisieran deshacer el nudo de un hilo de seda.

—Puedes hacer lo que quieras mientras me toques así —dije.

—Últimamente, en el colegio privado hay un pendejo que me vuelve loca…

—¿Sí? —dije excitado.

—Cuando tenía cuarenta años —siguió—, me halagaba que Papadópulos y tú quisieran culearme. Pero no me extrañaba: yo todavía era una jamona. Esas tetas, ese culo…, yo misma, cuando me miraba en el espejo, no podía evitar pajearme. No en vano le pedí a la sirena que me dejara como estaba por dos años. Pero ahora, mira lo que soy, un estropicio… Me he pasado la vida quitándole el culo a Pedro, hundida en la venganza.

—Eres hermosa —dije, procurando por todos los medios, dificultosamente, retener la leche.

Dejó escapar, valga la expresión, un sonrisa en la oscuridad.

—Tú sí que eres hermoso —me respondió—. No creo que haya otro hombre en el mundo capaz de amar a una mujer de mi edad. Ninguno que pueda alcanzar estas alturas con un material tan

deteriorado como yo. Eres un mago.

—Tú eres el culo y las tetas… No te olvido nunca. Eres amor.

—Mi culo es tuyo, siempre.

—Pero cuéntame tu pena —la invité al ver que, si seguíamos así, me iba a deslechar antes de tiempo.

—Hay un pendejo que me vuelve loca. Tiene quince años, es compadrito, altanero, pero buen pibe, rubio, apuesto… Y tiene una verga…, una verga… Se la vi el otro día en el patio, cuando los chicos hacían gimnasia. ¿Sabes?, el profesor de gimnasia los hizo formar una fila, para saltar el cajón. Todos iban con sus buzos de licra azul, las pijas apretadas. También él, Santiago, con su buzo de licra azul, la pija abultándole en el pantalón. ¡Ay!, mi amor. En la fila, el compañero que estaba delante de Santiago no pudo evitar rozarle el culo contra la verga tras el pantalón. Lo entendí perfectamente: esa verga es irresistible, no hay culo que pueda transgredir esa ley de gravedad: la verga de Santiago es la Tierra; y los culos, objetos que, atraídos por esa ley gravitatoria, acaban siempre cayendo sobre ella, ¿entiendes?

—La sigo, la sigo, profesora. Por favor, si vuelvo a tutearla, recuérdeme que usted es mi profesora.

—No sé si podré —dijo Estefanía apretándome la verga con su puño.

Cómo me gustaba que hablásemos los dos así en la oscuridad. Era otra clase de invisibilidad: la que nos permite olvidar las dificultades del cuerpo.

—No sé qué chiste hizo el compañerito para justificar que acomodara la verga de Santiago en su cola, algo así como que hicieran avalancha o pogo. Pero la quería sentir, aunque fuera a través del pantalón. Y seguro que aquel ano vibró. Como el mío…

—¿Se lo habrá hecho?

—Quizás, en el baño. Pero no creo. La excitación de rozar un culo furtivamente en una fila no puede repetirse fácilmente en un baño; es otra cosa. Al fin y al cabo, estamos hablando de hacerle el culo a un hombre.

—Es cierto —admití—. ¿Y usted qué quiere?

—Que me coja. Que Santiago me coja.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Dejarme que te la chupe delante de la sirena, y comprobar si es verdad el sortilegio. Ya te dije: yo todavía me creo lo que me contó el griego.

—Yo soy su griego —advertí.

—Tú eres mi Ganímedes —dijo saliendo de la cama y mostrándome su grupa.

—Pero eso no es chupar.

—Primero hazme el culo, a modo de recompensa anticipada. Y después te la chupo junto a la sirena.

De las veces que le había hecho el culo a Estefanía Garabagi, aquella fue la mejor. Por la ventanita entraba una claridad incierta, que se perdía en la oscuridad sin perderse del todo. Era la luz ideal para mi persona: una luz que no me introducía del todo en la vida ni me expulsaba de ella. ¿Cómo describir aquella sodomización, dulce, suave, poderosa y total, de una mujer de sesenta años? Yo diría que fue tabaco, café, chocolate, de todo eso estaba compuesto aquel ano y las sensaciones de mi verga en su interior. Sí: el aroma del tabaco, del café y del chocolate, tan prometedor, y siempre superior a su sabor, que era lo que mi verga percibía. Estefanía movía las caderas con la suavidad de una joven, entregaba el culo con la sabiduría de una mujer madura, se ofrecía toda ella con la desesperación de una anciana que sabe que ya no habrá más… Pero me veía obligado a sacar la verga para que ella pudiera chuparla.

—¿Ya quieres salir?

—Por usted —contesté.

—Por mí, déjala hasta mañana.

—No quiero acabar.

Sin convicción, me permitió sacarla. Quizás por un segundo intuyó que aquel estado de duermevela era aún mejor que su sueño. Pero yo quería que su sueño se cumpliera.

Se arrodilló junto a mi verga, yo aún de pie, y aferrándose a las bolsas de mis testículos, con un amor digno de un hombre existente, de un hombre al que no le hubieran culeado a la mujer, se metió mi virilidad en la boca, íntegra, restallante, mientras la sirena nos miraba. Movió hacia atrás y hacia adelante la piel del tronco de mi verga, y tardó nada en arrastrar el caudal de leche hacia su garganta, como una corriente marina, un tifón o un fenómeno de

nombre y naturaleza ignotos. Una luz desconocida alumbró entonces un rincón de la habitación y, de pronto, la sirena cobró vida. Se había transformado en un ser luminoso: el rostro de una belleza inhumana, los senos henchidos, antiguos y nuevos, el torso que anunciaba maravillas superiores, aunque la cola de pescado arruinaba el resto. ¿Cómo lograba tenerse en pie? No lo sé. Pero allí estaba, vertical, junto a nosotros.

—Pídeme tu deseo —dijo la sirena a Estefanía.

La profesora de Lengua no se amedrentó. No había estupefacción en su rostro, ni espanto ni atolondramiento. Sabía lo que quería y, luego de toda una vida dedicada a las historias inventadas, no había escollos entre ella y lo increíble.

—Quiero ser joven una vez más —dijo Estefanía.

—Lo sé —dijo la sirena—. Lo sé todo. Pero debes saber que a las doce de la noche volverás a ser tú.

—¿Cuándo? ¿Y, sobre todo, cómo?

—Cuando tú quieras —respondió la sirena—. Pero recuerda que a las doce de la noche se desvanecerá el hechizo. —Y desapareció.

Estefanía cayó sobre mi cuerpo, llorando, y ambos sobre la cama.

—Te amo —me dijo—. ¿Puede ser tan cruel la vida como para condenarme al amor ahora?

—Durmamos —sugerí.

6

Estefanía tuvo al muchacho. Fue una mujer de veinte años y se lo garchó, así me dijo, «me lo garché», luego de conquistarlo en un baile organizado por el curso de quinto año.

Lo llevó del salón, donde se celebraba el baile, al sótano del colegio; allí estaban, entre otras cosas, el material de gimnasia: el cajón, la colchoneta, las sogas, y también compases de madera y mapas.

Estefanía se dobló sobre el cajón, el vientre liso apoyado contra la superficie tersa de la cobertura del cajón, para que Santiago le

hiciera el culo. Le chupó el miembro joven, húmedo, reluciente, sentada sobre un enorme mapamundi. Lo invitó a meterle la punta de tiza del compás en el culo. Lo tuvo por la raja mientras le mordía los pezones. Era la primera vez para Santiago.

Poco antes de que dieran las doce, lo hizo acabar en su cara.

Eso no era semen. Era una sustancia divina, una crema de otro planeta. Y ese rostro mientras acababa, cómo se dilataban las fosas nasales de su rostro juvenil…

Estefanía salió corriendo del sótano, dejando al muchacho desconcertado. Se vistió como pudo mientras huía por una calle adyacente al colegio. A las doce en punto volvió a ser una mujer de sesenta años, con apenas unas monedas en el bolsillo, que se tomó un colectivo y regresó a su casa.

Estefanía llegó al departamento entrada la madrugada. No pudimos festejar porque, aquel día, Pedro estuvo especialmente despierto, hasta bien tarde, como si algo bueno le hubiera sucedido: era el aura de Estefanía, repleta, exuberante, que prodigaba maravillas en aquel cementerio de hombres derrotados. La felicité silente, con una expresión de gozo y amistad que no sé si vio.

El lunes, Santiago preguntó por ella. Primero, aula por aula. Luego, alumno por alumno, en el patio. Al terminar el día, llamó por teléfono a cuantos pudo. El miércoles comenzó a buscarla por el barrio, casa por casa. ¿Alguien conocía a una muchacha de veinte años llamada Estefanía?

La sirena no estaba en la casa. Luego de que cobrara vida, no pudimos hallar la estatuilla de cobre. Pero Santiago continuaba buscando a una mujer en este mundo. Entre el domingo y el jueves, no desaparecí ni una vez.

Sospeché que Ignacio y Clarisa se habían separado por algún motivo, o que él estaba de viaje. Estefanía no dejó de venir a visitarme ni una noche, arriesgando ambos aquella tregua en el dolor que habíamos tejido con tanta prudencia. Me contaba, mientras me sobaba los huevos, mi verga en su ano, que el muchacho seguía buscándola por todas partes. Y me contaba historias, también, la profesora de Lengua. Me susurraba cuentos, relatos, fábulas.

—Ya no quiero más de la vida —dijo—. Sólo morir.

—¿Y yo?

—Tú te vas a aburrir de mí antes de que encontremos otra sirena.

—Nunca —dije.

—Eres mejor que Ulises —replicó—. Seguirás viajé.

—Nunca, profesora. Yo me voy a quedar aquí. Usted es la sirena que me conquistó con su culo. Me quedaré en su isla hasta que muera. Voy a mandar a otro en mi lugar.

Estefanía se rio mientras yo acababa.

La noche del viernes fue distinta.

Estefanía me contó que, por la tarde, al terminar las clases, Santiago se le acercó y le confesó su historia. Llorando, destrozado, dijo que le hablaba porque sólo ella, la profesora que tantas historias les contaba, podría entenderlo.

Ella le acarició el cabello, lo escuchó y le habló con una ternura que ignoraba que poseía.

Inesperadamente, sobre todo para Estefanía, esta terminó chupándole la pija, allí mismo, a modo de consuelo.

Santiago se dejó chupar con especial complacencia y una expresión extraña, me dijo Estefanía, «como si en un rincón de su propia alma a la que él no tuviera acceso, supiera quién era yo».

—De todos modos —me reveló—, no le pude sacar tanta leche como cuando tuve veinte años. Se la chupé —me dijo en la oscuridad de la pieza de servicio, llorando de dicha y dolor—, se la chupé a los sesenta años. Casi me toca los pezones…

Y ese «casi» era lo que le dolía. Porque Santiago no le había tocado los pezones ni se los tocaría nunca. Lo impresionaba tocar los pezones marchitos, olvidados, de una mujer de sesenta años. Ambos lo sabían. Él intuía que algo extraño había ocurrido, pero no estaba dispuesto a arriesgar nada, ni siquiera a cambio de aquel amor prodigioso.

Estefanía dominó su pena contándome un cuento. Pero tras el relato latía el resentimiento: se internaba en la ficción para no ser arrastrada por la sed desquiciante.

—¿Recuerdas alguna fábula de Esopo? —me preguntó.

—¿Qué haya leído?

—No, de las que yo les narraba en el colegio, aunque eran ya un

poco mayores para eso.

—Puede ser. Quizás la de la tortuga y la liebre. O la del león y el ratón.

—Hoy me gustaría contarte la del chivo y el zorro. ¿La recuerdas?

—Creo que no.

—Un chivo baja a beber agua a un pozo profundo. Luego de saciarse, descubre que no puede salir. Un zorro, también sediento, lo encuentra y le pregunta si está buena el agua. El chivo asiente y el zorro desciende. El zorro bebe y le pide al chivo que apoye las patas delanteras en las paredes del pozo: lo usará como escalera, los cuernos como los dos últimos peldaños; y el zorro le promete al chivo que, al salir del pozo, le ayudará a su vez a salir. El chivo consiente, esperanzado. El zorro sale y sigue camino sin preocuparse más por el chivo.

—¿Y por qué no lo ayudó? —pregunté.

—Lo mismo me pregunto yo. Creo que Esopo pecó de discreción. La historia tiene otro fin. En realidad, el zorro le pidió al chivo que apoyara las patas en la pared para apoyarle la verga en el culo. Fingiría que trataba de subir, y gozaría de las nalgas del chivo. Pero cuando sintió los cachetes lanares del chivo rozándole la verga y los huevos, el zorro no lo pudo resistir y se la mandó guardar. Hasta el fondo. El chivo no tuvo tiempo de preguntar qué pasaba. El ano del chivo apretó tan fuerte que el zorro no la pudo sacar. Apasionados y doloridos, quedaron entrampados en el pozo, y allí permanecieron por la eternidad.

—Qué bella historia —dije.

—Pero terrible, como todas —agregó Estefanía—… Odio la vida. Me quiero vengar. Ven. —Me llevó de la mano a la habitación matrimonial.

—¿Le diste un somnífero?

—No —respondió—. Pero duerme.

—¡Estoy visible! —exclamé.

—No se va a despertar por una culeada.

Entramos los dos a la pieza donde dormía el marido y Estefanía se arrodilló, tomándose del respaldar de la cama, como el chivo, pasándole primero las nalgas por la cara a Pedro.

—Dale, hazme el culo —me dijo.

Yo no me pude contener.

Pedro despertó a la mitad del acto sodomita. No sé por qué, pero le sonreí. Estefanía le sonrió con una mueca cruel. El hombre nos vio cogiendo por el culo y se restregó los ojos. Aquello era la culminación de una antigua venganza. La de Estefanía, que duraba ya veinte años, y mi venganza contra la pareja, contra la humanidad. Cuando por fin Pedro comprendió que aquello no era un sueño ni una alucinación, se incorporó, bajó de la cama con la verga parada, corrió al comedor y no lo escuchamos más.

Acabé pronto y Estefanía ganó el comedor a la carrera con el culo chorreando leche.

—No está —me dijo.

—Yo no escuché la puerta.

Miré la cocina. Vacía. Tampoco había nadie en el baño central.

«¿Se habrá vuelto invisible?», me pregunté sin creerlo.

Estefanía salió al balcón y la seguí. La gente se agolpaba abajo. Faltaba una de las cortinas del ventanal del balcón. La vimos en la calle, como envolviendo el cuerpo de Pedro. Unos minutos después, sonó la sirena de una ambulancia.

7

Narraré ahora los acontecimientos que siguieron a la muerte de Pedro, acaecida hace ya varios años. Muchas cosas han cambiado en mi vida desde entonces, y no todas las convicciones que hasta entonces sostuve pueden aplicarse, por lo tanto, a mi actual condición. Pero todo forma parte de una misma y única historia.

No tuve más remedio que abandonar la casa de Estefanía esa misma noche. Sin duda la policía iba a hacer preguntas, y decidimos que lo mejor era que yo ya no estuviera allí.

No nos escribimos ni volvimos a hablarnos.

Recorrí primero el país, y luego el mundo. También los barcos, descubrí, necesitaban traductores. Estuve en Asia y en África.

Recalé en Grecia.

Decidí quedarme un año, aunque no quise aprender el idioma.

Durante los viajes, y también en los puertos, muchas veces me volvía invisible. Pero un anochecer, en Atenas, nadando contra todas las corrientes de mi ser, contra la desgracia y el destino, contra el tiempo y la sustancia misteriosa que nos hace ser quienes somos, me atreví a llegar a la casa de quienes fueran mis padres, aquel hombre y aquella mujer a los que habían asesinado. Tan sólo contemplé el umbral y me retiré. Nunca más volví a desaparecer.

Al concluir aquel año, decidí permanecer otro más. Me encontraba bien en la casa en la que residía, cercana al Pireo. Me gustaba sentirme un extranjero y que los demás se esforzaran en entenderme. Pero finalmente regresé a la Argentina.

Una noche de marzo, durante una convención de productores de maquinaria agrícola, en una estancia del gran Buenos Aires, al terminar mi jornada de trabajo —una semana duraba la convención— me retiré a pasear entre las vacas, a campo abierto, y me sucedió algo queme marcó de manera definitiva.

En la oscuridad de la noche, me tiré sobre el pasto, con una brizna de hierba en la boca, disfrutando del olor del campo y contemplando las estrellas desnudas, como nunca se ven. Entonces sentí los pasos de una mujer que se acercaba.

—¿Qué hace acá solo? —me preguntó.

—Miro el cielo.

—Lo estaba buscando —siguió ella.

Me incorporé. Era una voz irreal, pero muy precisa. Era la voz de mi ex esposa.

—Hace tiempo que lo busco —prosiguió—. Hace unos años, un hombre me hizo feliz y, no sé por qué, un día se fue. Para siempre. Desde entonces, lo busco.

—¿Y por dónde lo busca?

—Ya ve. Por todos lados.

—¿Y por qué se fue?

—No lo sé. Nunca me explicó. Desapareció.

—Desapareció… —repetí—. ¿Y cómo lo busca?

—Él me hizo muy feliz. Cuando alguien me haga igual de feliz, sabré que es él.

—¿Ha probado a buscarlo mirando los rostros, tratando de

identificar la voz?

—Sí, ya lo he intentado. Pero no lo encontré. Ahora lo busco en la oscuridad.

—¿Tiene alguna prenda que le calce? ¿Alguna pista?

—Sí —dijo Clarisa—. Había algo que él me daba, y que ningún otro me pudo dar.

—¿Ningún otro?

—Ninguno —respondió Clarisa.

—¿Y qué era?

—¡Qué curioso! —se extrañó Clarisa—. Hasta el momento ninguno me ha hecho tantas preguntas como usted. La mayoría se dejan hacer.

—Yo pregunto porque quiero saber. Quizás los demás no necesiten saber. ¿Qué hace usted para encontrarlo? —insistí.

—Lo busco —repitió, elusiva.

—¿Cómo?

Clarisa me metió las manos en la bragueta, me sacó la verga y la rodeó con los labios. Chupó un largo rato antes de concluir:

—Eres tú. ¿Dónde estuviste?

—No estuve, Clarisa.

—¿Qué pasó?

—Nos desencontramos —respondí con una sonrisa.

—No puedo vivir sin ti.

—Nadie puede vivir, de todos modos —repliqué—. Es apenas un intento.

—Vuelve conmigo —suplicó, y por fin, tras un silencio, agregó: Perdóname.

—Yo ya te perdoné hace mucho, Clarisa. Pero no puedo volver contigo.

La escuché llorar.

—Quizás del otro lado de la oscuridad —seguí, mientras me perdía en las fauces del campo; y decidí abandonar la convención, aunque faltaran dos días para su clausura, y anduve sin saber hacia dónde me encaminaba, pero confiaba en que más allá vería alguna luz, y entonces podría sentarme y planificar mi vida, al menos para la semana siguiente.